



UNIVERSIDAD DE CHILE  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

## **ECOS DE LA REPRESIÓN**

Relatos de familiares de detenidos desaparecidos del Cono Sur

Memoria para optar al título de Periodista

ESTUDIANTE

Javier Ignacio Zamora Kalazich

PROFESOR GUÍA:

Cristian Cabalin Quijada

Santiago de Chile

2015

*Agradecimientos,*

*Quisiera agradecer en estas pocas palabras a todas las personas que participaron directa e indirectamente de este lindo proyecto y que permitieron que fuera posible.*

*Agradecerle a mi profesor guía Cristian Cabalin que me adoptó cuando esta memoria estaba en pañales y había que darle un poco de forma. Su disposición, entrega y tiempo lograron en varias ocasiones resolver mis inquietudes para seguir con esto.*

*Agradecerle también a los docentes del Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI) por estos cinco años de formación y por su compromiso con la sociedad a través de la comunicación social. Particularmente darle las gracias a Laureano Checa por las tantas veces que se tomó el tiempo de orientarme no sólo a nivel profesional.*

*Agradecerles por supuesto a mi familia y mis amigos por lo afortunado que soy de tenerlos ya que sin ellos nada de esto hubiera sido posible. En especial a mis amigos que están más allá de la cordillera y que me recibieron con las puertas abiertas durante el verano del 2015 para que las entrevistas fueran posibles.*

*Agradecerles finalmente a los protagonistas de estas historias. A Nancy, Óscar y Gabriela por compartir su intimidad en pos de un futuro más consciente del pasado. Por abrirme las puertas de su vida y su historia permitiéndome contárselas a otros.*

*¡Muchas gracias!*

*Para todos los que creen que podemos construir un mundo mejor  
trabajando con tolerancia y respeto por toda vida.*

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

*Porque nunca más* ..... 5

### CAPÍTULO I

Argentina, Nancy Rizzo ..... 11

### CAPÍTULO II

Uruguay, Óscar Urtasún Terra ..... 65

### CAPÍTULO III

Chile, Gabriela Zúñiga Figueroa ..... 114

### EPÍLOGO

*El rescate de la memoria* ..... 162

## INTRODUCCIÓN

### *Porque nunca más*

Con más de cuarenta años sobre la conciencia, los retratos en blanco y negro adosados a pancartas, vestimentas y murales no sólo representan parte de una historia terrorífica y genocida de nuestro continente. Son estos rostros los que también inculpan con su mirada desaparecida en la historia a un Estado aniquilador de la contrariedad, los que como sutiles fantasmas aparecen una y otra vez en la memoria de sociedades resquebrajadas y cada vez más entregadas al olvido.

Son las caras de miles de latinoamericanos asesinados por el poder de la violencia bajo el pretexto de ser amenazas revolucionarias en período de Guerra Fría. Hasta hoy las cifras siguen siendo inexactas, pero sabemos que en nuestro continente las dictaduras militares de mediados del siglo XX dejaron miles de muertos, torturados y desaparecidos. Se trata de hechos tan crudamente reales, que para nosotros, las nuevas generaciones nacidas en democracia, pueden a ratos parecer historias de ciencia ficción difíciles de digerir; inhumanas pero reales.

Estas víctimas del Estado, sin embargo, más allá del umbral de la muerte continúan viviendo en la memoria y en los corazones de quienes quedaron con vida. Este proyecto es la historia de sus familiares, de aquellos que siguieron viviendo, de esos que tuvieron que seguir trabajando, respirando y tratando de dormir porque “así es la vida”. Es la historia de los familiares de detenidos desaparecidos, los que se quedaron en este mundo con la incertidumbre de no saber si efectivamente la Tierra es capaz de tragarse a las personas. Una posibilidad infinitamente más amable que reconocer lo siniestro que pueden llegar a ser los hombres cuando están dominados por la violencia y el poder.

Son los que se quedaron, quienes a través de su propia experiencia pueden revivir en parte la voz de los desaparecidos. De esas personas que fueron acalladas para siempre por las dictaduras. Y que no sólo fueron silenciadas, sino que exterminadas con tal de evitar

siquiera la posibilidad de plantear la vida de otro modo. Fueron los propios hombres, en la disputa por el poder y la conformación de los Estados, los que en su miserable irracionalidad, olvidaron por varios años la esencia de la humanidad, y que jugando a ser dioses, decidieron mediante la fuerza y sentados en los sillones del poder sobre la vida de otros hombres y mujeres.

Este es un relato sobre los familiares. Esa porción de la sociedad que por decisión del destino acarrea la carga y la injusticia de haber tenido un vínculo con alguien que de un día para otro no volvió a ver jamás. Son ellos mismos los que han debido enfrentar la vida con el temor de no estar resguardados por el Estado, y también con la valentía y entereza que significa sobreponerse al abuso y al dolor. Son los familiares y amigos los que han construido sus vidas en torno a un pasado en común. Un pasado que tampoco conoce límites fronterizos y que se expresa con diferentes acentos.

La diversidad de los familiares es amplia e infinita. Y por familiares, entiendo también a todos aquellos vinculados más allá de la herencia sanguínea, a los que compartieron la vida junto a quienes fueron desaparecidos. Además como aprendí de esta investigación en terreno, familiares somos todos. La responsabilidad como sociedad nos cae a todos por igual. Involucrados o no, es nuestra misión no olvidar. Es cierto que no se puede vivir estancado en el pasado, pero también es cierto que no se puede construir un presente y un futuro desconociendo nuestros propios errores.

Hay familiares que se sumieron en el silencio para siempre. Ya sea por temor a represalias o la vergüenza de asumir una cruel realidad. También hay otros que sin miedo, y quizás sin más expectativas sobre la vida, emprendieron una lucha de frente por la verdad. Para encontrar responsables y visibilizar esa realidad que para los Estados es más cómodo esconder como parte de un pasado ajeno.

Serán entonces estos personajes, los familiares, los protagonistas de estas historias. Los que a través del relato de sus vidas, cuentan el antes, durante y después de esos días que

ineludiblemente marcaron un punto de quiebre en sus historias personales y también en nuestra historia como humanidad.

### **Un pasado continental común**

El rescate de la memoria permite reencontrarnos y entendernos en algún punto como seres iguales. A pesar de las diferencias culturales que operan sobre nuestra identidad, el continente latinoamericano tiene un pasado común. Y si bien la historia se cuenta desde diferentes perspectivas y acentos, las violaciones a los Derechos Humanos constituyen un hecho irrefutable de nuestro pasado y ¿por qué no? También de nuestro presente.

La conformación actual de las sociedades latinoamericanas se levantó incuestionablemente sobre las consecuencias que dejaron las dictaduras. Particularmente las que tuvieron su auge durante la década de los '70 y que afectó a la mayor parte del continente, a excepción de Colombia y Venezuela. Fueron estos años, los que decretaron una realidad de Estado asociada a leyes de violencia, falta de libertad y también a la masacre de miles de personas.

Esa realidad desafortunadamente se mantuvo vigente por cerca de dos décadas, variando su situación y complejidad en cada uno de los países afectados. Si se miran estos hechos desde su repercusión en las sociedades contemporáneas, se puede establecer que durante casi veinte años nacieron, crecieron y se desarrollaron nuevas generaciones privadas de una libertad plena donde las opciones de pensar o crear distinto, podían ser reprimidas no sólo con penas del Estado, sino que también con la muerte.

¿Son entonces las dictaduras sólo un recuerdo de antaño? Todo indica que no. A más de cuarenta años de una historia no tan lejana, se puede observar como en la actualidad conviven aquellas generaciones marcadas por la represión. Las que hoy son las encargadas de mover y guiar a las naciones del continente a través de su fuerza laboral y desde la misma política. Son las mismas personas que crecieron bajo las amenazas de las dictaduras, las que hoy toman decisiones económicas, sociales y culturales del proyecto país de cada nación en el continente.

Estos hechos se cristalizan cuando se observa que entre los presidentes o ex presidentes de América del Sur se encuentran torturados políticos como Michelle Bachelet, en Chile, y José Mujica, en Uruguay. Hoy posiblemente opera en ellos una intensión de reivindicar desde la política la imagen tergiversada del concepto Estado. Que en una concepción ideal debiera actuar siempre como un agente protector, promovedor y fiscalizador de los derechos básicos de todos sus ciudadanos.

La lucha por las víctimas de los Estados genocidas aún no termina. La búsqueda de la verdad y la justicia de los crímenes de lesa humanidad aparecen en el imaginario cultural como una lucha perteneciente únicamente a los familiares de ejecutados políticos y detenidos desaparecidos, no de la sociedad como conjunto. Eso explica que hoy, cuatro décadas más tarde, recién discutamos si fueron dictaduras o “pronunciamientos militares”, mientras que gran parte de los asesinos y cómplices aún no son sometidos a la justicia, otorgándoles la impunidad y justificación de sus actos a pesar de que la historia nos diga lo contrario.

Y no se trata de tomar posiciones o un color político, sino que se trata de humanidad. ¿En qué momento como seres humanos entendimos y replicamos la idea de que matar a otros por ser o pensar distinto estaba bien y era, incluso, necesario? Somos cómplices de un continente enfermo y lleno de miedos. Somos cómplices de un modelo donde nos enseñaron a justificar la masacre y el exterminio como medio para nuestros fines. Y, peor aún, somos cómplices de seguir replicando este maldito modelo una y otra vez.

A partir de ese malestar surge esta memoria de título. No como una incitación a seguir replicando la violencia y el terror, sino que todo lo contrario, como una invitación a las nuevas generaciones y a los que creen en el cambio cultural, a comprender la vida de una forma más amable, justa y equitativa. Con la proyección de que en el futuro logremos construir sociedades más justas, más informadas y más protectoras de los derechos fundamentales de toda vida.



### **Tres historias, tres realidades**

La ambición de este proyecto fue en un principio contar historias de todo el continente afectado por las dictaduras; sin embargo, la estrechez de tiempo y recursos terminaron por reducir ese universo a tres historias del Cono Sur.

Contadas a partir de sus protagonistas, estas historias de vida de Chile, Argentina y Uruguay, intentan reflejar de alguna forma las múltiples posibilidades de vivir con la responsabilidad y el karma de ser familiar de un detenido desaparecido. En contextos diversos, es posible identificar las más diversas realidades en torno a un punto en común. Son relatos de vida que hablan sobre el dolor y las alegrías de tres personas que abrieron las puertas de su intimidad para mostrar que su realidad no nos resulta tan ajena a quiénes gozamos de la fortuna de no habernos enfrentado directamente a lo siniestro de las dictaduras.

En diferentes acentos del castellano, estas personas nos muestran que a pesar de los miles de kilómetros de distancia que nos separan, y a los diferentes modelos políticos, económicos, sociales y culturales que nos delimitan, los seres humanos sentimos y actuamos de forma similar ante la desgracia de un Estado corrompido.

Al igual que todos, estos protagonistas también han sorteado amores, risas y fracasos. Son personas como tú, como yo, como todos los que habitamos en este planeta, claro que marcados por el hecho de convivir diariamente con el duelo de la memoria y la impotencia de la injusticia.

Son historias donde podemos encontrarnos y sentirnos representados en más de una oportunidad. Son los relatos de Gabriela (Chile), Oscar (Uruguay) y Nancy (Argentina) los que nos invitan, aunque sea solamente a lo largo de estas páginas, a empatizar con realidades que pueden sonar ajenas y lejanas, pero que en definitiva también retratan una parte de lo que somos como sociedad.

Bajo el estandarte del *Nunca Más*, escribí estas historias íntimas de vida con el mayor respeto y responsabilidad que eso implica. Se trata de contar la vida de los que pocas veces se ha hablado. Sin desestimar el valor que tiene el rescate de la memoria de los que han desaparecido, estas páginas hablan sobre los que han cedido su protagonismo para dárselo a los que ya no están, y es entonces este libro también un homenaje y una muestra de amplia admiración a los que siguieron viviendo a pesar de que el Estado les haya quitado una parte de sus almas y la haya hecho desaparecer para siempre.

Son estas páginas una invitación también para dimensionar lo siniestro de las dictaduras. Y un recordatorio para la sociedad en sus más diversas manifestaciones y las nuevas generaciones, sobre los límites que debemos respetar y perpetuar a través de la educación para no volver a cometer los mismos errores del pasado como humanidad.

A través de estas tres historias se construyen algunas piezas de un pasado común como continente. Una historia compartida que nos reúne sin diferencias; un enfrentamiento colectivo al dolor; una pugna eterna contra el organismo que debería ampararnos, el Estado. Particularmente en el Cono Sur, la experiencia proviene de dictaduras militares desarrolladas entre 1973 y 1990. Años en los que se desmembraron miles de familias en la parte sur de América, y que esta memoria busca retratar a partir de casos particulares, pero que insinúan una perspectiva general sobre las violaciones a los Derechos Humanos durante ese periodo.

# CAPÍTULO I

## Argentina

*Nancy Rizzo*<sup>1</sup>

*«La dictadura en Argentina duró desde el 24 de marzo de 1976 al 10 de diciembre de 1983 (7 años y 9 meses). Las cifras oficiales hablan de 15.000 víctimas, entre las que se cuentan 8.961 desaparecidos»*<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Entrevistas realizadas en enero del 2015 en provincia de Buenos Aires, Argentina.

<sup>2</sup> Cifras según la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), Argentina.

*Hasta los doce años yo fui Nancy Rizzo, la mayor de las nenas de papá. Después del 17 de noviembre de 1976, como a varios otros que vivieron lo mismo, pasé a ser la hija de José Reinaldo Rizzo, mi padre desaparecido en la dictadura de Videla. Es como una especie de marca que tenemos. Desde ese día dejás de ser sólo tú, y comienzas a ser y a presentarte ante el resto como la hija de...*

A pesar de su contextura que no debe superar los cincuenta kilos, Nancy, como buena porteña, es de las que habla fuerte y claro. Su voz se la debe haber contagiado Sabina después de que se acostaron, dice como broma. Y es que sus cuerdas vocales están rotas ya que por muchos años se la pasó vomitando, hasta que la diagnosticaron con bulimia, cuando la enfermedad ni siquiera estaba dentro del vocabulario de los que la rodeaban.

El espíritu rebelde de su adolescencia y juventud es quizás lo que la hace verse joven y radiante con los años. Ya alcanzó la mitad de siglo, y su vida se reparte entre la casa, su familia y la agrupación Hijos de la Matanza, de la que es fundadora junto a otros que sortearon una vida similar. No trabaja formalmente, y es porque tanto ella como Rubén, su pareja con la que está “re juntada” hace treinta años, consideran la vida a la antigua: ella preocupada de la casa y los hijos, mientras él trae la guita.

Sin embargo, Nancy tampoco es esas dueñas de casa que se las pasa limpiando, ordenando y cocinando todos los días. De hecho, la cocina asegura que por lejos no es lo suyo. Desde que sus dos hijos, Ramiro (20) y Renato (18), cumplieron la mayoría de edad, volvió a destinar tiempo en ella. En la búsqueda de esa historia incompleta con la que cargó desde su infancia. Misma historia que dejó de lado por cerca de treinta años, desde que a su papá lo sacaron a punta de metralletas de su casa en el barrio de Tabladas, en Buenos Aires.

Es contraria a la tecnología y recién hace un año usó una computadora por primera vez. Antes sólo las limpiaba. Ella prefiere anotar en un cuaderno con la birome. Tampoco usa celular, a pesar de que para su último cumpleaños le regalaron uno. No le gustan. Dice que el aparatito ese sólo sirve para que la gente no cumpla y ponga excusas. Porque ella cuando

coordina con alguien para encontrarse en algún lado, suele llegar tarde, pero llega. Nadie la entiende en su decisión, pero al menos la respetan, y le resulta.

Su vida ha sido intensa y también muy diversa. Cuenta que de los cuatro hermanos, ella fue la que más dolores de cabeza y trabajo le dio a su madre. Al ser la mayor, jugó muchas veces a ser la oveja negra de la familia. Y si bien no está orgullosa de haber cargado tanto a mamá, no se arrepiente de lo que ha hecho en su vida. Menos ahora, después que hace unos años y, tras la señal mágica de Silvio Rodríguez, le avisaran que habían identificado los restos de su padre.

### **La más cercana de papi**

Nancy nació en la capital de Argentina un 16 de diciembre de 1964 en un hospital de la zona de Banfield que ni siquiera sabe si hoy sigue funcionando. A sus seis años se llevó la primera sorpresa cuando se dio cuenta que sus padres se habían casado apurados ante su llegada. Un día hurgueteando en las cosas de casa, vio que en la libreta de matrimonio figuraba que la alianza entre ellos había sido el 9 de diciembre. Exactamente una semana antes de su nacimiento.

De ese mini trauma sólo queda la risa. Eran otros tiempos, y se imagina que a sus viejos no les quedó otra que hacerse responsables de lo que les había tocado. Resulta que por esos años, su padre tenía treinta y cinco, mientras que su mamá sólo quince. Una relación incómoda para ambas familias, pero que José Rizzo, su padre, enfrentó y asumió a pesar de que sus raíces adineradas le dieran la espalda.

Nancy cree que él también fue un poco la oveja negra de los suyos. Su familia era de Villa Urquiza, uno de los sectores más chetos de capital, y José andaba metido en política, había participado de la revolución del '55, y más encima había dejado embarazada a una chica pobre de quince años, con la que se fue a vivir y a formar familia.

En ese contexto nació la primera de las nenas Rizzo. José y María Angélica, su madre, llegaron a vivir ese mismo año a una casita bien pobre en el barrio de Tabladas. Once

meses más tarde nació Ana, la segunda, y un año después llegaría Raquel. A diferencia de Nancy, las dos últimas salieron rubias y de ojos claros. Muy lindas. Asegura que parecían muñequitas, y ella no. Eso la marcó en su infancia y adolescencia y la hizo sentirse más fea que el resto. Ella era morena y de ojos oscuros, más parecida a su madre.

En los primeros años fueron puras mujeres, hasta que cumplió cinco y nació Fernando, el último de los Rizzo. Al menos en la repartición de la casa, se sabía la más cercana a papá. Y también de su abuela por ese lado. Una vieja metida en el espiritismo que siempre vistió de negro y que decía ser bruja. Recuerda que los afectos y favoritismos no se escondían. Ella era la primera nieta y a la que más quería.

Mientras sus hermanos se iban algunos fines de semana a la casa de su otra abuela con mamá, Nancy se quedaba con papi en casa. Así aprendió a escribir antes de lo que corresponde y también a jugar ajedrez con sólo seis años. Su papá decía que su inteligencia venía quizás por haber nacido a los ocho meses. Eso mismo la llevó a que la promovieran directamente a segundo grado, ya que sabía leer y escribir cuando entró a la primaria.

Reconoce que tuvo esas ventajas hasta que a su papá lo desaparecieron. Él siempre ayudó a marcar esa diferencia, quizás para compensar el que ella no fuera a destacar ni por ser rubia ni por tener los ojos claros. Le decía que ella era la que tenía que estudiar y la que debía sacar buenas calificaciones en el colegio. Y así lo hizo. Siempre en su estilo, pero cumplió al fin y al cabo.

### **Los pobres de la cuadra**

Luego que naciera Nancy, sus padres se instalaron en la nueva casa con lo poco y nada que tenían. Estaban empezando un proyecto juntos y la plata que se hacía José como obrero de una fábrica metalúrgica nunca dio para tener más de lo justo y necesario. A veces, ni siquiera lo necesario. Fueron cuatro pibes bastante seguidos y como administrador de la guita, él era bastante malo.

*Yo creo que mi papá no sabía progresar económicamente. Cada vez que recibía un sueldo le pasaba el sobre a mi mamá y ella se encargaba de pagar las deudas de la libreta de fiado en el almacén, o con el carnicero, además de cubrir las necesidades básicas. Pero la verdad es que no llegábamos ni a la quincena.*

En la casa tenían agua de pozo y el gas se utilizaba sólo para cocinar. Por lo mismo, cada ducha significaba que mamá ponía a calentar agua, y después en ollas se las llevaba para mezclarla con agua fría. Para ir al baño había que salir al patio porque adentro no tenían. Las piezas estaban separadas por cortinas, y al que le tocaba lavar los platos tenía que agarrar un balde de agua y hacerlo afuera. Su casa era muy humilde y con mucho patio, como un ranchito. Eran casas abiertas, de esas que se podía ver de afuera. Nancy recuerda que ellos eran los pobres de la cuadra, porque no todos en el barrio vivían igual, sino que eran ellos.

Las nenas se avergonzaban de su situación, particularmente Nancy, que asegura que siempre tuvo la costumbre de rodearse con personas del extremo económico opuesto. Hubo meses en que les tocó ir a la escuela llevando sus cosas en una bolsita de nylon, y eso las hacía sentir mal. Ya que al menos Nancy no pasaba desapercibida. Además de sus buenas calificaciones, era de las populares. Participaba en cada acto que se hacía, y los otros la reconocían por su nombre.

Fue de muchas amigas y de hecho casi siempre después de la escuela se iba a la casa de otras porque para ella era mucho mejor que volver a la propia. Por más que su mamá intentara mejorar la situación, estaba determinada por las decisiones de su marido. Si bien era la esposa y mamá, al ser tan joven él decidía lo que se podía hacer y lo que no.

A pesar de las incomodidades materiales, Nancy recuerda que por esos años se la pasaban genial con sus hermanas. De su realidad precaria se dio cuenta de más grande, pero cuando estaban chicas, entre las tres eran multitud y se la pasaban jugando todo el día. Pebi o Bebi, como le decían al menor, por nacer unos años después no fue tan parte del trío de las nenas

Rizzo. Así las conocían en la escuela, en el barrio y también los amigos de política de su padre.

### **El centro de reuniones**

A todos los hermanos Rizzo los inscribieron en la escuela N°8 República de Panamá que quedaba a ocho cuadras de casa. María Angélica los llevaba por las mañana y luego pasaba por ellos en la tarde. Por más que estuvieran cerca, papá decía que tenía que ser así. Era muy sobreprotector de sus nenas y su chico.

Sin embargo, a ninguno le gustaba que mamá los esperara justo a la salida. Era muy joven y eso los avergonzaba. Nancy recuerda que querían tener una mamá gorda y fea como el resto. No les gustaba escuchar cuando los chóferes del bondi le decían piropos. Ella era flaquita y usaba pantalones cuando José no la veía, ya que se lo tenía prohibido. Las nenas pensaban que mamá era tan linda que mejor que no la vea nadie.

Con los años la casa de los Rizzo se fue transformando públicamente en la casa de reuniones políticas. Al principio empezó más como un secreto, pero después ya todos lo sabían. Nancy y sus hermanas creen que ese fue uno de los factores determinantes del porqué se llevaron a su padre. Claro, en ese tiempo estaban chicas y no entendían bien lo que podía venirse, pero ahí era María Angélica la que cantaba los puntos claros.

“¿Sos boludo vos? ¿Por qué siempre tenés que hacer las reuniones en casa? Viste que se enteran todos... ¿Por qué no las hacen en casa de otro? ¡Siempre vos José, siempre vos!”. Y tuvo razón. La casa estaba muy marcada y no pasaría mucho tiempo antes que los militares llegaran a buscarlo.

Para las nenas cuando empezaron las reuniones era lo más. Venía montón de gente y los convidados jugaban con ellas, las peinaban, las cargaban en upa y un montón de otras cosas. Sin embargo, con el tiempo perdieron entusiasmo. Pasaba que cuando los adultos discutían el futuro político, ellas no podían estar presentes ni entrar a la casa. *Ma, tengo que*



*hacer las tareas. Mami ¿cuándo podemos entrar?* La respuesta siempre fue que aguantaran un poco más, que por mientras aprovecharan de jugar.

Al principio José hacía una reunión a la semana, quizás dos. Ya en sus últimos días y cuando la cosa se estaba poniendo fea, hubo veces que fueron seis de los siete días. Nancy cuenta que a medida que fue creciendo, también fue generando vínculos con los que iban. Recuerda a la Cuca. No sabía su nombre real ya que la mayoría, a excepción de papi, usaban chapas de militantes. Le gustaba como se vestía y era una de las que más jugaba con ellas. Las pintaba y elegían ropa entre todas.

Como la casa de los Rizzo era el centro de reuniones, todos conocían a las nenas. Ellas estaban encargadas de repartir el mate a los invitados. Fue en esas instancias que también como niñas evidenciaron cosas que jamás contaron a sus padres.

Nancy recuerda a un hombre que vestía de traje. Un día llevándole el mate se dio cuenta que detrás de su chaqueta el tipo llevaba una pistola. *¡Ana vení, vení! Fijate que ese tipo tiene un revolver atrás. ¡No! No le digas a mami eh.* “Dejá que llevo las papas para ver... ¡Sí! Sí tiene un revolver. Vamos a contarle a Raque”. Así lo hacían siempre. Las tres eran cómplices de su infancia y también de la aventura.

En otra oportunidad encontraron un arma en la casa. En la pieza de sus papás había un ropero grande y antiguo. Para ellas era gigante y sabían que sobre él se guardaban cosas con las que no podían jugar. Por supuesto que la curiosidad de las tres nenas las llevó reiteradamente a intentar ver lo que había. Se organizaban, y entre Ana y Raquel le hacían piecitos a Nancy que era la más alta. Ella sólo alcanzaba en puntitas a asomar los ojos y fue en una de esas ocasiones cuando encontraron un revolver. No lo tocaron. De hecho nunca contaron que lo habían visto.

Ellas eran testigos de todo lo que pasaba en esa casa. De los invitados, de las conversaciones, de todo. ¿Si tuvieron miedo de eso? Nunca. Eran los amigos de papi y por más que se dieran cuenta de varias cosas, seguían siendo niñas.

## **El amor peronista de papi**

A José Rizzo lo desaparecieron a sus cuarenta y ocho años. Era uno de los más viejos de las organizaciones donde participaba y por lo mismo uno de los que tenía más peso dentro sus círculos políticos. Trabajaba como obrero a unas quince cuadras de casa en CEGELEC, una fábrica metalúrgica donde pintaba transformadores de máquinas. Entraba a las seis de la mañana y volvía a las seis de la tarde.

Las nenas sabían cuando estaba por llegar papi, ya que María Angélica se sacaba la pintura, los pantalones y se ponía la pollera. Él creía que las mujeres no podían usar prendas de hombres ni usar maquillaje. Una vez lista, salían todos a esperarlo sentados en la vereda. Apenas veían que de lejos se asomaba este hombre grande, corrían hasta la esquina a saltarle encima. Además de querer verlo, esperaban a que abriera su bolso, donde siempre, a pesar de la pobreza, les traía un caramelo o chocolate a cada uno.

Era un hombre de mirar mucho la televisión y las noticias para enterarse de la contingencia. Aunque fueran pobres, el diario La Razón no faltaba en casa. A Nancy le pasaba la parte de los chistes y también la de las historietas. A veces cuando todos se iban a dormir, ella se quedaba conversando sobre esas cosas con él. Ahí aprendió a hacer crucigramas, después que papi le dijera que haciéndolos siempre aprendería algo nuevo. Hoy es una costumbre que mantiene y que se la heredó a sus hijos y se la contagió a su pareja.

*¿Mi papá? ¿Qué querés que te diga? Era todo, era un ídolo. Todo en su mundo era política. Era el cuadro de Evita Perón colgado en la pared. Así como yo quería que llegaran los reyes magos, mi papá quería que llegara Perón. Él disfrutaba de su amor peronista. Te hablo de que cuando yo tenía seis años lo veía parado en la silla, al centro de la casa, hablando y hablando ante un montón de gente. Era sin duda un gran orador. La gente lo escuchaba. Él inspiraba respeto.*

José primero fue parte del partido de Peronismo Auténtico para luego ser integrante de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP). A su vez era el representante de la agrupación Mussy Retamar, también con los mismos ideales pero dentro de La Matanza, y delegado

sindical de su fábrica. A raíz de esto último, participó en las elecciones para ser delegado de la Unión de Obreros Metalúrgicos (UOM). Como recuerda Nancy, la vida de él estaba marcada por la política y todo lo que hacía y decía estaba cargado de esa intención.

Aunque sólo hizo la primaria, Nancy asegura que su padre era un tipo inteligente. O al menos así lo recuerdan las personas que lo conocieron. Destacaba su habilidad como buen orador, razón por la que ella cree que ocupaba los cargos que tenía. Cerca de cuarenta años han pasado ya desde su desaparición y, todavía hoy, cuando Nancy lee los recortes del periódico donde alguna vez salió él, se asombra de sus discursos. Cree que era un tipo muy culto, y si no lo era, al menos eso demostraba ante el resto.

La edad lo llevó dentro de las organizaciones donde militaba a ser uno de los responsables. Antes se usaba que la jerarquía estaba marcada por los años y José al ser uno de los mayores, debía ser el que orientaba y guiaba a los más jóvenes. Por eso tampoco uso chapa ni escondió su actividad política. Él era peronista y que el mundo lo supiera.

Por esa razón, no fueron extrañas las veces que partieron al aeropuerto de Ezeiza a recibir a Juan Domingo Perón. Era como un paseo para la familia Rizzo aunque María Angélica siempre fue a regañadientes. Sobre todo a medida que avanzaron los años '70 y el ambiente se fue poniendo cada vez más tenso. “José es peligroso. José, ¿por qué haces esto? José, ¿por qué me traes a toda esta gente a casa?”. Ella nunca dejó de quejarse, aunque de todas formas lo bancaba. Es que quizás no le quedaba otra.

*Mi papá era un hombre mayor para mi mamá y, por lo mismo, nos sobreprotegía mucho a nosotros. Nos dedicaba casi todo el tiempo y dejaba a mi mamá de lado. Hoy la entiendo, pobre mujer. Mi viejo le dio una vida de mierda. En ese tiempo era una sometida y habrá hecho lo mejor que pudo. Hoy me arrepiento muchísimo, pero cuando se llevaron a papá me salió a pensar que por qué no se la llevaron a ella. Es que con él había una relación muy fuerte por esos años. Hoy me lo reprocho... Después mi mamá demostraría ser la más fuerte.*

## **El tocadiscos Columbia**

José cada vez que volvía de trabajar, además de los caramelos, llegaba con dos litros de leche. Por obligación las fábricas metalúrgicas tenían que dársela a los obreros para que se desintoxiquen. Él las llevaba a casa a ver si así podía ahorrar un poco.

El papá de las nenas y de Pebi siempre los andaba cargando al upa e inventando juegos con ellos. Nancy recuerda cuando le enseñó a jugar ajedrez. Como no tenían un tablero de verdad, su papá la ayudó a fabricar uno de papel. Agarró una regla y se puso a trazar cuadrados negros y blancos. Luego dibujó los reyes, las torres, los caballos y peones. Cuando terminaba uno, Nancy los pintaba. Así aprendió a los seis años. Fue la única, por lo que el ajedrez era algo sólo de ella y papi. Con los años le terminó comprando uno de verdad.

Aunque sabía que el dinero era escaso, Nancy cuenta que su padre tenía unos gustos medios raros para su situación económica. Cada cierto tiempo salía y compraba cosas que no tenían sentido en medio de la pobreza en que vivían. Recuerda que eso generaba peleas con su mamá. “¿Por qué compraste esa lámpara de madera con pelotas carísimas? ¡Ni que viviéramos en un chalet José!”.

De esos gustos lujosos, Nancy se queda con el tocadiscos Columbia que tenían en casa. Asegura que sólo eso valía más que todos los muebles que tenían. Antes de entregarle el sobre a María Angélica, el viejo iba cada quincena de pago a comprarse un disco de tango para él, y un disco de Sandro para ella. Así calmaba su enojo. A las nenas les compraba boludeces, entre esas, el disco de las Ardillitas o el de la película Sorba el Griego que es el que más atesora.

Con el último tenían un juego, el que después se dieron cuenta que tenía una doble intención. Cuando papi sacaba el tocadiscos al patio, ponía el vinilo y les decía que giraran. Así podían pasar horas, mientras él las miraba dar vueltas y reír. Con los años entendieron que poner música en el patio también servía para disimular las reuniones en casa, así los

que transitaban por afuera sólo veían la escena de las pibitas disfrutando de la música. Estaba todo organizado. Tenía que cuidarse un poco ya que la cosa no venía bien.

### **La quema de volantes**

Además del trabajo en la fábrica, José pintaba casas los fines de semana para hacer unos pesos extra. Lo iban a buscar distintas personas que se iban pasando el dato. Por lo general, era gente de dinero y de otros sectores de Buenos Aires. Esos momentos también los compartía con la mayor. “Nancy, acompañá a papi a pintar”, le dijo varios sábados y domingos. Tanto Ana como Raquel y Pebi se quedaban con mamá. Ellos eran más cercanos a ella, y casi nunca se separaban.

Así transcurrió la infancia de los hermanos Rizzo hasta que arrancó 1976 y poco a poco las cosas fueron yendo de mal en peor. Sobre todo después del 24 de marzo de ese año cuando cae el golpe de Estado y se instala la dictadura cívico-militar con Jorge Rafael Videla a la cabeza.

De ese día tiene pocos recuerdos, y es que con doce años no prestó tanta atención al asunto que vivía el país. Sí se acuerda que para su papá fue un golpe duro. Conserva la imagen de cuando en la televisión en blanco y negro apareció un tipo vestido de militar hablando por largo rato, mientras su papá parado en frente le gritaba hijo de puta una y otra vez. Notó que estaba enojado, pero nunca se le pasó por la cabeza que ese día marcaría un antes y un después en su historia y en la de varios miles más.

Unos días después, José sacó el cuadro de Evita que tenían en la pared y escondió todos los panfletos que habían en la casa. Desde ahí que los cambios se fueron haciendo evidentes. Nancy cuenta que en ese período papi empezó a “enfermarse” seguido y ya no iba todos los días a trabajar por lo que empezó a pasar más tiempo en casa. Antes en las reuniones hacían asados y eso tampoco fue más.

Cuando se juntaban en casa, su papá ya no participaba y se quedaba todo el tiempo afuera con ellas. *Papi, ¿por qué ya no vas adentro con tus amigos?*, le preguntó un día. “No, es

que ya no puedo escuchar lo que ellos están hablando”. Nancy lo tomó con normalidad y siguió jugando. Había cosas que a él no le convenía saber. La represión se había instalado y entre sus amigos se repartían información en caso de que agarraran a alguno.

Por lo mismo los sistemas de organización para disimular las reuniones fueron siendo cada vez más completos. José se quedaba en el patio y cada tanto les pedía a las nenas que lo acompañaran a dar una vuelta por el barrio. En la esquina se paraba otro a vigilar, y en la casa sonaba fuerte el tango. Al interior unas quince personas discutían y se organizaban para los tiempos que se avecinaban.

Pasaron pocas semanas hasta que un día José llegó del trabajo diciendo que tenían que quemarlo todo. “¿Dónde están las nenas? Llamá a las nenas, deciles que vengan”, le dijo como apurado a María Angélica. Una vez que los reunió a todos, como un equipo fueron depositando cientos de panfletos en el único baño que tenían en el patio. José les prendía fuego y las nenas estaban a cargo de pasar los papeles y desabollar el inodoro cuando se juntaban muchos.

Sabían que tenían que hacerlos desaparecer aunque no entendían bien el porqué. Se transformó en un juego y Nancy afirma que de ninguna manera pasaron desapercibidos ese día. Estuvieron horas y volaron panfletos por todas partes. Probablemente se enteró todo el vecindario, ya que el olor y los papelitos negros quemados volaron por todo el patio de la casa.

### *¿No te vas a olvidar de papi?*

“José son las seis de la mañana, tenés que ir a trabajar”, le cantó varias veces María Angélica ese año. “No, me siento mal”. Entonces tenía que partir al médico a pedir una licencia para presentar en la fábrica. Nancy recuerda que las primeras veces lo tomó como algo normal. A medida que la escena se fue haciendo cada vez más frecuente llegó a pensar en algún momento que su papá era un vago.

En 1976 se lo pasó “enfermo”, o al menos así creyó hasta que su mamá le contó la verdad varios años después. Resulta que unos meses antes que empezara la dictadura, a José como delegado sindical lo llamaron a conversar a las oficinas de la fábrica. Un grupo de hombres lo agarró por largo rato a golpes para convencerlo de que renunciara a sus funciones.

Cuando fue golpeado le entró el miedo. Se había dado cuenta que la represión iba en serio, e ir a trabajar a la fábrica podía significar un peligro por esos días. Por eso cada vez que se enteraba que iban a ir estos hombres declaraba estar enfermo y se quedaba en casa. En esas ocasiones le pedía a Nancy que lo acompañara al doctor a conseguir una licencia.

No era muy difícil ya que José en realidad tenía un problema de úlceras y tomaba medicamentos para tratarse. Fue en uno de esos viajes que papi la advirtió por primera vez. Venían de regreso en el último asiento del bondi y le dijo algo que Nancy no olvidó nunca más: “Nena, si a papi le pasa algo, ¿vos no te vas a olvidar, no?” *¿De qué papi? No, no me olvido.* “Si me pasa algo, ¿vos no te vas a olvidar de papi, no?” *¡No! ¿Por qué dices eso?* Le respondió con un gesto de “por nada”.

Apenas entró a la casa le preguntó a su mamá. *Mami, ¿sabés lo que me dijo papi?* Después de contarle le insistió como obligándola a decirle lo que pasaba. *Yo sé que vos sabés algo ma’, ¿está enfermo? ¡Contame!* María Angélica no le respondió y armó la pelotera en casa: “¿¿Qué le dijiste a la nena José?!”.

Se pusieron a discutir. Nancy tiene el recuerdo de que peleaban seguido. Tenían diversas razones. Eran un matrimonio y tarde o temprano se encontraban por algo. Eso sí, su mamá se sentía muy inferior a él. Él la trataba como una ignorante, aunque asegura que en el fondo él sabía cuánto valía, aunque no iba a reconocérselo. El tiempo sí, su valor quedó demostrado desde el minuto que se lo llevaron en adelante.

### **Ya están cerca**

La advertencia de no olvidarlo arriba del bondi fue unos meses antes de noviembre del ’76. Durante ese año, Nancy cuenta que ocurrieron varios eventos que podrían haberla hecho

presagiar que a su papá se lo llevarían para siempre. Pero no. Esas cosas no estaban en el registro de nadie, menos en el de una piba de doce años.

En octubre los vecinos alertaron a José que los militares probablemente lo andaban buscando. Y lo confirmó cuando vino el mismo Ángel a contarles lo que le había pasado. Era un amigo de la familia y vecino del sector. Participaba de las reuniones, y si bien estaba metido en política, no era exactamente a él al que andaban buscando cuando lo agarraron.

Ángel vivía por la misma calle que los Rizzo, pero en la otra cuadra. Desde la esquina de la calle que los separaba, su casa era la tercera mientras que la de José y las nenas también, pero hacia el otro lado. Las coincidencias eran claras, sobre todo porque el apellido de Ángel es Rizzomelli.

Un día por la tarde los militares lo subieron a un camión y se lo llevaron lejos de Tablada. Le vendaron los ojos, lo cagaron a palos y luego le preguntaron si era montonero. Cada pregunta venía acompañada de golpes. Cuando le sacaron los documentos del pantalón, uno de los tipos dijo que se habían equivocado. Inmediatamente lo bajaron y le dijeron que se fuera, que no se diera vuelta y que se olvidara. Después de eso empezaron a contar. Ángel no podía ver, pero ya se había dado cuenta que estos tipos no andaban con juegos así que corrió como pudo.

Esa historia no la supieron las nenas hasta varios años después. Como Ángel era vecino, era común verlo por la casa así que no había nada que preguntar. Sin embargo después de esa advertencia, José se preocupó. Ya sabía que lo estaban buscando y temía que algo pudiera pasarle a él y a su familia.

Un viernes, una semana antes del 17 de noviembre le dijo a María Angélica que se tenían que ir esa noche. “Váyanse a la casa de tu mamá. Llévate a las nenas”, “¿Y vos que vas a hacer José?”, “No te preocupes que yo me quedo en lo del vecino aquí al frente. Pero llévatelas ya”. Nancy estaba acostumbrada que durante las visitas donde la abuela ella se



quedaba con papi. No le gustaba la casa de ella porque consideraba que era un lugar feo y aparte no tenía cama, sin embargo, ese día la obligó a ir.

Recogieron un par de cosas y salieron. “Andá José, vení vos también”. “No, yo me tengo que quedar. Vayan ustedes, los veo mañana”. Antes de partir, María Angélica los obligó a que se despidieran de papi y lo abrazaran. Ella lloraba mientras esperaba que uno por uno le dieran un beso y después partieron.

*Nosotros no teníamos idea de lo que estaba pasando. No sabíamos, porque todavía no era famoso eso de que la gente desapareciera. Esto era recién en el '76. Te digo que mi papá fue recién el segundo caso de Tabladas, nadie se esperaba que fuera así. Claro, después en el '77 la cosa explotó y se empezó a saber más. Pero en ese momento si mi papá decía que estábamos bien, bueno nos quedábamos con eso y no preguntábamos nada más.*

Pasaron la noche donde su abuela y al otro día apenas despertaron empezaron a molestar a mamá con que querían volver. Cuando llegaron, ahí estaba papi. Nancy lo recuerda como una mezcla de alegría y alivio. Inmediatamente María Angélica se encerró con él para interrogarlo. “¿Y? ¿No pasó nada? ¿Te fuiste detenido? ¿Dónde dormiste?”. Años más tarde les contaría que su papá era un cabeza dura porque nunca se quedó donde el vecino, sino que en casa. No había pasado nada, aunque los militares ya estaban cerca.

### **La oferta de Gallego**

De todos los asistentes a las reuniones en la casa de los Rizzo, había uno, además de la Cuca, que era bien cercano a las nenas. Se apodaba Gallego e iba prácticamente todos los días. Además era uno con los que ellas más hablaban. Él las acarreaba en upa por la casa y se quedaba jugando a ratos. Era joven. Por esos años debe haber tenido veinte o quizás un poco más.

Unos días antes que llegaran los militares, Gallego fue a la casa a hablar con María Angélica cuando José no estaba. Tras poner un montón de dinero encima de la mesa, le dijo

que se fuera. “Sacá a las nenas de acá. Andate vos con ellas. Comprate una casa lejos y váyanse”. La advirtió que era muy peligroso quedarse.

Suponen que de la organización habían decidido que los Rizzo estaban en riesgo por lo que debían actuar. Probablemente sabían que el jefe de la familia no querría irse, por lo que mandaron a Gallego a hacerle la oferta a su mujer. María Angélica no aceptó y apenas llegó José le contó lo que había ocurrido. “Yo no me voy a ningún lado. Si no, no tiene sentido lo que estoy haciendo”. Ella no lo iba a dejar solo así que no tocó ningún peso y se quedaron ahí.

Alrededor de tres años después de que se llevaron a José, un día María Angélica volvió del trabajo extrañada. Les comentó a las nenas que había visto que Gallego tenía una tienda en Avenida Crovara, por ahí, a unas cuabras muy cerca de casa. A él nunca se lo llevaron ni tampoco dejó de vivir en Tabladas. Sin embargo, nunca más se apareció por la casa de los Rizzo.

A las nenas les causó sospecha. Si alguien estaba marcado por los militares tenía que ser él, si siempre andaba en casa. Consideraron extraño que el tipo no se había escapado y la incitaron a mamá para que fuera a preguntarle. Ellas conjeturaron que quizás había sido él quien había delatado. Había pasado poco tiempo aún y la dictadura seguía vigente por lo que María Angélica dijo que no. Nancy cuenta que por esos años su mamá aún tenía mucho miedo y, por lo mismo, prefirió quedarse con la duda.

Da la casualidad que en el año '89 Pebi se puso de novio con una chica que vivía a media cuadra del local de Gallego. Entonces Nancy con esa excusa un día pasando por afuera, decidió entrar. Se miraron, pero el tipo no la reconoció. Ya no era la nena de doce años, sino que una mujer joven y arreglada. En esa oportunidad, ella tampoco le dijo nada.

Eso hasta hace un par de años atrás cuando Nancy se lo encontró en una reunión con desaparecidos. Estaba viejo y de barba, y contaba historias sobre todos. Él conocía a la gran mayoría de los que se llevaron.

Esa actitud y que no haya aparecido en años, la irritó y sin pelos en la lengua lo encaró del otro lado de la sala: *¡A ver, escuchame una cosa! La memoria que tenés y con todo eso que sabés, ¿por qué nunca viniste a mi casa a ver lo que había pasado?* “Porque yo escuché que ustedes...” *¿Te acordás que vos le ofreciste a mi mamá una casa?* “Sí, yo quería. Yo quería que se salvaran, pero tu papá... tu papá no quiso”. *¡Es una vergüenza escucharte hablar!* Después de eso la sacaron de la sala.

Cuando se fue, las personas preguntaron quién era ella. “La hija de Rizzo”, respondieron algunos. Nancy estaba enfurecida, pero afuera la calmaron. Le explicaron que quizás esa es la culpa del sobreviviente y que muchos cargan con eso hasta el día de hoy. Con Gallego se volvió a encontrar en un par de ocasiones más, y ambos saben hasta hoy que tienen una conversación pendiente en privado.

### ***Nancy no golpees la pared***

Hace unos meses había empezado la primavera y ese miércoles 17 de noviembre de 1976 se sentía un poco del calor húmedo de Buenos Aires. Ya era de noche y en la casa de los Rizzo estaban José, María Angélica y el vecino Ángel jugando al chinchón con los naipes en la mesa del comedor. A unos pocos metros de ellos estaba Nancy concentrada y entusiasmada dibujando las carátulas de sus cuadernos de sexto grado.

Cada vez que avanzaba con una, se la mostraba a los grandes para que le dieran la aprobación. Eran cerca de las once de la noche y Pebi dormía, mientras que Ana y Raquel estaban en la pieza despiertas. De esa noche, Nancy recuerda hasta lo que estaba vistiendo: un vestido turquesa floreado que le habían regalado de la familia porque ya no lo usaban más.

Por esos años ella tenía la costumbre de golpear las paredes de madera en sus momentos de ocio. Se acostaba sobre la cama y con las piernas en alto comenzaba a golpear la casa haciendo que retumbara todo. Cuando terminó la última de sus carátulas, agarró su carpeta y se fue a guardarla a la pieza.

Mientras estaba en eso se empezó a escuchar el mismo ruido que ella hacía con su juego en toda la casa. “Nancy no golpees la pared”, le gritó su mamá. *No soy yo mami*, le dijo mientras volvía al comedor demostrando su inocencia. María Angélica se asomó por la ventana que estaba al lado de ella y vio una docena de militares armados afuera de casa. Su grito de alerta se escuchó fuerte: “¡José, el ejército!”. Testimonio que para la denuncia resulta fundamental, ya que los tipos que entraron a sacar a José estaban de civil.

El ruido en las paredes eran las escopetas golpeando alrededor de toda la casa. Los tenían rodeados. En cuestión de segundos, José se paró a tratar de trancar la entrada pero los tipos le mandaron la puerta encima y comenzaron a entrar y a romper todo. Deben haber pensado que José tenía preparada una defensa porque a la casa se metieron unas diez o doce personas, recuerda Nancy, además de todos los que estaban afuera.

Apenas mandaron la puerta abajo, ella corrió y se agachó hasta aferrarse de la pierna izquierda de su papá. No se iba a soltar por nada del mundo y desde ese instante empezó a gritar aterrada e histérica. En su versión, no ve más a su mamá. De golpe la casa estaba llena de tipos vestidos de viseras y chalecos oscuros. Todos tenían armas y las apuntaban contra todos. Tenían a su papá cerca de la entrada y al tío Ángel de cara contra el piso al lado de la mesa y con el pie encima.

Por otro lado, Ana y Raquel estaban en la otra pieza. Cuando se armó todo el alboroto, Raquel cuenta que le preguntó a uno de los tipos si podía ir a buscar a su hermanito que le había caído algo encima. El hombre la dejó, ella fue corriendo, lo cargó y se devolvió a la pieza. Él mismo se quedaría con ellos custodiándolos hasta que se llevaran a José.

Nancy no paró de gritar. A pesar de que los tipos trataron de callarla, no logró controlar el pánico. Estaba agarrada con toda su fuerza de la pierna de papi, y eso estaba complicando a los hombres que querían sacar a José de la casa. No pasó mucho hasta que uno le plantó un culatazo en la espalda para que lo soltara. El golpe la dejó sin aire y tirada en el piso. Entre varios se llevaron a José por la fuerza, mientras que otros se quedaron al interior apuntando al resto, incluidas las nenas.

Ni el culatazo logró que su grito ensordecedor parara. Ahora al grito se le sumaba el llanto. Nancy estaba aterrorizada y le habían quitado a papi para siempre. La escena era grito y llanto, grito y llanto, recuerda. Adolorida y en el suelo se encontró con la mirada del tío Ángel. La miraba tratando de calmarla, como diciéndole que se callara. Como diciéndole: “Nancy calmate”. No pudo. Por lo menos hasta que se fue el último de los hombres que se llevaron a su papá.

### **Las zapatillas azules**

“Cállense. Ya se fueron, ya se fueron”, dijo María Angélica apenas salió el último de los hombres. Fueron segundos de completo silencio tratando de digerir lo que había pasado. La casa estaba destruida. Habían botado la puerta, quebrado la nevera y estaba todo tirado en el suelo. Con miedo de moverse, mamá los empezó a reunir a todos para que salieran a la calle. En ese momento Ángel ya había salido.

Afuera estaban todos los vecinos de la cuadra y quizás más. Los Rizzo siempre fueron muy queridos en el barrio y apenas escucharon los ruidos salieron a ver lo que pasaba. Ninguno pudo hacer nada para evitarlo. A ellos también los amenazaron con armas para que no se metieran. Nadie pudo impedir nada, ellos eran la ley y no tenían miedo de que los vieran. Eran la dictadura y en eso se amparaban.

Nancy recuerda que al salir vio desde la puerta a la mayoría de los vecinos llorando. Avanzó unos pasos más y vio que en la vereda estaban las zapatillas azul flecha que estaba usando papi cuando lo agarraron. *Mami se lo llevaron descalzo*. Probablemente se la cayeron entre medio del forcejeo con los tipos. Ellas las recogieron y las guardaron como el último recuerdo. En ese momento no entendían nada. No sabían por qué habían entrado unos tipos violentos, ni menos por qué se habían llevado a papi. Todo era un misterio.

Tía Mary era la vecina de al lado. Embarazada y todo, apenas escuchó los ruidos salió rápido. Ella vio y es uno de los testigos que hoy ayudan en el proceso judicial. La casa de las nenas tenía dos pasillos alrededor, uno que siempre usaban, y el otro oscuro y medio abandonado que daba hacia la casa de la vecina. A José lo sacaron por ahí.

Ella escuchó cuando le gritó al tipo que lo estaba llevando: “¡Hijo de puta! Justo a mí me viniste a buscar. Por los chicos te lo pido”. Según las suposiciones posteriores, José habría reconocido al hombre, sin embargo, eso no se ha podido comprobar.

*¿Y papi? ¿Y papi? ¿Y papi?* “¡Cállense! ¿Por qué gritaron todo el tiempo?”, habló María Angélica por primera vez. Como si no gritar hubiese ayudado a que las cosas fueran diferentes. Los contuvo pero también tuvo que actuar y ser práctica. Tenía que consolar rápido a los chicos, sobre todo a Pebi y Raque que eran los más pequeños, para poder hacer algo. Pasaron unos minutos en esa nebulosa propia de las situaciones límite y reaccionó: “Me voy a la comisaría. Ángel llévame”.

Les dijo a los chicos que se quedaran ahí con los vecinos y partió a hacer la denuncia en el camión de él. Ellos se quedaron en la vereda mientras todos los del vecindario ayudaban a levantar las cosas de casa y también de contenerlos. No hablaron nada a escondidas. Ahí la tía Mary dijo que lo habían sacado por tal pasillo y que después lo metieron al baúl de un coche color bordeau. Tía Pochi, otra vecina, dijo que adentro del baúl vio que tenían a otro tipo también. Una del frente contó que los hombres se habían pasado por el techo de la casa de al lado. No les quedó duda de que ese día habían hecho más de un operativo.

Ángel llevó a María Angélica hasta la comisaría más cercana en la zona de Villa Madero, como a unas cuarenta cuadras de casa. Entró alterada y pidió hacer una denuncia por detención en su domicilio. Tras explicarles que se habían llevado a su esposo y que habían roto la casa entera, ellos le tomaron supuestamente el testimonio y luego le dijeron que se fuera a casa. “Quizás su marido andaba en algo señora”, se despidieron.

Esa denuncia nunca se constató legalmente. Nunca la ingresaron. Al día siguiente fue de nuevo a preguntar y esa sí quedó registrada. Según María Angélica, ese 17 de noviembre vio a personas extrañas rondando la casa por la tarde. También cree que cuando llegó a la comisaría, vio afuera estacionado uno de los mismos autos que habían ido a buscar a José. Quizás fue una ilusión producto del trauma, o tal vez lo intuyó realmente. No lo sabe.

### **La hija de...**

*Yo fui Nancy hasta las 23:15 de esa noche. A las 23:16 ya dejé de ser Nancy. Desde ese momento mi vida cambió para siempre, como a todos los hijos. Por supuesto que todos cuentan historias diferentes según lo que a cada uno le tocó vivir. Pero no hay duda de que ese día te cambia. Sos otra persona. Ya no sos la misma. Yo me empecé a ver como a la Nancy de antes, pero desde afuera. Era otra y ya no podía volver ahí.*

*Yo desde el minuto que se llevaron a mi papá soy la hija de José Reinaldo Rizzo. Y te digo que se lo llevaron porque eso fue lo único que entendimos de su detención. En ese momento era “a papi se lo llevaron”, pensando que en algún momento iban a devolverlo. Pero eso no pasó jamás. De un momento a otro no lo volviste a ver nunca más.*

*Ya me quisiera acordar de un día ante o de una semana antes. Qué comí esa noche, de qué cosas nos reímos, qué cosas miraba en la tele, pero no. Llevaba la vida de una niña espontánea. Nada de lo que hacía era a propósito, sino que como me salía. No tomé en cuenta que reírme era tan importante. Tampoco me di cuenta que tener a mi papá y a mi mamá era importante, entonces a veces tengo la sensación de que no aproveché todo lo que debería. No retuve detalles que hoy me gustaría recordar. ¿Si me acuerdo de su voz? Ni un tono. De los gestos sí, mucho. Pero eso es todo, el resto son las historias que repites una y otra vez para que el tiempo no las borre.*

### **Repartidas por el vecindario**

Los vecinos habían tratado de recomponer un poco el desorden que había quedado en casa pero de todas formas se veía todo roto. Cuando volvió María Angélica decidió pasar la noche ahí con los chicos. No durmió nada y los vecinos se fueron rotando para acompañarla. Al otro día las nenas tenían colegio, pero no fueron por el resto de esa semana. Las personas que acompañaban en casa les ofrecían comida, compañía y si querían ir a jugar con los chicos de ellos. Pero no querían nada más que a papi de vuelta. En su cabeza tenía que llegar en los días siguientes.

Al otro día María Angélica llamó a la única hermana de José. No tenían relación entre ellas, pero era un momento caótico y tenía que informarla. A las horas llegó junto a su marido. Ambos de muy buena situación. Le dijeron que por favor no le contara nada a la abuela, porque ya estaba viejita y no tenían más información además de que se lo habían llevado detenido.

Aprovechó de decirle que agarrara sus cosas y se fuera de esa casa. Todo el mundo le repetía lo mismo. Sin embargo, las nenas tenían que seguir yendo a la escuela y eso no lo iba a transar. “Bueno... si querés yo me llevo a las dos nenas rubias”, le dijo. Nancy sabía que no la querían por no tener ni el pelo rubio ni los ojos claros. María Angélica se negó rotundamente. Ella se quedaba con los cuatro y resolvería como vivir después. Esa fue toda la ayuda que le prestaron por parte de la familia de José.

Ya ese fin de semana se fueron donde su abuela materna y María Angélica decidió que no podían seguir faltando a la escuela. Eso también la ayudaría a ella a ordenarse. Cuando se llevaron a su marido tenía veintiocho años y cuatro pibes que alimentar. No tenía trabajo ni mucho menos dinero. Además que los militares habían destruido la casa. Fue entonces que los vecinos le dieron la solución de adoptar temporalmente a las nenas.

Las dividieron. Ningún vecino podía hacerse cargo de tres chicas más los suyos propios, así que Nancy se quedó con Ana en casa de tía Mary, mientras que Raquel en la de tía Pochi. Pebi estuvo con mamá en casa de tío Ángel. Así continuaron la escuela. Ese era su punto de encuentro. Las llevaba y las traía el vecino y se veían en los recreos o un poquito por la tarde en la vereda.

“¿Cuándo traerán a papi? *No sé, pero seguro que esta semana.* Mantuvieron esas conversaciones todos los días hasta volvieron con mamá. Ella había adelgazado montón. No dormía, no comía y todos los días iba a ver a cada una un ratito. La abrazaban y le pedían ir con ella. Como aún no estaba preparada, Nancy recuerda que un día se enojó mucho porque se lo habían llevado a él y no a ella. Se arrepiente.



Después de eso y con el paso de las semanas, se fueron preocupando más de mamá y también hablando de otras cosas. *Raque no llores más cuando viene mami, ¿dale? Ni tampoco delante del Bebi.* “Bueno no lloro más, pero quiero ir con ustedes”. Pasaba que Nancy y Ana donde tía Mary tenían ducha con agua caliente, mientras que Raquel no. Fue una de las cosas positivas de vivir donde la vecina unas semanas.

### **El regalo de cumpleaños**

María Angélica nunca militó en alguna organización política pero de igual modo tenía miedo. En su casa se habían realizado cientos de reuniones. Ella acompañaba a José a diferentes lados, en parte, porque él la obligaba. También se había juntado en alguna oportunidad en esquinas a pasarles cosas a desconocidos por encargo. Tenía miedo. No sólo por ella, sino que por los chicos. Sin embargo las nenas querían quedarse en casa por si papi venía y así lo hicieron.

Ya la segunda semana de diciembre se instalaron de vuelta. Nunca la detención de José fue un secreto. Las personas que iban a casa pensaban que sí, pero María Angélica siempre lo habló delante de las nenas y sin tabúes. Los vecinos la apoyaron con unos pesos las primeras semanas, lo que le alcanzó también para pagar los trámites del habeas corpus, que por supuesto le rechazaron.

María Angélica les había dicho a las nenas que ella iría a hablar a la escuela. Sin embargo, Nancy se adelantó y dentro de los primeros días le contó a la maestra lo que había pasado. Con ella pudo llorar libremente, no quería hacerlo en casa para no preocupar más a su mamá. La profesora le preguntó si quería que hablara con el resto del curso, pero Nancy le dijo que lo conversaría con sus amigas, que no se preocupara.

No sabe cuándo ni cómo fue exactamente, pero el resto de los apoderados se enteraron. Les advirtieron a sus hijos que no se juntaran con las pibas Rizzo. Que no se sentaran con ellas, que era peligroso. Eso volvió a pasarle también durante la secundaria. Afortunadamente fueron pocos los que hicieron caso. Nancy era de las inteligentes y tenía varios amigos.

Recuerda que se sintió protegida por el entorno y cree que hubiera sido peor si es que su madre las hubiera llevado a una vida nueva.

De hecho un chico de su mismo curso había corrido una suerte similar. Él no lo contó abiertamente, pero se habían llevado a su hermano mayor. Un día a la salida de la escuela su madre pescó a María Angélica y le contó. Nancy no era amiga del chico, pero desde ese día se empezaron a hablar. Sintió alivio al saber que no era la única, que no era un bicho raro. Con el tiempo sus madres se volverían a encontrar para ir juntas a marchar exigiendo justicia.

Por otra parte, Nancy tenía su fe en la iglesia y eso también la ayudó. Empezó a pedirle a Dios que papi vuelva a cambio de promesas. *Si haces que vuelva papi te juro que limpio toda la casa. Y me voy a portar bien siempre, y no miento nunca más.* Recuerda que rezó bastante por su papá. Era lo único que pedía por esos días. A las semanas ya empezó a pedir sólo que estuviera bien.

Afortunadamente al poco tiempo María Angélica encontró trabajo en una fábrica. Al revés de la mayoría de los casos, ella fue y contó lo que le había pasado. No sabía hacer nada pero estaba dispuesta a aprender porque necesitaba la guita. Además, sin José volvió a maquillarse y usar pantalones apretados. Era joven y muy linda, lo que en una sociedad machista la ayudó a encontrar un laburo rápido.

Justo su primer día de trabajo cayó el 16 de diciembre, el primer cumpleaños de Nancy sin papá. Salió a las seis de la mañana y las nenas quedaron solas y con todos los vecinos atentos. Por primera vez se quedaban sin un adulto. Antes su mamá nunca las había dejado, pero ahora la necesidad la obligaba. Nancy estaba a cargo por ser la mayor, Ana se encargaba de limpiar y Raquel de cuidar a Pebi. Todo resultó normal hasta como las diez de la mañana.

Afuera de casa llegó un desconocido. Como no había timbre golpeó sus manos hasta que lo escucharon. Nancy se asomó por la ventana: *¿Sí?* “Hola, ¿está tu mamá?” *No...* “Ah...

porque yo vengo a traer una noticia de tu papá”. Las nenas se quedaron congeladas. Ana y Raquel le dijeron que no salga. No había ni teléfono en esa época. Finalmente Nancy resolvió: *Quédense ustedes acá. Una que vaya por el patio a avisarle a Susi mientras yo voy a ver qué quiere el hombre.*

Se dividieron. Nancy salió con su camión de dormir a la vereda, mientras una fue por el patio a avisarle a la vecina y la otra la vigilaba por la ventana. *¿Sí, qué cosa? A mí papá se lo llevaron.* Eso fue todo lo que le dijo. El hombre debe haber tenido unos cincuenta años y le contó: “A mis hijos se los llevaron igual que a tu papá y los soltaron. Uno de ellos estuvo con él y le dijo que les venga a avisar que estaba bien”. Un alivio. En la cabeza de Nancy Dios la había escuchado y ese era el mejor regalo de cumpleaños que pudo darle.

Al minuto salieron los vecinos de toda la cuadra a encarar al extraño. “¿Qué quiere usted con las nenas ah?!”. No se olvida de esa escena. El tipo tuvo que explicarles a todos que él también era de Tabladas y que traía esa información. Todos sospecharon, pero le terminaron creyendo. De todas formas le advirtieron que si volvía tenía que hacerlo cuando estuviera la madre. Él dejó su dirección y se fue.

Por supuesto que Nancy les contó el notición a sus hermanas y apenas llegó mamá hicieron lo mismo entre todas. Ella no lo podía creer. Primer día que las dejaba solas y pasaba todo este quilombo. Después su mamá fue a verlo y corroboraría todo lo que él había dicho.

Por coincidencias de la vida, en su adolescencia, Nancy estuvo de novia por cuatro años con Bamba, un chico que resultó ser primo de los jóvenes que habían liberado. Sin embargo, ellos nunca quisieron hablar con ella ni con nadie. Tenían con suerte dieciocho años cuando pasó todo y querían olvidarse. Llegó a pasar Navidades con ellos, pero la condición era que no les preguntaría nada. Le costó, pero entendió y respetó su decisión. Habían declarado en la justicia y con eso era suficiente para ella.

### **Siempre una copita de más**

Hasta antes de 1976 las Navidades eran de poner el pasto y la cerveza para los reyes magos a la entrada de casa junto a los zapatos de cada uno. Las nenas recolectaban durante el día el pasto que comerían los camellos, mientras que la cerveza era la avivada de los viejos para tomársela cuando los chicos se fueran a dormir. Al otro día despertaban temprano y corrían para ver lo que Papa Noel y los reyes magos habían dejado. Por lo general, eran muñecas.

Todas seguían creyendo y no tenían motivo para no hacerlo. Sin embargo, ese año la situación estaba difícil y María Angélica tuvo que sincerarse. Habían salido a caminar por Avenida Crovara para que vieran juguetes. Se estaba haciendo de noche y cuando Pebi se adelantó unos metros, les soltó la verdad. Les dijo que ese año no iba a poder comprarles nada porque no había dinero, y que al único que le haría un regalo era a Pebi por ser el más chiquito.

Quedaron desconcertadas, sobre todo Raquel que era la segunda más chica y que estaba de cumpleaños el mismo 24 de diciembre. Igual lograron entenderlo. No era de mala onda, sino que la realidad que tenían luego que se habían llevado a papá. La fiesta fueron a pasarla todos donde su abuela y estaba lleno de gente. Habían llegado varios hermanos de su mamá con sus parejas y todos los primos.

Cuando iban a hacer el brindis de la medianoche, Nancy recuerda que su mamá tuvo la brillante idea de decirles que buscaran una copita extra para papi. Todas lo aceptaron y al momento de brindar también lo hicieron con la copa de papá. A las doce se abrazaron y lloraron juntos como familia. La misma tradición repetirían días después para la llegada del nuevo año.

Hasta el día de hoy todos los hermanos Rizzo, estén donde estén, siempre ponen una copa extra para su padre en esas fechas. Quedó como una costumbre desde aquella primera vez. Después, cuando se enteraron que a José lo fusilaron el 31 de diciembre de 1976, dejaron la

Navidad para celebrarla con las familias de cada uno y el Año Nuevo para reunirse entre ellos y conmemorar la muerte de su padre.

### **La carta de Bélgica**

María Angélica de golpe se transformó en otra mujer. Nancy asegura que se volvió más linda de lo que era. Se llevaron a José y vivió una especie de liberación. Tenía un mundo del que hacerse cargo y pudo valerse por ella misma. Le costó y tuvo que hacer múltiples sacrificios, pero sus hijos se lo agradecen.

De querer que volviera, las nenas pasaron a desear que papi estuviera bien donde lo tenían, hasta que ya al año siguiente, Nancy confiesa que pedía que ojalá estuviera muerto. Hablaban entre ellas y pensaban que la enfermedad lo mataría si es que estaba sin medicación. En algún momento esa opción fue más alentadora que el paradero desconocido.

Ya en 1977 el tema de las desapariciones se empezó a conocer en todos lados. Así como también los casos de presos que soltaban. María Angélica pensó en todas las posibilidades. Incluso que a José lo habían soltado y se había exiliado en Europa como habían hecho otros. Ese mismo año una carta las haría sospechar sobre esa posibilidad.

Llegó un sobre extraño a la casa por correspondencia. Tenía un sello de Bélgica y cuando lo abrieron el mensaje era breve: “Querida familia, pronto recibirán el bono que les prometí. Estoy bien. José Rizzo”. No supieron que creer. Desconfiaron inmediatamente que pudiera haber sido él. Pero entonces quién. Pensaron que quizás algún compañero le estaba pidiendo ayuda con un mensaje en clave o también que los militares las estaban poniendo a prueba. Nunca lo supieron y su mamá la llevó al organismo de derechos humanos. Ahí dejaron el tema. Sabían que no había sido su papá.

### **Rebelde pero inteligente**

En el '76 Nancy terminó de cursar la primaria. Eso significaba que empezaba el segundo ciclo de su educación y también que debía ir a una nueva escuela. A sus hermanas les

quedaban uno y dos años para hacer lo mismo, por lo que debió enfrentar ese nuevo mundo sola.

Había desaparecido su papá, su mamá se la pasaba trabajando, y sus hermanas estarían lejos. Fue la oportunidad perfecta para descargar su rabia contra el mundo y volverse de las rebeldes del curso. La transición de la escuela para niños a la escuela para adolescentes le calzó terriblemente perfecto. Y lo recuerda como terrible porque atravesaba la peor edad y más encima en dictadura.

Escuela nueva, gente nueva. Nancy tenía dos opciones: ocultar su historia y actuar como una piba normal ante el resto, o gritar a los cuatro vientos que era hija de desaparecido y que el resto se la banque así. Optó por la segunda. Era bocona por naturaleza y no le salía esconder su pasado. Si la iban a querer, tenía que ser con todo.

*Hola soy Nancy Rizzo y soy hija de desaparecido.* Agarró una especie de onda transgresora. Cada vez que conocía a alguien, en algún momento lo comentaba. “¿En serio? Yo pensé que eso era un invento de los comunistas”, le tocó escuchar varias veces. Y no sólo eso. A lo largo de su adolescencia se encontró con todo tipo de respuestas. No le interesaba. Ella seguía viviendo a su ritmo y lo que pensara el resto era problema de ellos.

Sin embargo, a sus hermanas les molestó. “¿Por qué tenés que hablar siempre Nancy?!”. Tanto a Ana como Raquel no les gustaba contar su historia. Claro que Nancy ya le había dicho a sus compañeros, a los maestros y hasta al director. Entonces después llegaban donde ellas... “Tu hermana me contó que vos tenés un papá desaparecido”. La odiaban.

A pesar de eso, Nancy agarró varios amigos. Se llevaba bien con la mayoría, y es que llamaba la atención. Era “mala”. Y lo hacía a propósito porque no quería que la ofendieran nunca más. Así llegó a abrir la llave del gas del colegio o poner una rana dentro del libro de asistencia. “¿Quién fue!?” Siempre decía que había sido ella. No le tenía miedo a nada ni a nadie. Eso sí, aclara que no era mal educada. No era de insultar a los mayores, pero sí les rompía las pelotas.

Arranques revolucionarios los llamaba el director. Aburrida, muchas veces hizo maldades para conseguir a cambio una soda o una hamburguesa. Sus compañeros la alentaban. ¿El resultado? Noventa y seis amonestaciones. Todo un record. Sin embargo, y ahí estaba su defensa, el promedio de las diecinueve materias que alcanzó a cursar era 9,75. Brillante. Se lo estudiaba todo y además le salía todo fácil, nunca le costó.

A raíz de las amonestaciones le hizo creer a su mamá que las cosas en secundaria funcionaban distinto y que el boletín le llegaría a fin de año. Mentira. Lo falsificó siempre para evitar que la descubriera. Alcanzó a estar en esa escuela hasta tercer año. Después de eso, le dijeron que no podía continuar con cuarto y quinto debido a su comportamiento y la echaron. Su rebeldía había superado su inteligencia y esa vez le jugó en contra.

### **Los quince de Raquel**

Cuando Nancy todavía cursaba la secundaria, fue la primera que empezó con las fiestas de los quince años. Para todas las niñas en Argentina es como la gloriosa celebración del término de la infancia y los papás se ven obligados a desembolsar mucho dinero para consentirlas en sus cumpleaños.

La realidad de las nenas en ese entonces era algo diferente. Vivían con menos de lo justo y su mamá hacía malabares para mantener la casa sola. Nancy no entiende ni cómo lo hacía ni con qué tiempo respondía a todo. A veces en la noche llegaba cansada y alguna le pedía que le arreglara los pantalones para usarlos al otro día. Lo hacía. Lo dio todo por sus chicos para sacarlos adelante a pesar del dolor.

Para los quince de Nancy su mamá le había comprado hasta ropa. Ese día llegaron a su casa varios familiares y personas de otros lados. Fue la época en que era mala y dañina con su madre, y había puesto una condición. Ella no iba a celebrar a menos que su papá viniera a verla. Por supuesto que no llegó, así que armó un capricho grande y se encerró en la pieza. No quiso ver a nadie y se quedó durmiendo.

Luego vino Ana. Ella tampoco quiso celebrar y en esas fechas recuerda que al parecer ni siquiera se podían dar ese lujo. Eso sí, después le compró un montón de ropa, ese fue su regalo. Finalmente, un año después, fue el turno de Raquel. Se habían puesto de acuerdo entre todas para que de una vez pudieran celebrar en grande.

Nancy ya cosía a esa edad, por lo que ella le iba a hacer el vestido. Entre todas prepararon las cosas, reservaron un salón, hicieron las tarjetas personalmente y las entregaron. Raquel estaba emocionada, había invitado a todos sus amigos y su cumpleaños de quince prometía.

Un día antes del gran evento había que pagar la reserva del salón. Muy triste, mamá les contó que no llegaba. Que no le alcanzaba el dinero para pagar. Recuerda que casi se mueren. No sabían qué hacer, Raquel hubiera preferido matarse y enterrarse en un pozo antes que asumir la vergüenza pública. Eran adolescentes y reconocer que no les alcanzaba la guita, para ellas era grave.

Entonces optaron por mentir. No quedaba mucho tiempo y necesitaban una excusa que fuera lo suficientemente buena como para suspender el evento. “Internaron a la abuela de urgencia, se está muriendo”, le dijeron a todo el mundo y desaparecieron unos días. Hasta hoy fue un secreto que nunca nadie supo. Ni los mejores amigos, ni los novios de esa época. Era la vergüenza de las nenas Rizzo y se lo quedaron para ellas.

Odiaron a su mamá por un tiempo, aunque hoy lo ven como madres y la entienden. Probablemente, le habían prometido que le llegaría esa plata para la fecha y no pasó. Finalmente ninguna de las tres celebró sus quince en grande. En el momento pudo haberles dolido, pero hoy valoran mucho más todo lo que hizo su vieja por ellas. Lo otro eran pendejadas.

### **Nacionalismo hipócrita**

A pesar de que a José se lo habían llevado hace unos años, la dictadura seguía en pie y casos como los de la familia Rizzo se replicaban todos los días en diferentes zonas de



Argentina. Después que toman a su padre, para ellas el vínculo con los militares se volvió extraño.

A quince cuadras de casa estaba el regimiento N°3 de Tabladas donde muchos de los amigos de Nancy partieron a hacer la colimba, incluido Bamba, su primer novio oficial. Peor aún, ya en los inicios de los ochenta mandarían a varios de ellos a las Islas Malvinas a enfrentar a los británicos. Entonces salían de a grupos a la Plaza de Mayo a aplaudir y despedir a los militares. Eran los héroes que iban a defender la patria.

*¡Era una locura! Yo después de grande me cuestionaba cómo no me di cuenta. Y ahí andaba festejando a los mismos que se habían llevado a mi papá. Pero es que había un nacionalismo y una idea de defender a la patria de los ingleses... Terrible esos festejos. Ahora lo entiendo así, no sé. Algo similar pasó cuando celebramos que Argentina salía campeón de la Copa del Mundo en el '78.*

*Éramos chicas, pero igual. Mi mamá nos llevó a la Plaza de Mayo. Una cantidad de gente como nunca había visto. Todo el mundo salió a las calles. Saltaban, gritaban y cantaban llenos de euforia, llenos de triunfo. A nadie se le pasó por la cabeza que a un par de cuadras estaban fusilando y torturando gente. ¡Una locura! Igual a veces pienso que nadie se pudo dar cuenta tampoco. No hay que reprocharse... ¿cómo nos íbamos a dar cuenta?*

Aunque desaparecieron a José, los militares siguieron atentos por algunos años de lo que pasaba con el resto de los Rizzo. A las nenas una vez volviendo de un paseo de vacaciones las pararon y les revisaron lo que traían en los bolsos. Su mamá estaba trabajando y las agarraron solas. Nancy no les tenía miedo, ellas no estaban haciendo nada. Seguramente pensaron que María Angélica seguía en contacto con organizaciones políticas y querían contactos.

También les tocó lidiar con un coche negro que las siguió al colegio y a la casa por varios días. Por las noches a veces les tiraban piedras a sus paredes para asustarlas, claro que nunca le dieron importancia. Ellas sabían que si se hubieran querido llevar a su mamá lo

hubieran hecho. Pero no tenían razón para hacerlo más que para cagarles más la vida. Nancy asegura que el mayor error que cometieron los que hacían la dictadura fue dejar a los hijos vivos, porque son ellos los que hoy reclaman justicia.

### **La fantasía de la tumba de papá**

A fines de los '70 y entrando en la década de los '80 en Argentina creció una generación que estaba definida por la música que escuchaba. La dictadura tenía prohibida la música inglesa por el conflicto de las Islas Malvinas por lo que el rock argentino, que tampoco estaba tan bien visto porque reclamaba democracia, agarró fuerza por esos años.

Nancy recuerda que la música marcaba el límite, y eso influía en cómo te vestías y con quién te juntabas. Ella no era de las que le gustaba salir a bailar porque no entendía las letras de la música en inglés, por lo que escuchaba mucho rock nacional. Debe haber tenido catorce o quince años cuando el entonces novio de Ana le pasó un casete y le dijo que lo escuchara.

Era *Mujeres* de Silvio Rodríguez, el cantante que le cambiaría la vida. Cuenta que era una edición tan larga que para escuchar la última parte había que adelantar con la birome para que sonara. Le encantó. Por lo mismo, empezó a prestarle más atención al cantante y cuando salía alguno de sus temas en la radio lo grababa en casetes en la casa.

Un día escuchó *Canción del elegido*, la que Silvio le escribió al Che Guevara, y tuvo una sensación indescriptible. Sintió que esa canción le recordaba mucho a su padre y empezó a buscar coincidencias con su historia. La hizo de ella, de ese momento. No sabe definirlo, pero por su cabeza pasó que tenía que contarle a Silvio la historia de su padre.

*Seguí creciendo a medida que pasaron los años y era increíble como las canciones de Silvio Rodríguez encajaban perfecto en diferentes etapas de mi vida. Un día estaba enojada porque no podía ir a bailar, me acordaba de papá y la canción me venía justa. Cuando estaba feliz porque se me había declarado el chico que me gustaba, también me iba justa. Era una canción para todo servicio, siempre me hacía sentido. Era increíble.*

La dictadura se terminó formalmente a fines de 1983. Un tiempo después, recién empezaría Argentina a abrirse a artistas internacionales que criticaban el período represivo del país. Fue así que Nancy recuerda cuando en 1984 fue a ver a Silvio Rodríguez por primera vez a una cancha en Obras.

Desde ese concierto en adelante, hizo lo imposible para no perderse ninguno. Cada vez que Silvio anunciaba que tocaría en Buenos Aires, se las arreglaba para juntar los pesos y comprar su entrada. Además, desde ese concierto agarró la costumbre de escribirle una carta. Ni en pedo pensaba que se la entregaría algún día, pero de todas formas lo hacía.

Era una carta sobre ella, sobre su historia y sobre cómo la *Canción del Elegido* le recordaba a su padre desaparecido. Como nunca tuvo noticias de su paradero, ni un lugar físico donde encontrarlo, Nancy fantaseó con que para ella la tumba de su padre sería el momento en que Silvio Rodríguez dijera el nombre de su papá.

Cada vez que había un concierto volvía a reescribir la carta. Cada vez más grande, con mejor redacción, ortografía y actualizándola según lo que estaba siendo su vida. Ella sentía que Silvio la entendería. A cada concierto la llevaba en el bolsillo pensando que quizás algún día se la podría entregar. Cuando llegaba a casa la guardaba donde siempre.

En el 2005 Silvio anunció que daría un concierto en el Luna Park el 16 de abril. Justo la fecha de aniversario de Nancy con Rubén, por lo que él le regaló la entrada. La noche anterior agarró un hoja de cuaderno y con una birome le reescribió la carta. A la antigua, nada de tecnologías o letras de computador.

Raquel es su compañera de recitales y ese día le había tocado manejar. ¡*Raque pará! Quiero comprarle flores a Silvio. Le voy a tirar un ramito.* El tipo justo vendía rosas blancas, las que le gustan a Nancy. Cree que no hay mejor regalo, sobre todo para una mujer. ¿Por qué blancas? Explica que no tienen olor ni color, por lo que el mensaje es que no hay nada más lindo que a la persona a la que se la estás regalando.

Al ramo de rosas le pegó con mucha cinta el sobre donde estaba su carta y que afuera decía en grande: SILVIO. Llegaron a cancha y por supuesto que estaba repleto. Pero Nancy y Raquel son de esas que se meten y se meten hasta llegar lo más adelante que puedan. Consiguieron estar en las primeras filas. Cuando ya estaba por terminar, Nancy se movió hasta lograr una mejor posición y le tiró el ramo. Cayó justo a sus pies y Silvio lo agarró... *Bueno, por lo menos tiene las flores.*

### **25 años más grande**

Con la llegada de los '80 las cosas empezaron a mejorar un poco en casa. María Angélica se había cambiado de trabajo y empezó a crecer económicamente. No tenían de sobra pero al menos ya no vivían con menos de lo justo. A Nancy la habían echado de la secundaria y su mamá le dijo que se pondría a trabajar con ella. Le cargó la idea. No le gustaba trabajar, sin embargo, quería comprarse cosas, así que aceptó.

Sus hermanas también engancharon con el trabajo y se cambiaron a un colegio en la noche. Allí terminarían y Nancy se sumó. Se acuerda que era una escuela media trucha y donde enseñaban muy mal a pesar de ser pagada. De éstas que podían hacer cuarto y quinto en el mismo año. Trabajaban de día y estudiaban de noche. Así terminaron la secundaria en el '82. Ni Ana ni Raquel quisieron seguir estudiando y Nancy hizo lo mismo. Hoy culpa un poco a su mamá por no haberla obligado. Ella tenía potencial y cabeza para hacerlo, pero no pasó.

Ya en 1984 trabajaba en un frigorífico. Dos años antes había empezado siendo secretaria de un vecino que comenzó con un camión y que al año ya logró tener una flota. El tipo se hizo socio de otro que tenía frigoríficos y ahí entró al rubro. Conoció al dueño y él le ofreció un mejor trabajo también como secretaria, las que en esos años no sólo hacían el trabajo de ordenar la vida del jefe, sino que estaban metidas en todo, recuerda.

El dueño de ese frigorífico era José María, un hombre veinticinco años mayor que ella y muy rico. Vivía en la zona de Olivos en Buenos Aires, tenía barcos y su vida era todo un lujo. Él le enseñó mucho del laburo y Nancy aprendió rápido. Tenía diecinueve y él

confiaba en sus capacidades por lo que la mandó muchas veces sola a supervisar trabajos y cargas a otras regiones de Argentina.

Fue en esa rutina constante que un día le propuso salir. Se excusó sabiendo que era más grande pero de todas formas la invitó a comer. Aceptó. Se llevaban muy bien y de a poco la cosa se fue dando. A pesar de los años encajaban muy bien. Cuando ella le contó que era hija de desaparecido, el tipo se interesó mucho. “Entonces, ¿es verdad que existen desaparecidos?”. Nancy le explicó y de ahí en adelante el tipo quería contarle a todo el mundo. La admiraba por su historia y eso la hacía sentir orgullosa de su pasado. Fue así que se fue enamorando.

*Yo si tengo que recomendar algo es estar con alguien mayor. Es ideal. Sos una reina todo el tiempo y siempre te aplauden y admiran tu juventud. Eso sí, esas relaciones hay que saber que tienen fecha de vencimiento. Llega un punto en que ya no resultan más. Con José María yo lo pasé increíble. Además que él a pesar de ser mayor, no se notaba tanto nuestra diferencia de edad.*

Su relación duró alrededor de tres años. Al menos durante la primera mitad Nancy lo mantuvo en secreto. Esconder su vida privada es parte de su esencia. No le gustaba andar contando, menos a su madre que sabía cómo iba a reaccionar. Dice que por lo mismo fue de sus hermanos la que más dolores de cabeza le dio. Ellos también se mandaban cagadas pero se iban solucionando en el día a día. Nancy no, ella lo aguantaba hasta que después la cosa estallaba.

Ese fue el caso. Ya llevaban como un año y medio de relación cuando una tarde una chica del barrio la vio besándolo a unas cuadras de casa. Cuando llegó, estaba la mina tomando mate con su mamá. Le había ido con el chisme y se armó el escándalo. Le dijo de todo, se acuerda. A María Angélica le molestaba que le mintiera siempre. Igual con el tiempo se bancó a José María y hasta llegó a interrogarlo. Nancy cuenta que lo ha hecho con todos sus novios. “A ver, ¿vos por qué estás con esta pendeja que te llena la cabeza de cosas?”.

Luego de trabajar un par de años con él, ya por el '86 se pelearon y Nancy se dio cuenta que la relación no daba para más. Ella había conocido a Rubén y con José María no era lo mismo. Fue honesta y le dijo que estaba enamorada de otro. Terminaron y no lo volvió a ver nunca más. Hace poco se enteró que había fallecido y le dio mucha tristeza. Lo recuerda con cariño, asegura que era un gran tipo.

### **La maldita inyección**

Nancy a mediados de sus veinte tenía una amiga que le llevaba diez años. Con Marta siempre se juntaban y solían ir seguido donde otra piba que era peluquera a hacerse un retoque o algo en la cabeza. Fue en una de esas salidas que Nancy cometió uno de los errores que le ha costado más caro.

Llegaron a casa de esta mujer y por esos años había llegado la moda de ponerse silicona para arreglarse algunos detalles del cuerpo. La operación recién se estaba implementando y era imposible pagar esa cantidad de dinero. Sin embargo, la dueña de casa les contó que tenía un travesti amigo que colocaba inyecciones de silicona a un precio razonable. Les encantó la idea.

Por esos años Nancy ya había empezado con Rubén y a él le pidió el dinero para hacerlo. No le contó a nadie más y él confiando en ella, aceptó. Le costó alrededor de mil dólares. La peor inversión que ha hecho en su vida, cuenta.

Se juntaron en una casa. El travesti era muy simpático y ninguna de las que estaba ahí se quejó de dolor o algo por el proceso. Algunas pedían que la inyección fuera en las tetas, otras en la cara y así. Marta quería ponerse un poco debajo de los ojos para sacarse las bolsas y Nancy, que siempre fue muy flaca, quería tener más pecho.

El tipo ponía la aguja como si nada y después les pegaba un algodón con la gotita. Llegó el turno de Nancy. La pinchó con la misma jeringa que a todas y luego le puso el algodón. No alcanzó a estar ni diez minutos allá. Inmediatamente notó el cambio, aunque sentía algo

extraño. Pensó que era parte del procedimiento y no le dio importancia. Hoy cuenta que no se agarró Sida ni otras cosas, porque Dios es grande.

Volvió a casa media incómoda y su mamá lo percibió. “¿Qué te pasa? ¿Qué tenés ahí Nancy?”. A esas alturas ya le dolían los brazos y no pudo esconder. *Ay mami no me pegues... Mirá, me puse silicona en las tetas.* María Angélica enloqueció: “¡¿Qué?! ¡¿Dónde te hiciste eso Nancy?! ¡Estás loca Dios mío!”. *No pero ma’, no es nada, fue con una amiga de Marta así que todo está bien.*

Al mes estaba llena de bultos y tuvo que partir al médico. Ninguno supo definir qué le pasaba así que terminó en el hospital oncológico. Ella sabía que no tenía cáncer, pero el asunto ya era grave. Los médicos decían que lo que habían inyectado no era silicona sino que una sustancia extraña.

Después se enteró que era aceite de máquina industrial. Ninguna de las que se inyectó lo supo y es que tampoco les pasó nada. A Nancy le agarró mal porque como era tan flaca, el tipo le metió la aguja en la glándula mamaria y no en el pecho. La inyección la llevó a hacerse cinco operaciones, un mes de terapia intensiva y a estar muy cerca de la muerte.

### **El otro problema**

Cuando fue al doctor días antes de su primera operación, él le preguntó si tenía algún problema de salud que quisiera comentarle. *Sí, mirá que yo vomito unas cinco o seis veces por día. “¿Qué? ¿Cómo que vomitás tanto?” ¡Ay sí! Es que yo quiero engordar, entonces como todo lo que sé que engorda. Cuando se me acaba el hambre, sigo comiendo y, claro, mi cuerpo no aguanta y termino vomitando.*

Desde su adolescencia que Nancy nunca pesó más de cuarenta y ocho kilos. Era tan flaca que no le gustaba, ella quería ser más gorda. Su sueño era usar mini faldas o shorts pero sus piernas eran demasiado delgadas y no le gustaba como se veían. Además todos le decían que tenía que engordar un poco, que no podía ser tan flaquita. Por eso comía demasiado. Tanto, que después vomitaba. Por esos años nadie sabía lo que era la bulimia.

Ella nunca lo escondió. Y es que para Nancy nunca fue una enfermedad hasta que se lo diagnosticaron. Su mamá pensaba que todo le caía mal y nada más. Cuenta que pasó una época en que se obligaba a seguir comiendo a ver si veía algún cambio. Si le decían que las aceitunas calientes engordaban, ella iba y agarraba el tarro, ponía a hervir agua y ahí se quedaba hasta terminarlo. De verdad quería ser gorda.

Finalmente el doctor le dio un remedio para prevenir el vómito en la operación. El riesgo era que lo hiciera mientras tenía la anestesia y se ahogara. En ese procedimiento trataron de vaciarle el líquido de la glándula, pero fue imposible, así que terminaron sacándosela y poniéndole su primera prótesis. A los días le dio el alta y le dijo que debía ir a ver a un gastroenterólogo.

La diagnosticaron con bulimarexia, es decir, Nancy tenía dos trastornos alimenticios: anorexia y bulimia, por lo que le dijeron que debían internarla. Pasó cuarenta días en el Hospital de Gastroenterología de la UBA en terapia. La nevera se la tenían con candado, no podía manejar dinero y cada vez que iba al baño la acompañaban. Cuenta que fue duro. Sobre todo porque los tipos eran unos torturadores. Le preguntaron qué ropa le gustaba usar. Cuando les contó su trauma con las faldas y shorts la obligaron a estar todos los días vestida con eso.

En ese período se dio cuenta de lo mentirosa y manipuladora que era. Cuenta que ella no necesitaba de los dedos para vomitar, sino que lo hacía mediante la respiración. Ella lo controlaba a su gusto y podía hacerlo cuando quería. A raíz de los años que pasó haciéndolo, el jugo gástrico le quemó las cuerdas vocales y le dejó la voz rasposa.

Durante esos días también la hicieron anotar todo lo que pensaba y hacía, ella mentía y anotaba indicios de que estaba mejorando para salir antes. No alcanzó a estar los cuarenta días encerrada allá, ya que negoció para que la fueran a buscar por la noche y la fueran a dejar de madrugada. Así también logró zafar de la terapia ambulatoria que debía cumplir después.



Convenció a su mamá y a Rubén para irse a vivir sola. Alquiló un departamento y dejó de vomitar en serio, sino hubiera tenido que seguir el tratamiento. Les prometió que se había curado y que ya no iba a ir más. Reconoce que a veces igual vomitó a escondidas, pero nunca como antes. De hecho ahí se dio cuenta que era algo muy controlable y cíclico.

Le pasó que durante sus embarazos nunca vomitó nada y hoy de grande cuando pasa por situaciones complicadas o tiene días intensos lo hace. Cuenta que es la forma que tiene su cuerpo para descargar todo lo malo. Dice que apenas tira todo afuera inmediatamente se siente bien.

*No le puedo echar la culpa de todo eso a mi papá, aunque a veces lo dije. Mi mamá me respondía al revés: que si mi viejo siguiera vivo yo jamás le habría hecho eso. No sé. Yo hice muchas cosas. Sé que algunas estuvieron mal y lo asumo. Mi mamá me dice que fui la que más trabajo le dio y, probablemente, fue así. Hoy ya no me dice mucho, y es que tampoco puede.*

### **Casi muerta**

Después de esa primera operación, en los años siguientes vinieron otras cuatro hasta la última y más compleja de todas que fue en noviembre del 2014. Estaba programada y era para extraer el líquido de sus pulmones que habían desarrollado un enfisema pulmonar.

Ya hace unos años se había sacado los pechos por precaución de que pudiera desarrollarse una complicación más grande. Debido a eso vive usando sus rellenitos para simular que tiene tetas. Siempre fue flaca y nunca tuvo mucho así que prefiere no hacerse problema por eso.

Casi entrando a pabellón le pidió al doctor que la cuidara. Cuenta que iba con el miedo de toda mamá cuando piensa que quizás después de esa inyección de anestesia no despertaría más. Con eso no hubo problema. La cirugía salió bien aunque no pudieron sacarle todo y fue ahí que tuvo una complicación.

*¿Viste cuando decís que estuviste muy muy mal? Así estuve yo por dos días que le dijeron a mi familia que quizás no pasaba la noche. ¡Se llevaron un susto bárbaro todos! Bueno yo también. Nunca había sentido un dolor tan grande e intenso en mi vida. Fue una locura. Me tuvieron hasta con morfina y todo.*

Nancy no se considera de las personas depresivas. De hecho, casi nunca llora ya que siempre trata de ver lo positivo de sus problemas y muchas veces los lleva al ridículo para reírse de ellos. Sin embargo, hubo algo de su última operación que la angustió.

*Llegó un momento en que el dolor físico fue algo inaguantable. Nunca me había tocado vivir algo así. Lo que más me impresionó de eso fue que en esos momentos tuve una paz. Uno empieza a pedir que pase lo que tenga que pasar. Llegué en momentos a pensar que quería dormirme y no despertar más. No aguantaba. E hice una comparación. ¡Mirá lo que es! Las cosas que te marcan en la vida te aparecen en todo momento.*

*Cuando desperté al otro día fue lo primero que dije. Pensé cómo mi papá pudo soportar tanto dolor. Cuánto sufrimiento tuvo que bancarse. Porque después yo me enteré de todo lo que vivió. Y ahora lo entiendo. Cuando te supera el dolor, el que se queda acá lo sentís en calma, pero vos no querés nada más. Mirá que yo estaba medicada y todo, entonces se me cruzan por la cabeza estos hombres maltratados y torturados. Afortunadamente después de eso me recuperé y ya estoy bien, pero fue duro.*

### **Amantes**

A Rubén lo conoció durante los primeros años de los ochenta. Era la época en que trabajaba como secretaria para una empresa de frigoríficos. Él se dedica hasta hoy al mismo rubro y en ese entonces tenía negocios con su antiguo empleador. Conversaban lo justo y necesario para coordinar las mercaderías y los próximos pedidos, si bien se llevaban bien, al principio nunca tuvieron una segunda intención.

Él estaba casado y tenía hijos mientras que Nancy vivía su romance con José María y no pensaba en otros. No se acuerda cómo se fue dando, pero ya en 1986 el trabajo permitió

que fuera naciendo la química. Decidió cortar con su novio y empezó a ser la amante. No estaban orgullosos, pero no pudieron hacer nada contra su destino.

Intentaron muchas veces frenar. Se dejaban de ver o de hablar, pero no hubo caso. No duraban más de un mes. Se habían enamorado fulminantemente y se dieron cuenta que estaban mucho peor separados. Por eso Nancy estuvo ocho años como su amante. El tema no era simple y habían hijos, cariño, dineros y muchos factores de por medio que fueron alargando la separación de Rubén. Cuenta que no es fácil ser la otra, sin embargo, se lo aguantó pacientemente y lo apoyó en lo que pudo.

Al principio ella seguía viviendo con su mamá, después se mudó a un departamento sola en capital. Como ya manejaba el negocio de los frigoríficos le empezó a vender mercadería a Rubén por teléfono. Con eso se las arreglaba y si no, inventaba formas de hacerse la guita. Allí se veían seguido y planearon las ganas de tener familia, sin embargo, ella siempre supo que eso no pasaría hasta el día en que él se separara.

Durante el principio de los '90 empezó a gestionar la separación con su ex esposa. De ahí pasó buen tiempo hasta que consiguió arreglar su situación por completo. La idea de ellos era hacer familia ensamblada y eso tomó años. Recién en 1994 salió el divorcio y las cosas empezaron a salir bien para todos. Nancy pudo finalmente conocer a los hijos de Rubén y ellos con el tiempo la terminaron aceptando.

Desde principios de ese año y ante la certidumbre de la separación formal, Nancy quiso concretar sus ganas de hacer familia. Ya iba a cumplir treinta años y su plan siempre había sido ser madre antes de las tres décadas.

Nunca se casaron por más que Nancy le insistió mucho con la idea. Rubén ya tuvo un matrimonio y considera que ahora sería sólo un gasto de dinero. Ellos están juntos y es exactamente lo mismo que estar casados. A ella le hubiera gustado, pero bueno, se conforma diciendo que llevan treinta años re juntados y felices.

Lo de la familia lo habían conversado y siempre fue parte del plan. Tendrían hijos. Durante los primeros meses del mismo '94 se fueron medio a escondidas a alquilar juntos por primera vez y para esa fecha Nancy ya supo que estaba esperando a su primer hijo.

### **Ramiro y Renato**

Cuando Nancy le contó a su mamá que tendría un hijo, lo primero que le escuchó decir fue “pobre niño”. María Angélica había soportado todas las experiencias y locuras de Nancy y desconfiaba de que fuera capaz de hacerse responsable de otra persona que no fuera ella. Lo de Rubén lo fue aceptando con el tiempo porque, por supuesto, no se enteró desde un comienzo y la relación de amantes por ocho años no era mal vista sólo por ella.

Nancy cuenta que ni percibió su embarazo. Con suerte le creció un poco la barriga pero no tuvo síntomas ni nada. Ocho meses después, en septiembre, nació Ramiro que se adelantó. Estaban felices. Después de largo tiempo las cosas estaban resultando y todo lo que no pudieron hacer en ocho años al fin lo estaban consiguiendo. Ese año los tres hijos del matrimonio anterior de Rubén conocieron a su hermanastro, pasaron Navidad juntos y luego se fueron de vacaciones.

*Cuando llegó Ramiro jamás pensé que sería el momento de sentar cabeza ni mucho menos, de hecho, fue todo lo contrario. Me divertí un montón con él. Él también fue una criatura muy simpática. A nosotros nos decía Ancy y Ubén, jamás mamá y papá. Vino a decirme mamá por primera vez cuando volví del hospital con Renato en los brazos.*

El segundo también fue planificado. Nancy quería tener una nena y sentía que ese era el momento para dedicarse a ser madre. Por eso no alcanzó a pasar mucho tiempo hasta que ya en 1996 corroboró que nuevamente estaba embarazada. Se pusieron felices aunque en ese momento la situación económica de ellos empezó a empeorar.

*Desde que supe que estaba embarazada yo asumí que tendría una nena, yo la deseaba. Le tenía hasta nombre. Toda mi vida dije que cuando tuviera una niña le pondría Renata. El día que me fui a hacer la ecografía y me dijeron que era varón... Salí tan amargada me*

*acuerdo. Por supuesto que después se me quitó. Como no sabía si iba a tener más, preferí gastarme el nombre y le pusimos Renato. Acá en Argentina es muy poco común y, de hecho, eso lo hace único. Hasta hoy ni él ni yo conocemos a otro.*

Nancy cuenta que ocupaba a su mamá como contra ejemplo. Ella quería hacer todo diferente de como lo hizo María Angélica y por eso no le pidió ni consejos ni ayuda. Igual reconoce que su mamá se portó muy bien con ella y la apoyó en todo momento a pesar de las críticas. Es el tipo de relación que mantienen y entre ellas lo entienden.

A todo esto, el destino le había dado la revancha a Nancy: sus dos hijos nacieron con los ojos azules y muy lindos. Sabía que era una tontera, pero ella lo anhelaba y le resultó. Desde que los tuvo se transformaron en su prioridad y asegura que no hay amor más fuerte en su vida que ese. Después de Renato, intentaron con Rubén tener otro pero resultó un embarazo anembrionado que no prosperó, por lo que no volvieron a tratar más.

### **El Estado reconoce**

Durante el embarazo de Renato y en los años siguientes vivieron su etapa económicamente más cruda. Alquilaban en varios lados porque la poca guita hizo que se tuvieran que mudar seguido. No les alcanzaba ni para pagar los servicios básicos y tuvieron que aguantar que les cortaran la luz o el gas en más de una oportunidad. Se acercaba el nuevo milenio y Argentina vivía una profunda crisis económica que ya en el 2002 explotaría con el corralito.

Afortunadamente eso duró sólo esos años. Después empezaron a venir los buenos tiempos. En el 2004, casi treinta años después del comienzo de la dictadura, promulgaron las leyes reparatorias y con eso el Estado pagaría a las familias de presos, ejecutados y desaparecidos políticos una cantidad de dinero por el daño.

*Cuando volvimos a democracia en el '83 la sociedad argentina quiso olvidar la dictadura y todo lo que en ella había pasado. Estuvo primero Alfonsín y después Menem y te puedo decir que los hijos de desaparecidos sentimos que todos querían dejar el pasado atrás. El*

*gobierno promocionaba que Argentina era un país feliz y que había que darle para adelante, que teníamos que entre todos construir una mejor nación.*

*Era sin duda un discurso muy lindo. Incluso te puedo decir que hasta creímos que tenían razón. Habían sido años muy feos y nadie quiso quedarse en el pasado. Me daba bronca pero creí que estaba bien. Sin embargo, el tiempo nos dio la razón. Cuando llegó Néstor y después Cristina lo primero que hicieron fue bajar el cuadro de Videla y esa señal marcó un antes y un después.*

La nueva ley permitió que en el 2005 todos los hermanos Rizzo, incluida María Angélica, recibieran una suma de treinta y cinco mil dólares cada uno. Ninguno creyó que el dinero repararía el daño que les causó la desaparición de su padre, pero por primera vez después de dos décadas el Estado había reconocido su error y trató de enmendarlo de varias maneras.

Nancy no quería seguir deambulando por diferentes casas con los nenes por lo que decidió comprar una parte de la casa donde viven hoy. Alcanzó a pagar la mitad y para el resto sacaron una hipoteca. De golpe las cosas empezaron a mejorar en todo ámbito. El negocio de Rubén levantó y empezó a generar buen dinero, los pibes crecían sanos y compartían con sus hermanastros y Silvio Rodríguez se convertiría en el inicio de la búsqueda por la verdad sobre la desaparición de su padre.

### **El milagro de Silvio Rodríguez**

Cuando salieron con Raquel del Luna Park, Nancy volvió a casa feliz. Venía de ver a su cantante favorito y además había logrado entregarle el ramo de rosas que le había comprado. No tuvo expectativas de que fuera a leer su carta, sin embargo el destino nuevamente la sorprendería.

Al otro día recién había despertado y estaba en la cama mirando tele cuando sonó el teléfono. Atendió Rubén. Volvió a la pieza diciendo que había sido una pitanza, que le habían dicho algo de Silvio Rodríguez y del concierto, pero que no entendió bien y cortó.

Nancy quedó metida. Por eso cuando volvió a sonar el teléfono unos minutos después, ella contestó.

Al otro lado de la línea le hablaba María de los Ángeles, la hermana y manager de Silvio Rodríguez. Nancy no recuerda las palabras exactas porque entró en una catarsis que le llevó a gritar y llorar de felicidad. No lo podía creer. Desde su adolescencia había esperado ese momento y estaba pasando.

En su castellano cubano le dijo que se calme. Le explicó que su hermano no podía creer el honor que tenía de poder leer su historia, que era increíble y un montón de cosas más. En la carta ella le había dejado su número y el de su mamá. Como en el primer intento había contestado Rubén y le cortó, había llamado al otro y ahí le contestó Raquel. A ella también la pilló de sorpresa y saltó varios minutos de alegría hasta que le pidió que por favor volviera a llamar a Nancy.

*La verdad me acuerdo bien poco porque me enajené. Me perdí de ese momento porque sólo lloraba de alegría. Ella muy dulce entendió lo que significaba para mí y me trataba de calmar a la vez que me agradecía por compartir mi historia. Fue mágico.*

Tras conversar unos minutos le preguntó si es que le haría el honor de ir esa misma noche a ver el último show en Buenos Aires de la gira de Silvio Rodríguez también en el Luna Park. Tenían que ir a buscar un sobre con su nombre y estarían en la zona VIP. Por supuesto que ni lo dudó y aceptó.

Le avisó a sus hermanos y a su mamá y partieron los cinco al último show. No lo podían creer. Tenían asientos designados y con esa invitación Nancy ya se sentía pagada. Ver a Silvio dos veces el mismo año y haber hablado con su hermana era suficiente. Sin embargo había más. Después de escuchar gran parte del show, llegó un momento en que él se paró y se fue al borde del escenario.

Sin leer nada empezó: “Yo ayer recibí la carta de la hija de un desaparecido”. En ese minuto las luces del Luna Park se apagaron y un foco blanco los empezó a apuntar directamente a ellos. La adrenalina del minuto la hizo explotar en llanto. “Ella piensa que para calmar su alma yo le tengo que cantar a José Reinaldo Rizzo y a todos los desaparecidos de Argentina”. En ese momento el Luna Park estalló en aplausos y Silvio empezó a cantar la *Canción del Elegido*.

Nancy ahí supo que todo era real y que no era una cosa comercial que para Silvio quedaba ahí no más. En la carta ella había puesto sólo unas palabras de esa canción, lo que le confirmó que él tuvo que leerla personalmente para cantar justo esa después que dijo el nombre de su padre.

*Fue un momento único, una especie de milagro. Sentí un alivio que había estado buscando prácticamente toda mi vida. Silvio había recordado a mi padre al frente de un estadio lleno de gente y para mí fue sentir que en su voz había encontrado la tumba de cemento que nunca tuvimos. No sé ni cómo lo logré, pero esa fue la señal clave para buscar a mi padre.*

Le costó retomar el habla después de eso. Estaba conmocionada y todos en su familia también. Desde 1976 que se llevaron a su papá nunca más los Rizzo tuvieron contacto con la familia por parte de él. Da la casualidad que justo ese día entre el público estaba una de sus primas que cuando escuchó el nombre de su tío se puso a gritar.

“¡Es mi tío, es mi tío! Así se llama mi tío. Yo tengo un tío desaparecido que mi mamá nunca nos quiso hablar de él. ¡Y esos son mis primos!”. Después de ese día la buscó, se reencontraron y gracias a Silvio, Nancy también recuperó a sus primas. Y nuevamente después de una buena, una muy buena, vinieron otras iguales y mejores en los años siguientes.

### **El anuncio de la tele**

Desde que tuvo a Ramiro y Renato, Nancy siempre supo que se dedicaría exclusivamente a la crianza de ellos hasta que fueran mayores de edad. Luego serían responsables de sus



vidas y ella volvería a preocuparse de sus propios temas. Así lo hizo. Desde el 2005 y tras la señal de Silvio Rodríguez sintió que debía empezar la búsqueda de su padre.

El concierto marcó una diferencia en todo aspecto de su vida. La marcó. Cuenta que fue como una luz que le indicó que debía seguir ese camino y que esa fue la primera puerta que le mostró que iba bien encaminada.

Quería más. Y si bien la metáfora de la tumba en la voz del cantante le dio paz, quiso seguir. Tiempo después vería un día en la televisión una propaganda del departamento de antropología forense de Argentina. El comercial invitaba a las personas que tuvieran un familiar desaparecido o que conocieran a alguien en esa situación a que llamaran a una línea ochocientos. Decían que ellos podían ayudar.

A Nancy le llamó la atención y fue a hablarlo con su familia. “No Nancy, eso para qué. Quizás todavía nos están buscando”. Su mamá seguía con miedo de que pudiera ser una estrategia de los militares para intimidarlos. Ella prefería no contar que tenía un esposo desaparecido y sus hermanos estuvieron de acuerdo.

Nancy no se aguantó. Agarró un día el teléfono a escondidas de todos y llamó. Dijo que no quería decir su nombre y preguntó quiénes eran y qué querían hacer. Se aseguró que la policía no estuviera involucrada y luego cortó. Al otro día volvió a llamar. Tampoco reveló su identidad. Después de aclarar más dudas nuevamente cortó.

Ya la tercera fue la vencida. Dijo que ella era amiga de una mujer que tenía al padre desaparecido y contó su historia. Le pidieron que fuera personalmente para ver cómo podían seguir con el proceso para ayudarla. Lo mantuvo en secreto y partió sola al centro de antropología forense. Una vez allá entró en confianza y les dijo que en realidad se trataba de su historia. La entendieron, no era la única que había hecho lo mismo, y le dijeron que necesitaban cuatro muestras de sangre.

*Justo somos cuatro hermanos y estamos todos vivos.* Calzaba perfecto para las muestras. Se llevó los papeles y les dijo a sus hermanos. Aceptaron y cada uno accedió a participar pero sin involucrarse. Nancy se hizo cargo de todo y ella llegó días después con las cuatro muestras. En ese tiempo el proceso de reconocimiento se hacía en Estados Unidos así que demoraría. Pasarían dos años antes de tener noticias.

### ***¡Lo encontraron!***

María Angélica nunca más se cambió de casa. Vive en el mismo lugar donde llegó con José en 1964. Nancy acostumbrada a tenerla cerca, compró con Rubén su casa a un par de cuadras ahí mismo entre el barrio de La Matanza y Tabladas, en provincia de Buenos Aires. Un día iba de pasada a arreglar unas cosas cuando Raquel le dijo que habían llamado de un centro de antropología.

*¡¿Qué dijeron?! “Mmm... nada. Que nos comuniquemos con ellos cuando podamos. Me dieron un horario”. ¡Encontraron a papi!* Fue lo primero que pensó. Al otro día no se aguantó y partió a primera hora a saber qué información tenían.

*¿Lo encontraron?,* preguntó apenas entró al lugar. “Sí”. Nancy estaba ansiosa pero también tenía algo de miedo. Quería saberlo todo y empezó a preguntar. La llevaron a una sala aparte y sacaron un archivo gigante lleno de carpetas, documentos, fichas, papeles y otras cosas. En la sala había mucha gente. Era parte del procedimiento para resguardar al familiar ante el proceso de enfrentarse a la cruda verdad. Estuvo por más de tres horas haciendo preguntas.

Le contaron todo lo que quiso saber y respondieron todo lo que se le ocurrió preguntar en ese minuto. También le dijeron que existían tres sobrevivientes vivos que habían estado con su papá detenidos. Nancy les pidió por favor hablar con uno. De ese momento también tiene algunos recuerdos borrados porque la información la choquéó. Se quiso llevar los expedientes y todo el material pero no la dejaron. Le dijeron que leyera todo lo que quisiera y que fuera la cantidad de veces que creyera necesario pero que no le podían pasar el material.

## **Enfrentar la verdad**

Fue dos veces más. En los archivos contaban todo y hasta había una foto de su autopsia. Nancy cuenta que como lo de su papá fue al principio de la dictadura, los genocidas aún no tenían bien armado el cuento para desligarse de los muertos. Según los datos de la morgue habían encontrado cinco cuerpos sin identificación en el barrio de Tabladas, a veinte cuadras de la casa de los Rizzo.

La autopsia dice que murieron por hemorragia interna el 31 de diciembre de 1976. De hecho hay una nota en la prensa que habla de cinco personas que eran parte de las fuerzas subversivas, que habían muerto en un supuesto enfrentamiento con los militares en esa fecha. Un invento para tapan el crimen. Los cinco cuerpos los anotaron en el libro de la morgue y los ingresaron como legales. Era una mentira y eso les permitió encontrarlo.

En los meses posteriores la dictadura empezó con los vuelos de la muerte, donde arrojaban los cadáveres al mar desapareciéndolos para siempre. Junto a la autopsia estaba la última foto de José Rizzo. Ahí notó la tortura y todo lo que le habían hecho durante los cuarenta y cuatro días que lo tuvieron detenido antes de matarlo.

*Me impactó saber que lo habían fusilado el 31 de diciembre del mismo año que se lo llevaron. ¡Y tan cerca de casa! Me cuestioné mucho el por qué pasé tanto tiempo sin saber. Si es que me lo hubieran dicho estoy segura que hubiera crecido de otra manera.*

A Nancy también le dijeron que el cuerpo estaba en una morgue en La Plata. *Yo lo quiero ver*, dijo inmediatamente. “Mirá que lo que vas a ver no es precisamente un cuerpo. Ha pasado treinta años enterrado y no es lo mismo”. Ella igual quiso. Para eso tenían que hacer un trámite que demoraría cerca de un año.

Entre medio de sus visitas, Nancy les fue contando de esto a sus hermanos y a su madre. El tema los golpeó fuerte. Tanto que algunos llegaron a enfermarse físicamente. Para ellos fue traer todo ese dolor de vuelta y revivirlo. Para Nancy no. Asegura que ella lo padeció antes

y que saberlo todo le trajo alivio. Hasta antes de eso, durante toda su vida anduvo con la fotografía de su padre para todos lados. Después de saber se liberó.

*El no saber la verdad es terrible. Me acuerdo que si tenía un día bueno, por ahí pensaba que a mi papá le había dado un ataque cardíaco y se había muerto el mismo día que se lo llevaron, entonces no sufrió ni nada. En cambio si tenía días de pensamientos muy negros, imaginaba las cosas más insostenibles y me ponía peor. Eso es lo importante de la verdad aunque sea cruda. Sabés de una buena vez lo que pasó y dejás de hacerte la cabeza inventando posibilidades. Es como una oportunidad para finalmente descansar.*

Con el tiempo consiguieron que les devolvieran el cuerpo y lo cremaron. Su madre lo guardó en una cajita y hoy le habla, le pide cosas y hasta lo saca a tomar sol. Raquel también adoptó un poco de eso ya que cada vez que llega a casa lo saluda. Cada uno aprendió a vivir su duelo de diferentes formas.

### **Nilda Eloy**

En antropología forense, le dijeron que uno de los sobrevivientes que había estado con su papá era Nilda Eloy, una mujer que hoy es testigo en decenas de juicios por delitos de lesa humanidad y que pasó por seis centros clandestinos durante la dictadura de Videla.

Nancy se enteró que la mujer iba a dar una charla en La Matanza y Raquel la acompañó. Cuando terminó, todo el mundo la aplaudía y pedía sacarse fotos con ella. Cuando iba por el pasillo una señora le dijo que habían unas chicas que la querían conocer. *Hola Nilda, nosotros somos hijas de José Rizzo.* “¡No! ¿Ustedes son las nenas?”. La expresión le hizo saber que ella definitivamente había estado con su papá.

Coordinaron y tiempo después se reunieron. Le contó cosas terribles y también lindas, dentro de lo que podía ser “bueno” en un centro clandestino. Cada vez que a José lo llevaban a la sala de torturas, a Nilda la violaban con tal que grite. Por esos años ella tenía diecinueve y su voz se parecía a la de las nenas. A él le decían que las tenían con tal que hablara. Sin embargo, fue ella misma la que lo tranquilizó después. "Tranquilizate. Mirá

que tus hijas no están acá. A la que violan es a mí, tus nenas están en casa”. Terrible, pero cierto.

La mujer también les contó que su papá era uno de los más viejos del centro clandestino conocido como El Infierno, y que él fue uno de los que contenía a los más jóvenes. Cada vez que se ponían mal o que se escuchaban los gritos de tortura de otros, él se ponía a silbar o a cantar tango para que se relajaran.

A Nilda junto a otro de los sobrevivientes, Horacio Matoso, se los llevaron el mismo 31 de diciembre a otro centro de detención. Pensaron que con José harían lo mismo y lo trasladarían o lo dejarían libre, pero no. Ese mismo día lo fusilaron junto a todos los otros que se quedaron.

Nancy encontró en los ojos de ella un poquito de su padre. Por eso una vez por mes le avisa, agarra el auto y parte a la Plata a tomarse un café junto a ella. Se sientan y conversan durante horas. Ella las quiere mucho y las apoda como las hijas del Infierno.

### **Hijos de la Matanza**

Luego de la señal mágica de Silvio Rodríguez, de encontrar la verdad sobre lo que le había pasado a su padre y de compartir con otras personas que vivieron los últimos días con él, Nancy se fue involucrando cada vez más con el tema de los desaparecidos. Hasta el día de hoy no se hace justicia a pesar de que algunos responsables están detenidos y los casos ya están en la Corte.

Dentro de La Matanza y Tabladas se enteró que su papá no fue el único y quiso encontrarse con otros que vivieron algo parecido. Se enteró de dos hombres más y fue a la secretaría de Derechos Humanos a preguntar si es que tenían el contacto de sus hijos. Así llegó a dar el 2013 con Lily Galeano, Claudia y Patricia Congett, y junto a Raquel comenzaron un grupo entre las cinco.

Compartieron experiencias y las Rizzo contaron todo su último proceso sobre la verdad de lo que había pasado con su padre. Decidieron que debían hacer algo por la zona de La Matanza donde no existía nada y se organizaron. No saben cómo ni cuándo, pero empezó a aparecer un montón de gente de sus edades y del barrio con historias de vida parecidas. Crearon Hijos de la Matanza y con eso se dio cuenta que el tema de la agrupación era su vocación.

Antes veía en la tele cómo los hijos de detenidos desaparecidos se llamaban hermanos entre ellos y no lo entendía. Apenas empezó a juntarse con los hombres y mujeres que llegaron a la agrupación lo comprendió.

*Hay un idioma diferente entre nosotros. Sin siquiera conocernos tanto empezamos a compartir cosas que jamás le habíamos dicho a nadie. Ni siquiera a nuestros mejores amigos o familia. Tenemos una confianza que viene desde adentro, la experiencia en común nos da eso. Es muy sanador. Ojalá nos hubiéramos encontrado cuando éramos chicos, ya que todos sentíamos que fuimos los únicos.*

Hoy dedica al menos cuatro o cinco días de la semana a la agrupación. Se siente afortunada de que las cosas se le hayan dado así. A veces hasta se siente culpable de su suerte, y es que de los cuarenta miembros que hoy tiene Hijos de la Matanza, es la única que encontró los restos de su padre. Pero Nancy dice que lo único que hizo ella fue buscar. Hoy la agrupación la mueve y además de sus hijos, es su orgullo.

***Hay que aprender de todo esto***

*A todos los hijos de detenidos desaparecidos nos pasó que tomamos a nuestros padres como el centro de la vida. Hubo muchas veces que traté de irme de vacaciones de mi misma para tratar de ser normal. Salir a bailar, conocer a un chico y no contarle mi pasado. Pero a la larga el tema siempre volvió, siempre estuvo presente. Es algo que no se puede evadir.*

*Eso sí, cada uno eligió su forma de llevarlo y eso es personal. Ni siquiera depende de la familia de donde vengas. Te digo que así como yo enaltezco a mi papá como si fuese San Martín el prócer, Ana tiene su versión, Raquel otra y Fernando la suya. Por ahí alguno piensa que no nos quiso tanto, ya que pudo haberse alejado de todo para estar hoy y no lo hizo. Y es un pensamiento válido. Sin embargo, para yo sobrevivir preferí no olvidarme. No soportaría pensarlo de otra forma.*

*Lo siniestro fue que nos haya pasado esto en la peor edad. No éramos ni muy jóvenes para no acordarnos, ni más grandes como para poder enfrentarlo. Fue una edad donde no entendíamos nada de nada y desde el día que se lo llevaron vivimos esperándolo. En nuestras cabezas estuvo vivo mucho tiempo. Después simplemente deseamos que estuviera muerto.*

*Si tengo que reclamar es porque no me lo dejaron muerto en la vereda. Porque creo que hubiera sido más fácil. O saber que se murió de cáncer, que recibió un tiro, algo. Pero nada. A él se lo llevaron y eso fue lo último que supimos. A nosotros lo que nos hicieron a esa edad no tiene reparación. Éramos criaturas. Yo me miro a los doce años y me encantaría volver, agarrarme y explicarme todo. A nosotros nadie nos explicó nada.*

*Recuerdo cuando mis hijos cumplieron doce años y pensé cómo... ¿Cómo yo les explicaría eso siendo tan pequeños? Y no hay forma. No había nada que decir porque nadie sabía nada. Entonces me dejaron así y me tuve que guardar solita y aprender a vivirlo.*

*Para mí no hay venganza. No existe el ojo por ojo. Lo único que hay es la justicia legal. Te digo que lo único que puede reparar la muerte de mi papá es la justicia. Nos hemos encontrado con sus asesinos frente a frente en la corte y ni los puteo. Mi hermana una vez los escupió. Le dije que no, que no se volviera como ellos. Pero entiendo que el odio es incontrolable y también muy peligroso. Como también entiendo que la venganza no traería nada bueno y es por eso que tiene que actuar la justicia.*

*Me gustaría escucharlos pedir perdón para que reconocieran públicamente que actuaron mal. Que esas cosas en una sociedad no se hacen. Pero siguen negándolo, siguen justificando las atrocidades en el supuesto amor por la patria. ¡Las pelotas esa patria genocida!*

*Yo creo que de todo esto hay que aprender. Yo quiero que si esto llegase a ocurrir de nuevo en cien años –y ya sé que nadie lo imagina posible pero te aseguro que todos los que lo vivimos a veces nos entra ese miedo- tengamos el conocimiento de cómo es. Que exista una figura legal que contemple a los desaparecidos. Ya sabemos la definición de lo que es una dictadura y eso es una ventaja, porque de alguna forma sabés como va a terminar. Cuando nosotros lo vivimos no teníamos idea.*

*Hay quienes se van a sentar acá y te van a decir que ser hijo de desaparecido es esto. Y tienen razón. Yo también tengo razón. No existe algo único. En el futuro hay que tener esa conciencia de lo que pasó. Por eso hay que contar la verdad. Y no la que queremos contar nosotros o la que quieren escribir los asesinos, sino que extraer la experiencia y educar para aprender de ella.*

*La dictadura me sacó la vida y desapareció a una generación completa. A nosotros nos cambiaron, somos la consecuencia. El error más grande de la dictadura fue dejarnos vivos a los hijos. Los que sobrevivieron, como mi mamá por ejemplo, quedaron con tanto miedo que se volvieron inofensivos, es gente asustada. Y afortunadamente nadie nos consideró a nosotros que somos lo más peligroso que hay.*

*Somos los últimos testigos vivos del horror. Nosotros crecimos con eso, y te digo que un niño no tiene miedo, sino que pesadillas. Pero no es miedo, y por lo tanto eso nos permitió seguir luchando. Yo te digo que si el día de mañana volviera una dictadura, yo agarro a mis hijos y me los llevo al otro lado del mundo. No podría permitir jamás que ellos pasen por lo mismo que pasé yo y tantos otros. Eso nunca más.*



## CAPÍTULO II

### Uruguay

#### *Oscar Urtasún Terra*<sup>3</sup>

*«La dictadura en Uruguay duró desde el 27 de junio de 1973 al 28 de febrero 1985 (11 años y 8 meses). Las cifras oficiales hablan de 465 víctimas, entre las que se cuentan 38 desaparecidos en Uruguay y 138 desaparecidos en Argentina»<sup>4</sup>*

---

<sup>3</sup> Entrevistas realizadas en enero 2015 en Montevideo, Uruguay.

<sup>4</sup> Informe Final Comisión para la Paz, Uruguay (2002).

*Los antropólogos forenses de Argentina dijeron hace algunos años que apareció el documento que probaría que al Flaco lo enterraron en un cementerio de La Matanza, ya que están sus huellas dactilares impresas en él. ¿Su cuerpo? Nunca se encontró... Así como tampoco encontraron las fotografías que la policía debe tomar cada vez que levanta un cuerpo y que hoy “no existen”. En mi cabeza queda el recuerdo de la última vez que vi a mi hermano, José Luis, hace casi cuarenta años atrás; me quedo con su paso cansino y esa sonrisa bonachona con la que brillaba al andar.*

A los sesenta y siete años, Oscar Urtasún recorre las calles de Montevideo en su vieja motoneta azul, la que lo acompaña a hacer los trabajitos de cerrajero que le dan los pesos suficientes para llegar a fin de mes. Su pelo canoso devela el paso de los años, mientras que su voz, todavía fuerte, entrega pistas sobre una vida llena de dificultades, pero también de múltiples alegrías. Se trata del hombre más chico del clan Urtasún Terra, y también del único que hoy sigue vivo.

Ya se van a cumplir treinta y siete años desde la última vez que tuvo noticias de su hermano mayor José Luis Urtasún, más conocido como “el Flaco”, al que desaparecieron en 1978 en condiciones aún misteriosas. Asegura que primero la dictadura uruguaya hizo que el Flaco se fuera de su país natal para que luego la dictadura argentina lo terminara desapareciendo para siempre.

Apasionado por el fútbol, mira su infancia con plena satisfacción. Los recuerda quizás, como los años más tranquilos y felices de su vida. Y no es que después de ese período todo haya sido desgracias, pero rememora aquellos tiempos en que disfrutaba la inocencia de ser niño y el goce de jugar en la pobreza junto a sus tres hermanos mayores en las calles del barrio Pérez Castellanos. El que por cierto, terminaría siendo el lugar donde conoció el amor, hizo familia, enfrentó a los militares de la dictadura, trabajó, y también donde pasa sus días hasta hoy.

Sin embargo Oscar, “el Negro”, como le decían de cariño sus hermanos por ser el más moreno de los seis, no nació en Montevideo. Meses antes de su llegada al mundo, en julio

de 1947, un bidón de nafta explotó al interior del taller mecánico de su padre José Francisco Urtasún, incendiando el local por completo además de producirle graves quemaduras en la cara, el cuello y el resto del cuerpo.

Sin poder trabajar, los ingresos para mantener la casa fueron flaqueando hasta que con María Terra, su madre, tomaron la decisión de separarse por unos meses hasta que las cosas mejoraran. Su padre se quedó junto a su familia en Montevideo y María partió donde la suya en Rocha junto a los tres pequeños y acarreado a Oscar en la panza. Allá alcanzaron a estar un año hasta que volvieron a la capital. Su padre había conseguido trabajo como conductor de camiones mientras que su madre ayudaba haciendo algunas costuras y manteniendo la casa. Labor no menor recuerda Oscar, ya que entre cuatro hombrecitos los juegos y las peleas eran parte de lo cotidiano.

### **Los hermanos Urtasún Terra**

En plena década del '50, la calle era el lugar de encuentro de todos los niños del barrio y el clan de los Urtasún llamaba la atención. Eran cuatro hermanos hombres y en los partidos de fútbol eso marcaba la diferencia. Durante sus primeros años de vida, Oscar se acercó mucho más a José Luis, el Flaco, ya que sólo le llevaba un año y medio de diferencia. Era el compañero perfecto y toda nueva aventura la enfrentaban en conjunto.

Sus otros dos hermanos grandes le sacaban casi siete y cinco años de ventaja, por lo que ellos también funcionaban como un dúo. Eran Jorge Omar, “el Lobo”, y Roberto Walter, “el Pototo”, respectivamente.

Cerca de veinte años después del primogénito, recién nacieron las dos mujeres que acompañarían en el rol femenino a su madre: María Marta y María Graciela. Ambas viven en la actualidad en la que fue la casa de sus padres, a dos cuadras del derrumbado Cilindro Municipal, un estadio multiuso que en tiempos del dictador Juan María Bordaberry (1973-1985) fue utilizado como cárcel para presos políticos.

Durante la niñez el Flaco fue el mejor compañero de juegos de Oscar. La situación económica de su familia los obligó a ser creativos por lo que sus juguetes siempre fueron artesanales y la mayoría de las veces creados por ellos mismos, o sino bien, heredados del par más grande. De todas formas, recuerda que siempre había algo a que jugar. Elevaban cometas, jugaban a las bolitas, compartían el trompo, echaban carrera para ver quién era el más rápido y, por supuesto que mucho fútbol.

Al ser el menor de los hombres Urtasún, Oscar siguió el ejemplo y las actitudes de sus hermanos. Sin embargo, su carácter temperamental y su facilidad para enojarse lo destacaban. Como hermano menor le tocó sufrir las burlas de los más grandes que podían pasar horas diciéndole “cabezón” para verlo explotar y luego salir corriendo. Ya después de tres veces, Oscar empezaba a rezongar y a romper las cosas. Ese mismo carácter se mantiene sesenta años después, claro que hoy cuando explota lo hace por la impotencia y la angustia de recordar que al Flaco se lo llevaron y no lo devolvieron jamás.

### **La casita de lata**

La convivencia en la casa de los Urtasún Terra siempre se dio entre seis. Las hermanas al nacer varios años más tarde, llegaron cuando el Lobo y el Flaco ya se habían ido de la casa. Sin embargo durante la niñez de Oscar eran cinco hombres y la mamá. Ella estaba encargada a tiempo completo de la crianza y el cuidado de los cuatro pibes, además de resolver las tareas domésticas. Lo que María Terra decía, se cumplía. Es por eso que los cuatro siempre estuvieron para ayudar con los mandados.

Un día por semana la acompañaban de madrugada, algunos de la mano, otros más atrás medios dormidos, a traer los seis litros de leche que compraban en el expendio municipal a ocho cuabras de la casa.

Todos fueron más cercanos a mamá porque era la que los contenía y tenía que lidiar con ellos siempre. Como recuerda Oscar, con el viejo había mucho afecto pero también mucho respeto. Él simbolizaba el límite que no podían traspasar y asegura con orgullo que nunca

lo hicieron. Que tampoco nunca los golpeó, algo que por esos años no estaba muy lejos de la realidad de otros niños del barrio.

Lo que sí les tocó recibir en más de una ocasión fueron los zapatillazos de su madre. Como se juntaban barras grandes de niños a jugar en las calles, siempre había alguna que otra pelea. Eso sí, nunca nada tan grave como para terminar una amistad. Se trataba de pelotudeces por las que niños de diez años pelean normalmente.

El tema es que cada vez que había conflicto, su madre no discriminaba. Si los cuatro estaban involucrados, a los cuatro les llegaba el zapatillazo y después averiguaba quién había sido el responsable. La ley era justa y caían los cuatro de la misma forma. Por eso, todos ya sabían que si peleaban y perdían, perdían dos veces: contra su rival y también contra la vieja.

La casa de los Urtasún Terra hasta la década de los '60 se repartía en tres dormitorios: los padres, los dos mayores y los dos más chicos.

*Nuestro ranchito era bastante pobre. Era una casa cuadrada hecha de madera y chapas de lata en el techo. Como no tenía mucho soporte y se podía venir abajo en cualquier momento, estaba apoyada a un par de árboles. Por esa razón es que durante los días en que había temporal se nos movía todo con la lluvia y el viento. No nos importaba. Los recuerdos que tengo de ese lugar son muy felices.*

Era que no, si por esos años su padre trabajaba como chofer de camiones de una fábrica de dulces y era habitual que al volver a la casa les regalara golosinas que se repartían entre todos. Según Oscar, esas son las raíces de su diabetes que por estos días ni siquiera toma en cuenta. *Cuando me toque morir, me moriré de lo que tenga que ser y punto.*

Además de los gestos de cariño del viejo y la dedicación de la vieja, ambos padres influyeron en la forma de pensar que desarrollarían los hermanos Urtasún a medida que fueron creciendo. José Francisco Urtasún era un socialista de los tiempos de Alfredo

Palacios, el que fue el primer diputado del Partido Socialista en Latinoamérica en las elecciones de 1904 en Argentina. Mientras que María Terra era una ferviente católica, pero no de las modernas, sino que pre conciliar, por lo que era de vestir pañoleta y rosario en toda ocasión. A raíz de eso los Urtasún pasaron gran parte de su infancia asistiendo a la iglesia del barrio.

### **Las respuestas incuestionables**

Desde que tiene recuerdos Oscar asegura que asistió junto a sus hermanos y su madre a la iglesia que estaba a unas cuadras de casa. La vieja –como le dice de cariño- era de ir varios días a la semana y de las que por ningún motivo se perdía las misas dominicales en la mañana. La religión guiaba su vida y sería la que décadas más adelante le permitiría refugiar el dolor de no saber el paradero de su tercer hijo.

En esos años las iglesias funcionaban además como centros de reunión comunitaria. Por esa razón no era extraño que la mayoría de las familias del barrio Pérez Castellanos, y también del barrio aledaño Porvenir, se conocieran. Eran varios los devotos católicos que asistían acompañados por sus hijos a los que inscribían para tomar la comunión. Así también iban conformándose los grupos de amigos del barrio, los que Oscar recuerda como grandes manadas de pibitos jugando y haciendo travesuras.

Las reuniones para hacer la comunión las hacían en la sala de juegos de la iglesia. Al principio vio junto al Flaco como los dos mayores asistieron durante los primeros años, hasta que alcanzaron los doce y pudieron ser parte de ese grupo. Ahí se hicieron una barrita de cinco o seis amigos con los que andaban para todas partes.

En esa sala aprendió a jugar billar y ping-pong, con lo que pudo seguir el legado de los Urtasún transformándose en campeón de ambas disciplinas en los torneos de la iglesia. Lugar que sus tres hermanos mayores ya habían ocupado anteriormente. Eso sí, cuenta que era el peorcito de los cuatro, aunque eso suele repetirlo en cualquier disciplina que hayan practicado todos. Y es que siempre habla de sus hermanos con mucha admiración.

Los mejores recuerdos de la iglesia para el Negro tienen que ver con los amigos. Al principio las enseñanzas de la religión eran un complemento, sin embargo, a medida que avanzaron los años fue encontrando que en la iglesia no se hablaba abiertamente de todo y que muchas respuestas terminaban en una negación irrefutable de los sacerdotes que dictaban los cursos para la comunión.

Fue por esto que a los quince años Oscar se aburrió. Ya no era tan niño como para mantener su vínculo con la iglesia sólo por los juegos y estaba en una edad donde empezó a madurar en temas como la sexualidad, las mujeres y otras cosas que en la iglesia no estaban permitidas. En una ocasión, recuerda que empezó a preguntar y preguntar al cura sobre un tema incómodo, hasta que obtuvo la misma respuesta de siempre: “Las cosas son así porque Dios lo quiere”. No fue suficiente para él, y ahí decidió cortar para siempre.

### *No me jodas más las pelotas*

Por esos años en la vida del Negro ya estaban pasando muchas cosas. Asistía a la primaria en una escuela mixta en Villa Española donde destacaba por sus calificaciones sobresalientes. Siempre fue de los buenos alumnos y peleaba los tres primeros lugares del curso a punta de una ágil memoria y buenos resultados. Sin embargo, desde los once años que esa no era su única responsabilidad ya que había empezado a laburar.

En casa estaba la cultura del trabajo que venía desde el viejo, y que había inspirado también a los otros hermanos. Ante la pobreza todos aportaban un granito de arena para mantener a la familia. En la cabeza de Oscar si el Flaco, que era el más menudito de la casa, estaba laburando y haciendo cosas, a él, que era más gordo, no le quedaba otra. Por eso es que empezó a trabajar junto a un comerciante de la zona que ponía su puesto en la feria.

*Recuerdo que yo quería laburar. Y no era algo extraño ya que todos en casa lo hacían. En la primaria tenía muy buenas calificaciones y el trabajo se podía hacer a la par sin afectar los estudios, que era lo que le preocupaba a la vieja. Ella como es de Rocha, en su época no pudo terminarlos y quería que nosotros sí lo hiciéramos. Terminé ganándome unos pesitos por ayudar algunos días a la semana a un hombre que vendía en la feria.*

Empezó ayudando a acarrear las verduras de un lado a otro y después fue aprendiendo el oficio en su totalidad. De esa forma pasó trabajando el término de su niñez y el auge de su adolescencia. Cuando ya empezó a vender al público, a manejar dineros y a hacer cálculos, también aprovechó de conversar más con las mujeres que iban a comprar. Fue una etapa de muchos cambios.

Si bien asegura que nunca fue rebelde, el Negro igual era medio orejano; la oveja del ganado que no tiene la marca en la oreja. Cuando era rebelde lo era sólo por rebeldía. No tenía motivos. A eso se suma su temperamento, que conforme pasaron los años, también fue progresando junto a él. Y no es que se calentara por la primera pelotudez que le dijeran, pero su nivel de tolerancia era bajo, sobre todo con el jefe que llevaba trabajando años.

Cuenta que debe haber sido más o menos a los dieciséis cuando pasó esto. Ya llevaba más de cinco años haciendo las labores que requería el puesto de la feria y sabía que las estaba haciendo bien. Era bueno trabajando y haciendo las cuentas. Matemáticas era uno de sus fuertes y para sumar las compras de los clientes no había que ocupar mucha cabeza. Sin embargo, eso no era del gusto del jefe que por esos años rondaba los treinta y cinco: “Te vas a equivocar. Vas a entregar mal el vuelto. ¡Anotá las cuenta pibe!”

En esa oportunidad los comentarios fueron reiterados. Particularmente ese día andaba más cargante que de costumbre. “Haz las cuentas con un lápiz y papel. Haz esto así para que quede claro”. A la primera no le dio bola, pero después de cuatro seguidas Oscar explotó. Mientras le gritaba que no tenía que volver a darle indicaciones de nada agarró un cajón de madera vacío y se lo tiró en la cabeza. *¿Sabés qué? No trabajo un carajo más... ¡No me jodas más las pelotas!* Agarró sus cosas y salió puteando.

A los pocos metros lo alcanzó la mujer del jefe pidiéndole que no se fuera. Oscar en medio de la calentura insistió con que lo haría. Decía que no quería nunca más ver al pelotudo de su marido a medida que se quitaba su uniforme. La mujer le dio la razón y lo convenció, sin embargo, la única condición que puso el Negro fue que el hombre nunca más volviera siquiera a hablarle. Y así fue. En los años siguientes nunca más volvió a darle una



indicación y la mujer que hoy tiene cerca de ochenta años cada vez que se encuentra con Oscar le dice: “Ay Osquitar, cómo no me voy a acordar de ti”.

### **El mayor de los Urtasún**

Si bien desde pequeño Oscar manifestó ser uno de los más temperamentales y gruñones del clan Urtasún, no era el único. Jorge, más conocido como “el Lobo”, se había ganado su apodo demostrando ser un joven feroz que asumía su rol como hermano mayor.

La leyenda cuenta que el sobrenombre de Lobo viene de los tiempos del barrio cuando los amigos del fútbol lo empezaron a llamar así. Resulta que un día chuteando la pelota en la calle, el perro del vecino se escapó de la casa y se lanzó a morder a Jorge. Los compañeros dicen que apenas el Lobo zafó del animal, partió corriendo detrás de él para morderlo de vuelta y aseguran que eso hizo. De ahí en adelante lo apodaron como el Lobo y sería el nombre por el que lo conocerían también más adelante en sus labores como miembro de la izquierda radical en el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros.

El Lobo era el más fuerte y también el más preocupado de defender a sus amigos y, sobre todo, a sus hermanos. Siempre era el responsable de poner término a las peleas en que los Urtasún más chicos iban perdiendo. De hecho le tocó salvar al Negro en dos oportunidades.

Las dos fueron similares y sin mayor importancia. Por algún motivo Oscar había llegado a los golpes con otro tipo y se la estaban dando. Después de recibir unos cuántos, el Lobo se puso al medio, sacó al contrincante y le dijo que la pelea se había terminado. No era necesario más que eso ya que imponía respeto y los chicos no le responderían de vuelta.

Sin embargo al Lobo también le tocó recibir palizas. De chico que practicaba boxeo y ahí conoció también lo que era recibir golpes. Una vez le tocó una pelea donde el resultado definiría su ingreso a una academia para poder entrenar profesionalmente.

¿Su rival? Un pibe chiquito que debe haberle llegado hasta el pecho. Confiado, trató de poner dos golpes. No alcanzó ni a meter una piña cuando el chico ya lo había agarrado a

patadas. Se trataba del campeón nacional de alguna disciplina marcial y nadie le había contado. Por supuesto que quedó fuera y con los años la historia pasó a segundo plano. Después le tocaría enfrentarse en serio, sobre todo cuando debió soportar los golpes de las fuerzas militares y de los sargentos de la cárcel cuando cayó preso junto al Pototo y el Flaco en Uruguay.

### **El liceo de los niños ricos**

A medida que Oscar fue creciendo empezó a notar que afuera de su barrio el mundo se manifestaba de diversas formas. Terminó la primaria con muy buenas calificaciones y recibió la noticia que podía continuar sus estudios en el liceo Damaso Antonio Larrañaga que estaba en Avenida Bicentenario.

Por primera vez uno de los hermanos Urtasún iba a cursar la secundaria. Todos los otros habían optado por terminar su formación en escuelas industriales de oficios, pero como el Negro era bueno estudiando, tuvo posibilidades de seguir con eso. ¿El problema? El liceo que por esos años no era tan popular como en estos días, era un lugar donde se educaban varios hijos de familias adineradas.

*Cuando llegué, de inmediato me di cuenta que ahí la mayoría de los niños eran muy distintos a mí. Ellos vestían su ropa limpia, planchada y linda, mientras que yo iba de ropa muy humilde. No me encontré con esa gente, no me gustaba. Fueron años complicados porque era una edad en que chocaba mucho con los otros niños. Manejábamos diferentes nociones de la realidad.*

Terminó juntándose con otros cuatro pibes que también venían de barrios similares al de él. Eran los “diferentes” por venir de vidas más humildes y jamás lograron entender la forma en que los otros niños se relacionaban entre ellos. Manejaban códigos distintos y eso con la ingenuidad propia de su adolescencia terminó por achacarlo.

Su brillantez ya no quedó reflejada en sus notas y Oscar paulatinamente empezó a alejarse de los estudios. Empezó a asistir a una o dos materias por año, sólo aquellas de las que

disfrutaba. Dejó de ser brillante, recuerda, y no porque perdió sus habilidades sino que había perdido el interés. Como estaba trabajando, algo que ningún otro niño de ese liceo hacía por ese entonces, empezó a destinar la mayor parte de su tiempo a eso olvidándose de sus responsabilidades en la escuela.

### **Los pobres y los ricos**

La misma secundaria fue la que le hizo evidente lo que alguna vez escuchó discutiendo a sus hermanos y a su padre. Oscar se iba acercando a los dieciocho años y sus hermanos, sobre todo el Pototo, tenían la lucha de clases bastante incorporada en sus discursos.

La idea de que “hay muchos pobres porque los ricos que dominan el sistema lo precisan de esa forma”, terminó por distanciarlo completamente de la escuela. A diferencia de él, los otros muchachos gozaban de una vida con mayores recursos, mejores cosas y diferentes preocupaciones. Esa lucha de clases de la que se hablaba en su casa ya no era sólo parte de una fantasía sino que se volvió tangible y evidente. De a poco Oscar empezó a leer libros, y se empezó a interesar más en el tema.

A pesar que su padre fuera socialista, el Negro asegura que jamás recibió líneas de pensamiento impuestas. Confiesa que sólo le entregaban algunos datos para que él pudiera pensar al respecto y armarse su propio panorama. Lo invitaban a pensar el porqué de ciertas cosas y a que cuestionara la realidad más evidente. Cuando no lograba concretar sus dudas, ahí recién aparecía alguno a darle sólo unas pocas pistas de lo que estaba pensando.

Durante los últimos años que sus hermanos vivieron con él, era común que la casa se llenara de amigos. Las reuniones eran de mucho cigarrillo, buena música y harta discusión. Fue en esos contextos donde el Negro conoció las bandas con los que los más grandes disfrutaban. Así llegó a escuchar a los Olimareños, Illapu, Inti Illimani, entre varios más. Reconoce que la política se vivía fuertemente en su casa pero que cerca de sus veinte años tenía otros gustos que atender: ya estaba enamorado, le fascinaba el teatro y también el fútbol. La política podía esperar, y así lo hizo hasta que no tuvo otra que involucrarse.

## **El romance clandestino**

A Teresa la vio por primera vez cuando era un pibe. Jugando en la calle, de vez en cuando aparecía su vecina un par de años más grande caminando con la cabeza baja y llena de vergüenza. La recuerda muy linda y sabía que los patios de sus casas colindaban por la parte trasera. Nunca le había dirigido la palabra y cree que ni siquiera se habían mirado antes del período en que él atendía el puesto en la feria.

Oscar dice haber tenido diecinueve cuando le habló por primera vez. Nada fuera de lo común. Sus intentos por sacarle unas palabras extras de la compra no dieron resultado. Y es que Teresa es cinco años mayor y a fines de los '60 ya tenía dos hijos y una separación que marcaban su rutina.

Quedó embarazada a los dieciséis de un hombre unos años más grande y se casó. Luego de dos años volvió a quedar embarazada. Convivieron como matrimonio en la casa de ella pero a los meses de que naciera su segundo hijo se separaron y él decidió irse para Argentina. Teresa se hizo cargo de los gurises con la ayuda de su madre y así alcanzó a estar hasta que conoció a Oscar.

En el primero no le dio bola, pero los intentos del Negro por hacerse el lindo con ella lentamente fueron dando resultados. De los detalles dice no acordarse, así como tampoco del primer beso o la primera vez que salieron juntos. Lo que sí, al principio el romance fue discreto. Muy discreto. Y tenía que ser así ya que la sociedad de los '60 no tenía buenos ojos para una madre de dos niños separada –pero no divorciada- y que anduviera a los besos con otro pibe más joven.

Con el pasar de las semanas, la relación se fue tornando cada vez más seria. La clandestinidad de su romance de a poco se fue mostrando ante el resto. Primero Oscar se lo comentó a sus hermanos, luego a su padre, y bueno, después ya todo el mundo se fue enterando. Se había enamorado fuerte y lo que comentara la gente le daba lo mismo. Tanto así que en 1967, a sus veinte años, tomó la decisión de irse a vivir con ella. Cuando le preguntó a su padre, él le advirtió: “Tiene dos hijos”. *Lo sé viejo, yo sé que aguanto.*

## **El papá postizo**

Al entonces marido de Teresa lo conocía. No eran cercanos ni mucho menos, pero se lo había topado en unos partidos de fútbol donde ya lo recordaba como mala gente. El tipo cuando se fue a Buenos Aires nunca quiso pasarle un mango a ella por los niños y si bien eso le molestaba, jamás opinó. Él venía de afuera y no quería influenciar en la visión de los peques sobre su padre.

Cuando llegó a vivir con ellos, el más grande tenía siete años y la más chica cuatro. Desde el principio les dejó claro que él no era su papá pero los crió como si la responsabilidad hubiese sido suya. Además, justo un tiempo antes de irse a la casa con Teresa, murió la madre de ella de una enfermedad repentina. Fue así que todos tuvieron que ayudar con la crianza de los niños y entre él, Teresa y una madrina, se repartían las horas para poder trabajar y que los pibes no quedaran solos.

*A los veinte años me instalé con mi propio puestito de verduras ahí mismo en el barrio, casi al frente de la casa de los viejos. Había llegado a vivir con Teresa a la casa de ella junto a sus hijos y la guita a veces teníamos que inventarla. Yo aportaba con mi puesto y la patrona hacía malabares como empleada doméstica al principio. Después entró a una fábrica de textiles y así sucesivamente. Había que trabajar, no quedaba otra. Éramos pura gente sencilla, como todos en ese barrio.*

Cada cierto tiempo el padre de los niños regresaba a Montevideo por unas semanas. Enojada fue que en uno de esos viajes Teresa decidió denunciarlo por no responder con el dinero para el cuidado de los niños y le trancó la frontera. El juez de familia concretó la demanda y el tipo no pudo volver a Argentina hasta que pagara lo que debía. Ya se había enterado que ella mantenía una relación con Oscar y lo acusó a él de haberle dado manija para que hiciera la denuncia.

Sin embargo el Negro jamás opinó. Asegura que recién el día que los niños -ya adultos- hablaron del tema, él dijo lo que pensaba. La opinión de ellos lo autorizaba a darles la razón en sus inquietudes por tener un padre biológico ausente. Sobre la denuncia, el tipo no quiso

entregarle la plata directamente a Teresa por lo que se las arregló para dejársela con un amigo de él en un boliche del centro. Y así lo hicieron de ahí en adelante. Nunca más tuvieron que toparse y él pudo volver a Buenos Aires.

### **El partido que le cambió la vida**

Desde siempre el fútbol fue un lugar de encuentro para los hermanos Urtasún, sobre todo para el Negro y el Flaco que se acompañaban en los partidos. De más jóvenes, incluso fueron a probarse a las inferiores del Centro Atlético Fénix de Montevideo, un cuadro de primera.

Extrañamente para Oscar a él lo habían aceptado pero al Flaco no. En su cabeza José Luis tenía más talento y jugaba mucho mejor que él, por lo que si no lo habían aceptado, él tampoco se iba a quedar. *Estos locos no saben nada, no saben las figuras que se pierden.*

Durante años jugaban al fútbol advertidos por su madre de que tuvieran cuidado. A veces lo decía con ternura y otras se la podía ver rezongando: “Van a romperse los pies, van a llenar la casa de mugre y más encima después llegan muertos de hambre a comérselo todo”. Siempre repetía lo mismo, y aunque no conseguía efecto alguno, a ella le daba tranquilidad decírselos.

Un domingo el Negro pasó a la casa de los viejos después del trabajo. Estaba cansado y no tenía más planes que echarse un rato a descansar. Justo antes, apareció su madre: “Che, ¿vas a dejar que tu hermano vaya solo a jugar al fútbol?” El Flaco se estaba yendo a un partido que había coordinado con los otros muchachos del barrio en el Monte las Francesas. *¿Cómo que solo vieja? Si van casi todos los pibes del barrio... ¡No va solo!*

Desafortunadamente las palabras de su madre lo hicieron sentir culpable y decidió ir. Le sacó los zapatos de fútbol a uno de sus hermanos mayores que eran una talla más grande de lo que necesitaba. El Negro no tenía los suyos propios y dentro de la casa se compartía todo. Más bien, a él le compartían todo porque Oscar no tenía nada, cuenta entre risas.

Ya en el partido pidió jugar atrás y no en el mediocampo donde solía hacerlo porque estaba cansado y añejo. Habían pasado ya varios domingos que entre el laburo, Teresa y los niños, no había jugado. El Flaco estaba más arriba creando y entre ellos se entendían perfecto. Sin embargo, era un partido difícil y Oscar no ocultaba su carácter fuerte para enfrentarlo.

Como buen defensa ya venía a los encontrones con uno de los centrales del equipo contrario, con el que ya se estaban agarrando de los brazos. Se trataba del número cinco y cada disputa de pelota era más tensa, por lo que el partido ya se estaba calentando. Fue entonces que en medio de una jugada no quedó otra que terminar el encuentro.

Resulta que el Negro vio una pelota que venía peligrosa al área y que el central del otro equipo estaba por tomar. En segundos corrió a trancarla y después se escuchó su grito. Su pie había chocado con toda la fuerza en el barro de la cancha. Su zapato se había pegado al suelo por lo que se cayó sobre la pierna enterrada y ahí escuchó a sus huesos quebrarse al instante. Sin embargo hasta ese momento sólo él y el central del otro equipo entendieron lo que había pasado.

Desde afuera el resto de los jugadores habían visto que ambos fueron tan fuerte a trancar el balón que el número cinco del equipo rival le había roto la pierna. Por supuesto que llegó la banda completa, entre ellos el Flaco, a ver lo que pasaba. Entre gritos y manotazos empezaron a culparse unos a otros de lo ocurrido mientras el Negro, desde el suelo y adolorido, trataba de separar la pelea explicando que la culpa no la tenía el otro, sino que había sido un accidente.

Después de varios minutos de tensión el Negro tirado en el suelo logró aclarar el malentendido. No se podía ni mover y cuando sus compañeros lo tomaron por el brazo vio cómo su pie derecho colgaba en sentido contrario a la pierna. Se había fracturado el tobillo y eso le cambió la vida en adelante.

Lo llevaron al hospital y lo sentaron en una camilla. El Flaco lo acompañaba y no podía hacerse mucho el que le dolía porque justo al médico tratante lo acompañaba un grupo de chicas estudiantes que venían a observar el caso.

Se trató se hacer el lindo al principio pero le duró hasta que el doctor sin anestesia le reacomodó el tobillo de un giro que le hizo estallar la cabeza de dolor. Lo recuerda como el peor que ha tenido en su vida. De ahí le pusieron el yeso y le contaron que se había fracturado dos huesos del tobillo y que además tenía una luxación en su pie. Tenía para meses de reposo y años de recuperación y le advirtieron que aún así su pie no volvería a funcionar del mismo modo.

En paralelo al hospital, el resto de los muchachos del partido había tomado los zapatos del Negro y los fueron a dejar a la casa. Cuando se los pasaron a la vieja, que justo estaba con Teresa, pensaron que se había muerto. Le explicaron y María se sintió culpable de haberlo incitado a jugar, así estuvo por meses. Fueron cerca de doce semanas en que el hueso logró cicatrizar, sin embargo, la nueva juntura le restó movilidad y dejó su pie lo suficientemente rígido como para no volver a jugar al fútbol nunca más.

Al principio lo intentó hasta con el yeso puesto. Pero con los años el médico le explicó que si seguía haciéndolo el tema iba a terminar afectándole la columna y así ocurrió. Hoy no se arrepiente. El fútbol es una de sus grandes pasiones y esa fractura asegura que le cambió la vida en varios sentidos.

### **Pototo el intelectual**

Unos años antes que Oscar decidiera irse a vivir con Teresa, Roberto Urtasún, el Pototo, empezó a involucrarse fuertemente con movimientos políticos de izquierda. Oscar lo recuerda como el hermano inteligente, como el que sobresalía en las discusiones intelectuales sobre política y también como el ideólogo que sirvió de nexo para que el Lobo y el Flaco entraran en la organización de los Tupamaros.



De su apodo no recuerda el motivo pero los muchachos del barrio, y las personas en general, siempre lo llamaron Pototo. Era el único de los hermanos Urtasún que aún vivía con sus padres, y trabajaba en una fábrica de textiles haciendo alpargatas. Allí evidenció una realidad que quiso cambiar y eso le fue entregando otra visión sobre las cosas. En el barrio no era tan visible la injusticia social pero en la fábrica sí, y fue a partir de eso que empezó a militar en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Montevideo.

Oscar no sabe precisar con detalle pero asegura que después de participar en la FAR el Pototo fue involucrándose cada vez más con personas que estaban metidas en el cuento político y que terminaron llevándolo a pasarse a los Tupamaros. Fue recién ahí cuando el Lobo y el Flaco se sumaron a la causa. No se trató de una invitación formal, sino más bien de una cuestión de interés.

A fines de la década del '60 Uruguay atravesaba un momento de grandes disputas políticas y sociales y en el país habían surgido numerosos movimientos tanto de izquierda como de derecha. Era un período en que las guerrillas habían alcanzado gran protagonismo en el escenario nacional y no era extraño que los hermanos Urtasún participaran de ellas. El poder político uruguayo estaba en juego y el Pototo creía que era el momento de actuar.

Oscar lo recuerda como una persona muy observadora y preparada. Si el Lobo era el que seguía una línea de acción más militar que política, el Pototo era el que pensaba. Siempre se acuerda cuando en una oportunidad le dijo: “Húyeles hermano a los de lengua sobada”. Y es que haciendo la revolución, el Pototo evidenció conductas que para él no eran propias de un compañero revolucionario.

Algunos le seguían, otros le decían que ya andaba viendo tonteras donde no las había. El caso era tan simple y evidente como cuando un compañero le pedía el lápiz a otro y éste se negaba. “Cómo le vas a negar la lapicera a un compañero y te dices con intención revolucionaria. Esto no se trata de un partido de fútbol, sino de una propuesta de un nuevo país y tú te niegas a compartir lo mínimo... Húyeles hermano a los de lengua ágil, a los

chamulleros, los teóricos y buenos para nada. Un revolucionario no se niega a sus hermanos”.

La atmósfera social en tensión vaticinaba ya llegados los ‘70 la implantación de la dictadura. Oscar asegura que la represión fue dura incluso antes del golpe de Estado. Recuerda que el pánico fueron metiéndolo varios años antes de junio de 1973. Las organizaciones de extrema derecha hacían atentados a la par de los movimientos de izquierda y los militares, que habían alcanzado mayor protagonismo, empezaron con las famosas operaciones rastrillo antes del golpe.

Al Negro le tocó ver en reiteradas ocasiones como sin previo aviso acordonaban algunas calles del barrio con camiones para hacer inspecciones casa por casa. No dejaban salir a nadie y el que se oponía tenía que vérselas con los hombres armados. Andaban en busca de los Tupamaros o cualquier organización revolucionaria de corte izquierdista. Se metían adentro de las casas y revisaban hasta lo que sus vecinos escribían. Así empezaron a tomar detenidos a diferentes personas del barrio. Así lo hicieron hasta que llegaron en busca de sus hermanos.

### **La primera caída de los Urtasún**

1972 se convirtió en un año clave en la vida de Oscar. Ya iba a cumplir cinco años viviendo con Teresa y después de varios intentos fallidos ella estaba esperando su primer hijo con él. En reiteradas ocasiones había estado embarazada, sin embargo, su delgadez y falta de vitaminas le provocaron una serie de abortos espontáneos que el Negro asegura que enfrentaron con paciencia y cariño. Querían ser padres y como les había resultado, decidieron casarse.

Sus hermanos por su parte también habían emprendido proyectos familiares. Tanto el Lobo como el Pototo ya tenían dos hijos cada uno y a sus parejas junto a ellos. No así el Flaco. Por ese tiempo vivía solo en un altillo cercano al barrio del clan Urtasún y trabajaba junto al Lobo como tapiceros. El Negro recuerda que el Flaco nunca tuvo una compañera con quien formar familia. De hecho fue el único que no dejó hijos.

En el '72 tanto el Lobo como el Pototo ya llevaban tiempo militando directamente para los Tupamaros. Participaban de las acciones que el movimiento de liberación ejecutaba y por lo mismo era presumible que los estaban buscando. Por su parte el Flaco militaba en los Comandos de Apoyo a los Tupamaros (CAT). El trasfondo político era el mismo, sin embargo, él tenía otras responsabilidades y su implicación en los hechos era “menos grave” ante los ojos de los organismos del Estado.

Ese 31 de mayo de 1972 era miércoles. Oscar estaba trabajando en su puestito del barrio cuando ve que un grupo de militares se dispone frente a la casa de sus viejos. Preocupado, fue y los encaró. *¿Sí, qué necesitan?* El Negro sabía que sus hermanos estaban metidos en política pero hasta ese momento no sabía cuán involucrados. “¿Cuál es su nombre?” *Oscar Urtasún*. El militar a cargo revisó la planilla que tenía en sus manos. “¿Dónde están Jorge Omar, Roberto Walter y José Luis Urtasún señor?”. Oscar sabía que no estaban en casa, pero no tenía duda que las intenciones de esos tipos no eran las mejores. *Si no están allá adentro, no sé. Yo estoy trabajando.*

Después de que constataron que no había nadie en el lugar se marcharon. Al parecer ese día tenían que capturarlos y así lo consiguieron. Tras buscar en el barrio Pérez Castellanos los militares se trasladaron a la casa de Germán García Calcagno, otro miembro de los Tupamaros al que andaban buscando.

Germán era bien cercano al Lobo, al Pototo y al Flaco. Se había graduado de la escuela militar de Montevideo y además era fotógrafo. Al principio trabajaba tomando las imágenes de los militares egresados a las que les sacaba copia para que los Tupamaros pudieran ficharlos y conocer al enemigo. Ese era su rol, y así lo mantuvo hasta que empezaron a buscarlo.

Venía de una familia acomodada y en ocasiones ocupaban su casa como célula para la coordinación de los próximos movimientos de la organización. Los militares lo sabían y ese miércoles partieron a buscarlo allá.

En la casa efectivamente estaban reunidos Germán, el Pototo y el Flaco. Había bastante evidencia como para capturarlos aunque eso era lo de menos. No tuvieron chances de escapar, no así el Lobo. El mayor de los Urtasún iba llegando a la casa de Germán cuando vio que los militares se llevaban a sus compañeros. En su rol protector siguió caminando y decidió caer junto a ellos.

### **El saco prestado**

Hace unos meses que Teresa había empezado a presionar a Oscar con la idea del matrimonio. Aunque ya venía de una mala experiencia con su primer marido, estaba segura de la relación con el Negro y quería hacerla formal. Él al principio no le dio bola. Estar casado no cambiaría en nada su relación, sin embargo, terminó aceptando.

Entendió que para Teresa el tema como mujer era distinto a pesar de que las cosas no fueran a cambiar en nada. Estaban esperando un gurise nuevo y por esos años reconocer hijos fuera del matrimonio no era fácil. Ahí le cayó la teja y le dio el vamos. Claro que no esperaba que sus hermanos fueran a caer detenidos tan sólo unas semanas antes; el matrimonio estaba planificado para junio y los ánimos andaban extraños.

Recuerda que se casaron en esa fecha, ya que él aún no cumplía los veinticinco años, lo que lo hacía menor de edad. Quedaba poco para su cumpleaños en julio, pero para casarse en ese momento, con veinticuatro, necesitaba el consentimiento de ambos padres que debían firmar ante notario la autorización para que el “pequeño” asumiera esa responsabilidad.

*Fue una boda muy sencilla. Una ceremonia que no daba para nada. Lo único que me acuerdo, que tengo fotos de ese casamiento, es que andaba trayendo una pinta bárbara. Me había conseguido un saquito sport con camisita y todo, viste. Lo más gracioso es que nada era mío. Yo no tenía ni para vestirme pero ahí estaba con mi pinta elegante. Me habían ayudado amigos, ropa de mis hermanos y hasta de mi viejo. ¡Si ni los zapatos eran míos! (ríe).*

Ella también estaba sencilla. Según Oscar siempre se vistió bien y ese día se veía linda como siempre. Los invitados eran pocos y estaban solo los que tenían que estar. Una hermana de Teresa, un par de amigos y los padres de Oscar.

El viejo Urtasún andaba con la cabeza preocupada por los otros muchachos y eso se notó el día del matrimonio. Habían acordado juntarse a realizar la ceremonia a eso de las tres de la tarde y habían llegado todos menos José Francisco. Pasó el rato, cerraron el juzgado y la jueza dijo que tenía que irse. La hora presupuestada ya había pasado y no podían casarse sin la firma del viejo, que en ese minuto había pasado a ser el malo de la película.

María Terra estaba colorada entre la rabia y la preocupación: “¡Qué le pasa a este hombre que no llega!, ¡¿Dónde estará metido?!”. *Ya vieja, dejá... Le debe haber pasado algo, no te pongas mal.* El padrino de bodas salió a hablar con la jueza tratando de convencerla para que se esperara unos minutos más. Dio resultado y al rato apareció el viejo como si nada.

Había leído mal. La citación era a las quince horas y vio sólo el cinco. A esa hora llegó. “Yo que quería darte una mano y me demoré para que no te casaras”, le dijo cuando entendió el problema. No fue grave. Es más, desde ese momento en adelante Oscar fue mucho más compañero con él. Estaban pasando cosas importantes en la familia y no quedaba otra que apoyarse.

### **¿Dónde están los Urtasún?**

Si bien faltaba cerca de un año todavía para que llegara la dictadura cívico-militar a Uruguay, ya estaban rigiendo en 1972 lo que Oscar recuerda como las leyes raras del Estado de sitio, donde habían medidas prontas de seguridad y las garantías personales se anulaban.

Por ese motivo es que nunca les llegó la notificación de que sus hermanos estaban detenidos. Días después del 31 de mayo y tras recibir a varias personas que preguntaban por los Urtasún, el Negro con el viejo entendieron que se los habían llevado detenidos. Los

trataron de ubicar pero no aparecieron. Ahí decidieron irse a rondar los cuarteles hasta obtener alguna información sobre el paradero de ellos. No podían haber desaparecido.

Fueron semanas de incertidumbre. Ninguno sabía hasta qué punto el Lobo, el Pototo y el Flaco estaban metidos con las acciones de los Tupamaros. Sin embargo el Negro en esas semanas se dio cuenta que al parecer no se trataba de algo simple.

Además del puesto frente a la casa de los padres, Oscar había estrenado hace poco un segundo local a la salida de un supermercado en Avenida Bicentenario. El primero lo dejó a cargo de una de sus hermanas mientras que él se fue a atender el nuevo.

No habían pasado más de dos semanas de la detención de sus hermanos cuando vio que a la vuelta del supermercado se estacionó un camión lleno de militares que andaban buscando la tapicería del Lobo. Al no encontrarla, un vecino les contó que al parecer uno de los hermanos de Jorge trabajaba en un puestito por ahí cerca.

Dieron la vuelta a la manzana y los militares empezaron a bajar. Sin pensarlo dos veces, el Negro se cruzó en su camino. *¿Por casualidad no será que me están buscando a mí? “¿Quién es usted señor?”. Soy Oscar Javier Urtasún Terra. “Sí, justamente lo estamos buscando a usted”. ¿Y cuál sería el motivo? “Sus hermanos. ¿Dónde están sus hermanos?” ¡Ay me dice a mí! Se los llevaron ustedes y me preguntan a mí. Yo les pregunto a ustedes, ¿dónde están mis hermanos?! Ustedes se los llevan y no le dicen a nadie. Mis hermanos están presos y ni siquiera sé dónde.*

Las habilidades como declarante del Negro siempre fueron buenas y en ese momento le bastó para que lo dejaran tranquilo. Ahí se dio cuenta de dos cosas importantes: primero que las fuerzas militares actuaban en conjunto, pero que entre las diferentes ramas no siempre se contaban todo. Y segundo, que sus hermanos estaban haciendo harto ruido porque los estaban buscando de varios lados.

Como las fuerzas aéreas nunca más fueron a preguntar por ellos atajó la primera pista. Podían ser los responsables y partió junto al viejo a preguntar si tenían a sus hermanos en la base aérea Capitán Juan Manuel Boiso Lanza, hacia el norte de Montevideo. Después de haber pasado por varios otros cuarteles con respuestas negativas, afortunadamente en ese les dijeron que sí los tenían. Que ahí estaban los tres Urtasún Terra.

### **El rey de los boludos**

El viejo Urtasún le dijo desde un principio a Oscar que él debía relacionarse con los militares. El Negro ya había hablado con algunas personas que le recomendaron no dar ninguna señal de que él podía estar involucrado en el asunto o siquiera de acuerdo y se lo tomó en serio.

El militar que lo recibió le dijo irónico: “Sus hermanos están aquí y están bien. Hay varios que en todo caso se quieren ir de acá”. *¡Uy menos mal! Me dejan contento... Yo que pensé que podían estar sufriendo necesidades.* “De todas formas tenemos un lugar para mirarlos, para que compruebe que están bien”. *Pero por favor, ¡no los quiero ni ver! Después de lo que hicieron...*

Oscar apostaba a que el militar creyera que él era el cerdo fascista de la familia y que estaba de acuerdo con todo lo que estaba pasando. De esa forma se ganó un poco de su confianza y el hombre le comentó que en la calle El Cairo se rumoreaba que los Tupamaros estaban construyendo un berretín.

*¿Un berre... qué? ¿Qué es eso?* A Oscar no le quedaba otra que hacerse el boludo. Más bien, le convenía hacerse el rey de los boludos. Él ya lo había visto. El berretín era una construcción clandestina, una especie de bunker subterráneo que utilizaban los Tupamaros como cárcel del pueblo o también para esconder a los suyos o lo que fuera.

El Negro sabía que en el taller del Lobo habían estado haciéndolo y que para no levantar sospechas sacaban la tierra escondida en la camioneta blanca de Jorge, la que después iban a tirar a diferentes partes de Montevideo. Esa misma camioneta tuvieron que ir a buscarla

con el viejo un año después a un depósito. La habían tomado como evidencia y le habían metido arena al motor para que no funcionara más. Oscar cree que el militar le compró todo y que gracias a eso después pudieron empezar a visitar a sus hermanos.

¿Por qué los habían tomado detenidos? Primero por militar como Tupamaros. Se trataba a su juicio de gente peligrosa para el orden que las fuerzas militares estaban intentando imponer. Si bien no eran detenidos legales, ya que no existía ningún documento que así lo acreditara, le dijeron que sus hermanos estaban reclusos por “asociación para delinquir”.

Y es que el Lobo, el Pototo y el Flaco habrían estado involucrados en una serie de acciones, entre las que se cuentan la construcción del berretín, y la supuesta participación en algunos robos a bancos, que era de donde salía una parte del financiamiento de la organización. De los tres, el Flaco tenía la menor condena. Al pertenecer al CAT no tenía la misma responsabilidad que los otros dos por lo que su estadía en la cárcel sería menor.

### **El comentario desafortunado**

Económicamente Oscar estaba en cero. A fines del '72 ya estaba por nacer Marco, su primer hijo sanguíneo, y en sus bolsillos no había un mango. Por su parte, Teresa quería ver los pañales, la ropita, el coche, la cuna y todo lo material que acompaña traer un hijo al mundo. Por supuesto que el Negro no había comprado nada y según sus cálculos tampoco podría hacerlo.

Fue así que llegó a hablar con un tío que trabajaba junto a sus hermanos antes que cayeran detenidos y le pidió pañales que él podía conseguir más baratos. El tipo le pasó una docena como regalo y Oscar se los llevó a su mujer. Claro que los pañales de ese entonces eran de tela y primero había que sacarles el almidón. Teresa los lavó y los dejó colgando por la noche. A la mañana siguiente no quedaba ni uno. Se los habían robado y nuevamente la bienvenida de Marco quedó en cero.

Faltando dos días para su nacimiento empezaron a caer en la casa bolsas y bolsas de cosas. Oscar no sabe cómo ocurrió pero el gurise nuevo nació con diez veces más de las cosas que



necesita un recién nacido. Llegó gente del barrio, la familia, amigos de la familia, amigos de los amigos del barrio. Oscar empezó a moverse y logró conseguir todo con matrimonios que ya tenían niños más grandes y que se querían deshacer o prestar lo que habían ocupado.

Así llegó a tener la cuna, pañales, ropita y hasta un moisés. Eso sí el pibe, recuerda Oscar, se demoró pila en nacer. Él no podía descuidar el laburo menos en ese momento que estaba sin ningún peso, por lo que después de esperar que naciera por horas, terminó yendo a trabajar. Claro, cuando nació lo llamaron y toda la familia hablaba de que era el guri más divino y hermoso que habían visto.

Con esa imagen partió a conocerlo, y apenas lo vio dijo el desafortunado comentario por el que Teresa lo tendría castigado por una semana: *¡Pero qué cosita más fea!* Oscar pensó que sólo lo había dicho en su cabeza pero las palabras fueron más rápidas y se transformaron en el primer comentario sobre su primogénito sanguíneo.

*Cuando llegué, recuerdo que vi al pequeño y parecía un renacuajo arrugado y medio negro. No pensé en decirlo en voz alta pero ocurrió. Por supuesto que lo quería, pero eso de que los recién nacido son lindos es una gran mentira. Me gané una semana de silencio. Teresa no me dirigió la palabra. Se había molestado en serio, hasta que después me perdonó. Aunque claro, después tuve que soportar que a todo el mundo le contara lo que yo había dicho, y bueno... Me lo tenía merecido, ¿no?*

### **La llegada de Bordaberry**

Para Oscar la represión más fuerte se empezó a instalar en 1972, meses antes de que llegara la verdadera dictadura. Desde la muerte del presidente Óscar Gestido en el '67 y con la asunción del entonces vicepresidente Pacheco Areco al poder, los cambios se fueron haciendo evidentes en la sociedad uruguaya de ese entonces.

A Areco lo recuerda como un tipo durísimo que recurrió a las fuerzas armadas y policiales para mantener el orden. Según el Negro, desde ahí que comienza a regir un gobierno de derecha represiva. Por esa época asegura que comenzaron a sancionar periódicos y a coartar

las libertades de la gente. Ya en 1971 Juan María Bordaberry gana las elecciones y continúa el estilo de gobierno de Areco, lo que empeoró aún más las cosas.

En su realidad más cercana le tocó ver, además de la persecución a sus hermanos, las acciones de los militares para meterles miedo a los militantes de izquierda. Cerca de su casa pusieron en varias ocasiones bombas incendiarias y de estruendo a los hombres que sabían que estaban involucrados. Los estaban advirtiendo en serio. Como eran casitas pegadas en el barrio Pérez Castellanos no fue difícil darse cuenta de esas amenazas.

*El 27 de junio de 1973 fue un día tenso. Y bueno, me levanté por la mañana como siempre y cuando prendo la radio empiezo a escuchar los comunicados. Mientras me tomaba el mate me empecé a enterar de lo poco y nada que podían decir los informativos. Que se había interrumpido el gobierno dijeron los caraduras. Fueron las palabras lindas para decir que los hijos de puta habían hecho un golpe de Estado. Y bueno, se veía venir en cualquier momento. Antes no era oficial, pero ese día se instaló abiertamente la dictadura.*

De esa forma, cuando Bordaberry autorizó el golpe se terminaron de prohibir las cosas que ya se estaban prohibiendo. En ese año cerraron los diarios y radios de izquierda además de hacer ilegales los sindicatos. Peor aún, el dictador disolvió el Parlamento y él podía hacer y deshacer a su antojo respaldado en las fuerzas militares. Ya no se podía andar de noche por ahí porque se sabía que si te pescaban no necesitaban motivo para echarte adentro, además de agarrarte a palos gratuitamente.

Fue duro el cambio. Sobre todo para algunas personas del barrio que la sufrieron harto, asegura Oscar. Habían varios sindicalistas inmiscuidos en la actividad política y que de la noche a la mañana tuvieron que cortar sus actividades ya que la otra opción era irse detenido.

Recuerda que el ambiente estaba muy enrarecido. Se vivía un poco la carencia de artículos comestibles y se rumoreaba de paros y violencia por todas partes. A una cuadra de su casa

estaba el Cilindro Municipal que convirtieron en cárcel de miles de sindicalistas. Oscar dice que la represión se veía en todas partes.

*No te daban documento si el pelo te tapaba las orejas por lo que había que ocuparlo como los militares. Intervinieron en todo lo que pudieron y a través del miedo trataron de controlar a la gente. Ese año empezaron a caer muchos detenidos y se hizo muy público. En este país somos pocos y esas cosas se notaron rápido.*

En el '73 todavía no era común ver a los militares paseándose con sus armas por las calles, sin embargo, el cuartel de caballería que estaba a unas cuadras de la casa pasaba todos los días ejercitando a los cadetes con gritos de odio y guerra contra tupamaros y comunistas. Fueron años duros pero el Negro tuvo que aguantarlos y seguir trabajando.

### **El Penal de Libertad**

Cuando cae el golpe, Oscar asegura que estaba mucho más maduro políticamente. Con sus hermanos presos se involucró como familiar de detenido político y ahí empezó a tener intercambios. Nada importante, pero paulatinamente fue estando más despierto. De vez en cuando asistía a las reuniones que organizaban y si no, iba su cuñada, la pareja del Pototo.

Unos meses antes de instalada la dictadura a los hermanos Urtasún los trasladaron al Penal de Libertad, un lugar que de libertad tenía poco, a unos cincuenta kilómetros de Montevideo en la localidad del mismo nombre.

Al pasarlos a Libertad los hicieron detenidos legales y su condena era por asociación para delinquir. Sin embargo con la llegada de Bordaberry el escenario se puso un poco más complejo ya que ahora figuraban con el delito de atentado contra la Constitución en grado de conspiración. Paradójico, ya que la dictadura asumía públicamente que no se regía por la Constitución de ese momento.

Y es que el sistema impuesto mediante la violencia eliminó toda garantía civil que pudiera existir en ese entonces. Si hasta los jueces los reemplazaron por militares y las órdenes de

detención no precisaban motivo alguno para encerrar y posteriormente desaparecer a los “culpables” de atentar contra el orden militar.

En cantidad de años, la condena no varió significativamente. Al Flaco por pertenecer a los CAT se le acusaba de delitos menos graves por lo que tuvo que cumplir un poco más de año y medio. Por su parte, al Pototo le dieron dos años y al Lobo tres. De todo el tiempo que pasaron encarcelados María Terra nunca los visitó. Oscar explica que todo el asunto le provocó una depresión nerviosa fuerte y prefirió prenderle velas a la virgen y rezar por ellos desde el 31 de mayo en adelante.

Por el contrario, el viejo se organizó con Oscar y las niñas y cada quince días trataban de visitarlos. En una oportunidad el Negro le preguntó al Lobo sobre cómo lo estaba llevando el Flaco. Ni lo pensó y le aseguró que José Luis se había convertido en el apoyo de todos. Si bien el Lobo siempre había sido el más fuerte y para todo el mundo eran los hermanos del Lobo Urtasún, el Flaco había sacado las fuerzas que el resto ya no tenía y los mantenía con la convicción intacta adentro del Penal de Libertad.

### **El regreso del Flaco a casa**

A fines del '73 y tras cumplir un poco más de un año y medio de condena, el Flaco salió libre y volvió a la casa de los viejos. Días antes y enterados de lo que iba a ocurrir, el Negro empezó a pasar el anuncio a las personas del barrio para organizar la bienvenida. Como tenía locales fue fácil hablar con la gente además que particularmente a José Luis los vecinos y sus amigos lo querían mucho. A ojos de ellos era el amable a pesar de ser más bien callado. Era de esos a los que todos catalogan de buena gente.

Lograron entre todos armarle una bienvenida brutal. Llenaron la cuadra y cada vecino aportó con algo para recibirlo. El Flaco estaba contento de recuperar su libertad y también de sentir el cariño de la gente. Sin embargo no era el mismo joven que cuando se fue detenido. Por esos años ya tenía veintisiete y se le veía mucho más maduro.

El Negro recuerda que salió más firme, que se comunicaba más. Antes no. Siempre fue el más reservado de los Urtasún, claro que ahora se notaba más preparado. Cuando hablaba, Oscar percibía que había estado en contacto con la parte teórica del movimiento. Se veía fortalecido en la parte política y moralmente muy entero. En la cárcel no hubo tortura pero en los cuarteles donde estuvo detenido los primeros días, sí. Nunca se lo preguntó y él tampoco lo mencionó.

A pesar de la confianza de hermanos cada uno era muy respetuoso de la vida y las decisiones de los otros. Además Oscar asegura que al ir madurando políticamente se fue ubicando en su rol y entendió que las preguntas no cabían. El Flaco seguía muy comprometido con los Tupamaros y eso implicaba ser medio clandestino. Jamás lo dijo abiertamente pero tiraba líneas de que seguía involucrado. Era algo que el Negro y todos asumían pero que nadie hablaba. No era su tema y punto.

Al salir del Penal de Libertad el Flaco volvió a vivir primero a la casa de los viejos. Oscar había cerrado el puestito del barrio y lo había transformado en una cantina para hacer una especie de club de los amigos del fútbol. Invirtió en una mesa de billar y algunos muebles. Al comienzo el negocio empezó a dar resultados.

José Luis por su parte empezó a fabricar parrillas que vendía a los clientes de la cantina para hacer algunos pesitos. Como se veían seguido Oscar asegura que se reencontraron como hermanos. Fue un período de seis meses en que alcanzaron a compartir de nuevo como en los viejos tiempos hasta que se fue a Buenos Aires con el Pototo. Fueron los últimos seis meses que pudo disfrutar de esa forma al Flaco ya que en los años siguientes solo se visitaron un par de veces y tiempo después lo desaparecerían.

### **Dejar contenta a la vieja**

El Flaco había vuelto al barrio, el Pototo ya estaba por salir y a pesar de la dictadura, las cosas se fueron normalizando para el clan Urtasún. La cantina estaba funcionando y el puestito afuera del supermercado les permitía sobrevivir. Teresa estaba en la casa al cuidado de los niños y Marco ya estaba por cumplir dos años.

Fue entonces en el '74 que su mamá empezó a insistir. María Terra en su convicción religiosa comenzó a presionar a Oscar que debía casarse por la iglesia. Que Dios debía amparar esa relación y a esa familia que estaba manteniendo. El Negro ya se había divorciado de la iglesia en su adolescencia y no tenía intenciones de hacerle caso. Sin embargo, a Teresa le hizo sentido la recomendación de su suegra por lo que también empezó a insistirle.

Para dejarlas tranquilas y contentas a ambas aceptó. Pero en su estilo. Oscar conocía al cura de la iglesia. No llevaba mucho tiempo ahí pero se notaba un tipo bondadoso. Al anterior lo habían sacado en el '71 cuando se empezó a mostrar la derecha represiva. Y es que según Oscar, la política lo invadió todo. El cura anterior fue destituido por las autoridades eclesiásticas y trasladado a la Patagonia argentina por permitir la entrega de volantes de corte izquierdista.

Un día al cruzarse con el nuevo sacerdote se lo comentó. *Padre me quiero casar por la iglesia pero no tengo un mango. No quiero flores, no quiero música, no quiero que me cobre nada. Sólo quiero que me dé la aprobación ante Dios para que mi mujer y mi madre se queden tranquilas. “¿Tienes anillo?” Sí, ya me conseguí. “Pasado mañana tengo libre” Entonces que pasado mañana sea. Pero mirá que si me pones alguna cuestión ya ni me caso tampoco.*

Dos días después entró a la iglesia junto a Teresa y ocho invitados. Estaban sólo los más cercanos y nuevamente fue una ceremonia muy sencilla y rápida. No quería gastar un peso ya que tampoco tenía para hacerlo. Quería dejar a la vieja contenta no más. Asegura que ambas uniones, por el civil y por la iglesia, no cambiaron en nada su relación con Teresa. Él la amaba y ella a él. Eso era suficiente.

### **La partida a Buenos Aires**

El mismo '74 el Pototo salió libre. A diferencia del Flaco, Roberto había salido un poco derrotado de la condena. El Negro cree que en el período de su detención lograron

quebrarlo. A él le aplicaron una tortura especial de la que tampoco nunca habló. Supo que se lo llevaron en un par de ocasiones al departamento de Durazno. Allí las fuerzas militares trabajaban de la mano con la policía de la dictadura brasileña y aplicaban técnicas particulares y avanzadas de tortura.

En más de una oportunidad le tocó enfrentar la presión de que le pusieran una pistola en la cabeza para que delatara o hablara de lo que estaban tramando los Tupamaros. Más detalles que eso no entregó. Eran asuntos personales y nunca nadie se atrevió a preguntar tampoco.

Cuando el Pototo salió hizo un poco de vida familiar con su mujer y sus dos hijos. También realizó un par de laburos, pero nada importante. Seguía involucrado en política aunque nunca dijo nada. Oscar asegura que no era el momento de tener grandes conversaciones sino que habían pequeños ratitos en que algo asomaba. Él también estaba muy ocupado y no tuvo el mismo reencuentro que con el Flaco.

El Pototo andaba más apurado y por lo mismo no alcanzó a pasar mucho tiempo antes que anunciaran junto a José Luis que se mudaban a Buenos Aires. No dijeron explícitamente que iban a seguir la organización desde allí sino que se excusaron con que en Montevideo tenían las puertas muy cerradas y que ya no podían vivir así.

Nadie los cuestionó. Todos entendieron y su opinión tampoco cambiaría las cosas, así que se fueron. A los meses después, en julio del '75, salió el Lobo. Alcanzó a estar alrededor de quince días en Uruguay y también partió a Buenos Aires. Por esos años la dictadura estaba haciendo caer a varias personas que manejaban información sobre la organización y estaba el peligro de que al Lobo quisieran meterlo adentro nuevamente. Por eso partió a juntarse con sus hermanos a Argentina.

Allá se reagruparon y de nuevo armaron un vínculo de militancia, esta vez junto al Ejército Revolucionario Popular (ERP). En Argentina el ambiente también estaba tenso, pero la dictadura aún no se implantaba. Por lo mismo, tenían más chances de ordenarse y de

combatir así al poder represivo. Muchos compañeros de los Tupamaros cayeron en Uruguay y había que repensar las acciones del movimiento.

Los Urtasún que quedaron en Montevideo continuaron sus vidas y el contacto con los tres hermanos mayores se fue haciendo cada vez más clandestino. La información llegaba cada cierto tiempo y a través de personas desconocidas. Desde Buenos Aires le avisaban que estaban bien y también le advertían que la cosa se venía difícil. Recuerda que nunca tuvo miedo de la dictadura o de que algo pudiera pasarle, al menos, hasta que le tocó involucrarse.

### **El robo del puestito**

La advertencia de sus hermanos acerca de que se venían tiempos difíciles empezó a cumplirse casi como una profecía. En 1975 la economía del Negro Urtasún se fue al suelo. No es que en algún momento haya tenido de sobra, pero en ese año las cosas se pusieron crudas.

De una semana a otra le avisaron que el supermercado de Avenida Bicentenario lo cerrarían, por lo que no podría seguir resguardando allí dentro las cosas de su puestito por las noches. Sabía que era arriesgado dejarlo al aire libre pero no le quedaba otra, ese era su trabajo y no podía trasladar todas las cosas a casa cada vez que terminaba de laburar.

A los pocos días de que cerrara el supermercado, Oscar al terminar la jornada ató todas sus cosas y las dejó bajo techo. Cuando volvió en la mañana se lo habían llevado todo: las balanzas, la mercadería... Absolutamente todo. Y no podía hacer nada, nadie había visto nada y las cosas “estaban en la calle”.

Para empeorar la situación, el otro boliche estaba por cerrarlo porque no daba para más. Unas semanas antes del robo habían metido preso a un cliente que le partió la cabeza de un botellazo a un joven que atendía en la cantina. El negocio ya no estaba siendo rentable y además se había descontrolado un poco la situación. Ahí empezó a vivir sus años más complicados, recuerda el Negro.



Se las inventó con una fábrica de bloques en su casa. Tenía que ingeniar alguna forma de sostener el techo y la comida para su familia. No le duró mucho. Afortunadamente en el supermercado se había hecho amigo del cerrajero que atendía unos locales más allá quien le ofreció la oportunidad de trabajar juntos.

Ni lo pensó y aceptó de inmediato. Pasó poco tiempo hasta que un amigo del cerrajero llegó diciendo que necesitaba un instalador eléctrico. Por supuesto Oscar se ofreció. Sin saber siquiera lo que era una escalera, el Negro alcanzó a estar seis meses en Funsá, una reconocida industria del país, y así logró afirmarse un poco.

Estaba a punto de cumplir treinta años y no le hizo asco a ningún laburo. Estaba aprendiendo mucho sobre el manejo de herramientas junto al cerrajero y eso le sirvió para el futuro. En medio, debió enfrentar un infarto que lo tuvo por algunas semanas en casa. Fue la época en que Teresa debió salir a trabajar hasta que el Negro se recuperara. Y así lo hizo rápido.

De ahí en adelante siguió con el viejo del supermercado que por esos años se había puesto con una ferretería. Aprendió el arte de la cerrajería con el hombre que fue su mentor y ahí se quedó hasta 1986 cuando el viejo decidió retirarse y vender todo. Fueron años duros en que debió enfrentar la parte más cruda de su historia. Al menos el laburo estable le permitió seguir adelante y tener dentro de su vida una preocupación menos.

### **La noche brava en Florencio Varela**

El viejo Urtasún empezó a insistirle a Oscar con la idea de que quería ver a sus otros hijos. Ya había pasado cerca de un año desde que partieron a Buenos Aires y planificó una visita junto a María Marta, la penúltima hermana de los Urtasún. Entre los dos no hacían uno así que le dio manija al Negro hasta que aceptó.

Logró organizarse con sus temas de salud, trabajo y familia, y en el verano del año '77 partieron los tres. La coordinación con sus hermanos fue a través de intermediarios. Sabían que debían llegar a una dirección en la provincia de Florencio Varela, Buenos Aires,

actualmente conocida como San Juan Bautista. Por esos años era una localidad suburbana donde la mayoría del terreno se dividía en parcelas.

A través de intermediarios también supo que sus hermanos le habían pedido especialmente que fuera con Marta. Ya estaba más grande y era la única que mantenía una comunicación relativamente fluida con la mujer del Pototo a través de cartas y mensajes en clave.

El Pototo había conseguido exiliarse unos meses antes junto a su familia en Suecia por lo que mediante Marta establecía algunas de las conexiones que necesitaba. Los tres viajaron sabiendo que el Lobo y el Flaco estaban clandestinos. Era una jugada arriesgada pero estaban dispuestos a asumir el peligro. Recuerda que deben haber llegado como a la medianoche al lugar. Se metieron a cara descubierta por unos terrenos en medio de la nada hasta llegar al rancho donde supuestamente estaban sus hermanos.

Al golpear la puerta les abrió Germán Calcagno. Cuando cayó detenido cumplió una condena similar a la del Pototo aunque estuvo unos cuantos meses más adentro en el Penal de Libertad. Cuando salió, también se fue a Buenos Aires y ahora lo tenían frente a ellos. Los reconoció y los hizo pasar. Ahí aprovechó de contarles que el Flaco y el Lobo llegarían al otro día así que les ofreció que fueran a dormir si así querían.

Lo intentaron. Y dice que lo intentaron porque fue una noche de terror. Adentro de la casa habían varias otras personas, las que ante cada ladrido extraño de los perros afuera o ruido sospechoso, se asomaban por las ventanas con armas de fuego y dispuestos a disparar. Todos eran clandestinos y las fuerzas militares de Argentina los estaban buscando.

*Fue una de las noches más bravas de mi vida. Con cada ruido el corazón nos saltaba a todos y nuestros ojos no podían esconder el miedo y el nerviosismo de lo que pudiera ocurrir. A esas alturas ya sabía que mis hermanos estaban involucrados en algo más importante, pero recién en ese momento se nos hizo evidente.*

A la mañana siguiente, que en realidad fueron un par de horas después de llegar a la casa, salieron a encontrarse con el Flaco en el punto que habían acordado.

### **La última conversación con el Flaco**

A la hora después de haberse reunido con él apareció el Lobo. Ambos estaban felices de verlos pero les explicaron que el asunto estaba grave y que tenían que irse inmediatamente de ahí. Como de costumbre no dieron muchos detalles, pero se veían preocupados. La cosa no estaba bien y al parecer en esos momentos ya daba igual que Oscar, su papá y su hermana no estuvieran involucrados. Si los pescaban ahí, eran todos Urtasún y eso les bastaba para encerrarlos a todos.

“Mirá Negro, no te demorés mucho que en cualquier momento esta cosa estalla”, fue el mensaje que le dio el Lobo personalmente. El viejo ya estaba medio sordo y no era necesario preocuparlo. Alcanzaron a estar día y medio y regresaron a Montevideo.

Un año antes, en 1976 y desde que se toman el poder en Argentina, la gente había empezado a desaparecer. Las dictaduras se habían vuelto aún más violentas y trabajaban en conjunto. Al momento del viaje ya habían escuchado sobre muchas personas que habían caído presas y que hasta ese momento tenían paradero desconocido.

El camino de vuelta al tren que los llevaría a Buenos Aires lo hizo caminando con el Flaco. Era más de una hora y se quedaron los dos solos charlando abiertamente de política por primera vez. El Flaco le explicó en términos generales en lo que estaban: “Mirá, ya no estamos accionando sino que reculando un poco el tema. Estamos solucionando sobre todo la situación de varios compañeros que no tienen documentos ni donde quedarse”.

El Negro escuchó con atención. Le contó que tanto él como el Lobo se irían de Argentina, que ya era demasiado peligroso quedarse pero que tampoco podían irse sin solucionar la situación de varios otros compañeros y que eso estaban viendo. Fue en esa misma última conversación en la que le pidió ayuda con algunas cosas. En otras palabras, lo invitó a

participar de los Tupamaros pero con un rol netamente administrativo y de conexión, nada de armas ni acción directa.

Tenían un asunto importante con el tema de los documentos y necesitaban ayuda. Después de preguntarle un par de inquietudes, el Negro aceptó. Era un compromiso de palabra, no había nada formal de por medio. Hasta ese momento jamás se había involucrado tanto pero él también creía que había que combatir la dictadura de algún modo. Por primera vez, después de varios años, sintió temor. Se despidió del Flaco con el abrazo de siempre y volvió a Montevideo a su rutina sabiendo que en algún momento lo necesitarían.

### **Malas noticias**

Cuando Oscar aceptó estar a la orden de sus hermanos también asumió un compromiso con los Tupamaros. Había dejado claro que él estaba dispuesto a ayudar hasta donde le fuese posible sin interferir en su vida familiar. En principio le tocó hacer recorridos para ver y evaluar la situación de los compañeros en mala situación económica y de salud.

El movimiento estaba en un período de reorganización y estaban haciendo una especie de catastro para saber la situación de los compañeros en diferentes países de Latinoamérica y también de los que se habían exiliado en Europa.

Como el Negro no tenía antecedentes, tenía la libertad de hacerlo sin levantar sospechas. Fue así que ayudó a distribuir algunos documentos como también le tocó en ocasiones salir del país a hacerlo. Aclara que sólo fue eso y es enfático en recalcar que jamás accionó militarmente o estuvo involucrado con armas. Él estaba ayudando a la organización pero sólo a nivel administrativo.

Por supuesto que no era el único. Había harta gente colaborando y asegura que en ese momento era una pequeña forma de aportar para combatir la dictadura. Lo hacían ellos, lo hacían en el extranjero, lo hacían en varias partes. Todos aportaban con su granito de arena. Hasta ese momento las cosas estaban resultando bien dentro de sus posibilidades y su participación no le quitaba mucho tiempo.

A los pocos meses que vuelve de Argentina, sin embargo, le tocó la primera tarea difícil: debía avisarle a la familia de Germán Calcagno que estaba desaparecido. Desde la organización tenían diferentes mecanismos para hacerle llegar la información y el último mensaje había sido ese. El Negro se acordaba de la dirección ya que en más de una oportunidad cuando fueron con el viejo a visitarlos al Penal de Libertad, pasaron a buscar a la madre y a la hermana de Germán para que también fueran.

Les contó con la poca y nada información que tenía. Germán había desaparecido el 12 de mayo de 1977 y no sabían nada de él ni de su paradero hace varios días. La noticia las dañó. Oscar cree que para ellas fue tan fuerte el asunto que no pudieron soportarlo. Resulta que pocos meses después de contarles la madre murió y tiempo después lo hizo la hermana a raíz de un virus extraño del que no se pudo recuperar. Eran las consecuencias de la incertidumbre y el terror que generó la dictadura.

En los meses siguientes continuó colaborando. Había comunicación por carta con Europa y Latinoamérica. Donde le mandaban direcciones, el Negro respondía con informes y análisis elaborados sobre la situación política, la temperatura del pueblo, el grado de organización que existía y con qué sectores había posibilidades de vincularse. Todo siguió así hasta agosto, cuando a él le tocó recibir las malas noticias.

### **Diez días de búsqueda**

En pleno invierno de 1978 el cuñado del Pototo golpeó la puerta de Oscar. No solían verse muy seguido por lo que la visita lo alertó desde un principio. Lo hizo pasar y una vez adentro y a solas, le soltó la noticia: “Hace ocho días que no tenemos ninguna información del Flaco y tampoco de la Flaca. Ambos salieron de diferentes lugares hacía el mismo destino pero ninguno de los dos llegó. Otros dos que eran parte del mismo operativo también están desaparecidos”.

La Flaca era María Rosa Silveira, la pareja del Lobo, y los otros dos eran Ignacio Arocena Linn y Félix Maidana Bentín, también desaparecidos durante la misma operación. Oscar quedó desconcertado y entró en un estado mental confuso. Su cuñado luego de darle la

noticia le entregó una importante suma de dinero para que cumpliera una misión: debía irse a Buenos Aires de inmediato para buscarlo.

No tenían noticias del Flaco desde el 13 de agosto de 1978 cuando desapareció. El movimiento esperó ocho días antes de darle la alerta a Oscar. Su cuñado le avisó el 21 de agosto que debía partir con urgencia a Argentina. De lo nebuloso que fueron esos días recuerda que los tipos eran muy prolijos para operar. Le habían pasado dinero para que se comprara ropa y se alojara en un lujoso hotel de Buenos Aires, además del contacto de ciertas personas que podían ayudarlo.

*Al otro día partí temprano. Había entrado en un estado de desesperación y de angustia. Tenía desesperación de no poder hacer nada. También impotencia. Llegué a un lugar extraño donde no conocía prácticamente nada ni a nadie y tuve que empezar la búsqueda así. Antes había estado en Buenos Aires sólo un par de veces antes en mi vida. No podía afirmar que lo habían matado porque había pasado poco tiempo y no conocía tanto la realidad de la dictadura argentina. Quizás lo estaban masacrando para sacarle información, quizás lo habían matado en enfrentamiento. Habían varias opciones.*

*Esa incertidumbre es indescriptible en palabras. Sentía que había chances de que estuviera vivo pero no sabía nada. ¡No sabía nada! Estuve en esa de hacerme las películas de una y de otra. Fui con los documentos para presentar el habeas corpus pero obviamente no había ningún registro de su detención. Lo negaban todo. Ellos se tomaron la potestad arbitraria de hacer y deshacer por la fuerza.*

*Luego fui a la policía, al juzgado, a los cuarteles, a los hospitales, a todos lados. Me junté con la compañera del Flaco también para tratar de saber más. Era la primera vez que la veía y el peor contexto para encontrarse. Durante aproximadamente diez días ya me había dado vueltas por todas las partes donde tenía que ir y más, y ya tenía que regresar a Montevideo. Se me había acabado la guita y también tenía una familia que me esperaba. No lo encontré... Ni siquiera tuve una pista del paradero del Flaco en ese entonces.*

### *No pensé que podía desaparecer*

Con la visita a Buenos Aires junto al viejo y Marta, el Negro terminó de evidenciar lo involucrados que estaban sus hermanos en la causa de los Tupamaros. Por ahí ya tenía un poco de temor de que podían estar exponiéndose mucho pero en su rol del hermano menor no iba a criticar sus acciones. De hecho las respaldaba por el gran valor y compromiso que demostraban ellos con su causa.

Cuando desaparece Germán, el temor indudablemente aumentó. Habían agarrado a uno de los más cercanos de los tres Urtasún y eso sólo podía significar que los militares también estaban cerca de sus hermanos. ¿Desaparecidos? No era un término que se utilizara o que siquiera él hubiera imaginado antes de su propia experiencia.

En su cabeza, que los mataran era mucho más probable a que desaparecieran. Era una experiencia nueva, que según Oscar, la adoptaron los militares de otros contextos porque se dieron cuenta que era una herramienta muy efectiva para su propósito de mantener a la población aterrorizada y bajo control.

Recién estando en Argentina pudo comprobar lo siniestra que eran en realidad las dictaduras. En Montevideo se vivía distinto y eso en ningún caso le resta gravedad. Pero las imágenes de los militares paseándose con sus armas arriba de camiones y deteniendo gente en las calles llenos de violencia, no era tan común ni frecuente como en Buenos Aires.

Si bien la represión y las desapariciones también se vivieron fuertemente, asegura que en el país vecino operaban de una forma más brutal aún. Los militares argentinos se jactaban de una mayor violencia y también de un mayor sentido de impunidad. La ideología represiva del orden extinguió todo respeto por el cuerpo y los muertos. Luego de masacrar y torturar a los detenidos se encargaban de aniquilarlos para no dejar rastro.

*Sinceramente, hasta muchos años después que pude dimensionarlo, nunca pensé que pudieran desaparecer al Flaco. Creí que podían tenerlo prisionero y torturarlo para agarrar a todos e incluso que podían haberlo matado. Pero ¿y el cuerpo? Nunca hubo*

*cuerpo. Hasta el día de hoy no hay cuerpo. ¿Que acaso se esfumó? Por supuesto que no. Lo desaparecieron y ni remordimiento tienen. A ellos no les importó un carajo asesinar y masacrar a miles de personas. A ellos nos les importó un carajo nada.*

Desde Buenos Aires el Negro volvió con datos de otros familiares con los que podía ponerse en contacto en Montevideo a través de la iglesia. Claramente no era el único que estaba viviendo la misma búsqueda. Por cada semana que pasaba iban llegando nuevos y nuevos familiares preguntando lo mismo: “¿Dónde los tienen?”.

A pesar de que en un minuto llegaron a ser bastantes, cree que trabajaron de forma inteligente. Las reuniones se hacían clandestinas, sabían que mientras menos bulla metieran más nivel de organización podían tener. Por supuesto que después los amenazaron, sobre todo cuando se juntaron con los familiares de desaparecidos en Uruguay. Allí logró acercarse a otras historias y darse cuenta que en esa lucha no estaba solo.

### **Familiares somos todos**

Para Oscar pertenecer a Familiares es una responsabilidad vital que no puede eludir. Si bien asegura que ni los curas ni los psicólogos pudieron meterle la culpa, cada vez que falta a Familiares la siente. Los años le hicieron incorporar a la institución como una obligación en su vida y asume que morirá luchando por eso. Es quizás por eso que cada vez que falla o se aleja, no logra conciliar el sueño.

Por otra parte el Negro Urtasún resulta ser uno de los pocos hombres que participa activamente de la causa. Y no lo sabrá él, si en una convención que hicieron en 1987 en El Salvador era el único entre más de cien asistentes de todo Latinoamérica. Por lo mismo ha llegado a creer que la lucha por la familia es una carga que socialmente le dejaron a las mujeres, a las que ha visto pelear y salir adelante junto a la organización.

Y es que el tema han debido enfrentarlo en conjunto, al igual que la lucha por la justicia. Recuerda que al principio cada uno salía a marchar con la fotografía de su familiar y que



cada uno hacía su mejor esfuerzo para mostrarlo adelante o ante las cámaras. Sin embargo, eso tuvo que cambiar una vez que se dieron cuenta que familiares eran todos.

Que todos los desaparecidos son de ellos, de nosotros, de la sociedad en general. Que no hay espacio para individualidades y protagonismos particulares. La dictadura se los llevó a todos por igual, y en eso no hay favoritos.

*Como sociedad permitimos que se los llevaran y eso nos hace Familiares a todos.* Por supuesto que ese fue un trabajo que costó años adentro de la organización. La vinculación política de algunos los hizo tomar distancia, hasta que comprendieron que su lucha era la misma, independiente de lo particular de cada historia.

Hoy lleva cerca de cuarenta años involucrado con Familiares y la lucha por la verdad y la justicia considera que no acaba hasta que se sepa todo y hasta que paguen su condena los culpables. El paso del tiempo ya se ha llevado a varios, pero asegura que la lucha continúa hasta que no quede ninguno.

### **El juez de fútbol**

De regreso en casa el Negro se cayó fuerte anímicamente. Con la incertidumbre sobre el paradero del Flaco tuvo que retomar el trabajo, el cuidado de los niños y también su participación política. Eso afortunadamente lo mantuvo ocupado, ya que de otra forma señala que no sabe si habría logrado pararse de nuevo.

Junto al cerrajero empezó a tener cada vez más experiencia en el laburo y eso lo ayudaba a despejarse al menos unas cuantas horas al día. Fue un día de esos, que el viejo de la ferretería recordó que al Negro le apasionaba el fútbol y le llevó varios libros. Resulta que él había sido juez de fútbol y aún conservaba los textos para estudiar esa disciplina. Oscar se los pidió prestados y apenas el ánimo y el tiempo se lo permitían, estudiaba el tema.

Se leyó todos los textos además de los apuntes y recortes que el viejo le facilitó. No supo cómo pero se le presentó la oportunidad de estrenarse como árbitro asistente en partidos de

fútbol profesional de segunda y tercera división. Su fractura en el tobillo lo había alejado de una de sus pasiones y esto le permitió reencontrarse con ella.

Así estuvo desde el '79 hasta el '83 trabajando algunas veces en la semana como juez de fútbol. Por supuesto que no abandonó la ferretería y el viejo, que lo había impulsado a esto, lo entendía cada vez que se excusaba para salir más temprano o llegar unas horas después. Oscar recuerda esos años como una pequeña salida de la realidad que lo angustiaba.

De esa forma llegó incluso a ser árbitro de encuentros juveniles donde por esos años jugaban Jorge y Rubén Da Silva, apodados años más tarde como el *polilla* y el *polillita*. La recuerda como una de sus mejores experiencias ya de adulto y la disfrutó durante los años que pudo hacerlo.

En ese tiempo también tendría otra de sus grandes alegrías. Exactamente nueve años después de la llegada de Marco, su primer hijo sanguíneo, el mismo 8 de diciembre pero esta vez de 1982, nació su segundo pibe Luis Germán. Lo llamó Luis por el Flaco y Germán en honor a Calcagno. Que el nacimiento haya sido el mismo día para ambos nenes algunos creen que es mera coincidencia, sin embargo hay otros que aseguran entre risas que el Negro Urtasún hace el amor sólo cada nueve años.

Habían pasado hartó tiempo ya sin tener noticias sobre el paradero del Flaco y su vida continuaba. Hubo -y hay- varias noches en que la angustia y la impotencia se apoderan del Negro. Al menos por esa época mantenía una estabilidad laboral que le permitía llegar bien a fin de mes y alimentarlos a todos. No sería hasta varios años más tarde, ya en 1986, cuando la incertidumbre del trabajo también lo afectaría.

Resulta que el dueño de la ferretería se iba a retirar y había decidido venderlo todo. Enfrentado nuevamente a la posibilidad de no tener laburo le propuso que le dejara las máquinas para que él pudiera seguir por su cuenta haciendo llaves. Le gustó la propuesta y con el cariño de diez años de amistad, aceptó.

Sin embargo no alcanzó a ser necesario. Ese año conoció al comprador de la ferretería. Un hombre serio que a principios de los '80 estuvo a punto de quedar en la quiebra y que había salvado unos cuantos pesitos para invertir. Estaba dispuesto a comprar el inmueble con todo adentro, lo que después de una pequeña negociación, también incluyó a Oscar como su vendedor. Ahí se quedó veintiún años más hasta que la ferretería no dio para más.

Terminó independizándose y trabajando por encargo. Y así se mantiene hasta el día de hoy, trasladándose de un lado a otro de Montevideo en su motoneta azul que lo acompaña a todas partes. Asegura que siente cuando los años le pasan la cuenta cada vez que se le atraviesan los hoyos del pavimento, pero que no le queda otra que seguir haciéndolo. La plata desafortunadamente no crece de los árboles.

### **Los Urtasún sin el Flaco**

Agosto del '78 los marcó a todos. Como alguna vez le dijo el Lobo, el Flaco se había transformado en sus últimos años en el apoyo y contención de la familia. Sin él varias cosas faltaban y la sensación de ausencia era irreparable.

El viejo Urtasún después de que desaparecen al Flaco cayó en la bebida. El dolor de estar sobrio era más insoportable que haberse refugiado en el trago. Con los años fue teniendo complicaciones de salud. Sufría de una arterioesclerosis y las advertencias de frenar el alcohol y el tabaco no fueron suficientes. Fue así que llegaron a cortarle una de sus piernas por problemas circulatorios.

A raíz de la desaparición del Flaco intentó hacer hasta una huelga de hambre que no tuvo mayores resultados. *El viejo no la aguantó. El Flaco era la joya de familia y el tema lo afectó hasta sus últimos días en el '87.*

Por su parte, y como durante toda su vida, María Terra se refugió en la religión. A través de su fe en Dios pudo sobrellevarlo y no morir en el intento. Ella era más social que el viejo. Siempre le gustaba recibir a las personas en su casa, la que mantenía abierta para vecinas, amigos y parientes con los que disfrutaba del mate y las tortas fritas. Esa sociabilidad le

permitió llevar la procesión por dentro y responder bien anímicamente. Al lado del viejo ella supo mantenerse más entera. Así vivió hasta 1996 cuando los años le pasaron la cuenta.

El Lobo fue muy golpeado, recuerda Oscar. Por las fechas en que desaparece el Flaco, Jorge ya estaba por Guatemala y pasándose a México en la clandestinidad. Al ser dirigente había salido de Argentina a solucionar diferentes problemas, además de tratar de mantener la coordinación de todo el movimiento que por esos años se había trasladado a diferentes partes del mundo en el exilio.

A pesar de tener una mayor resistencia ante las malas noticias, al Lobo lo golpeó fuerte. Oscar cree que tanto él como el Pototo se sentían en gran parte responsables de lo que le terminó pasando a José Luis. Particularmente a Roberto. Él estaba exiliado en Suecia cuando se enteró, y anímicamente la desaparición lo destruyó. Por ser el más viejo políticamente, sintió que había metido al Flaco en algo que se salió de control y que su captura era, en parte, culpa suya.

*Al igual que el viejo, el Pototo se dio a la bebida. La desaparición del Flaco agudizó su problema, y no le permitió encontrar paz. El tema fue empeorando hasta que la mujer decidió divorciarse. La cosa estuvo fea durante los primeros meses. Roberto estaba en Suecia, lejos de casa y con la impotencia de no poder remediar lo que había pasado.*

### **El vínculo con Familiares**

Desde que regresó a Montevideo después de los diez días de búsqueda en Buenos Aires, Oscar empezó a frecuentarse inmediatamente con otros que estaban en la misma situación que él. El Flaco no fue ni el primero ni el último detenido con paradero desconocido y por cada semana que pasaba se multiplicaban los familiares que buscaban alguna respuesta.

Por esos años aún mantenía el vínculo orgánico con los Tupamaros, por lo que se alternaba con su hermana para asistir a las reuniones que hacían los familiares. Ya en 1981 se consolidó el grupo como Fedefam, y el Negro decidió dar un paso al costado. Al seguir involucrado políticamente no quería interferir ni manchar de ninguna ideología la

organización de los familiares. En su reemplazo quedó su hermana María Marta. Por supuesto que siguió participando pero lo hizo de lejos y no con tanta frecuencia.

Ya en el '85 la dictadura había terminado y la apertura democrática permitió el regreso de varios tupamaros que habían sobrevivido en el exilio, entre ellos el Lobo. Luego de reunirse como organización, al Negro no le gustaron como se dieron las cosas y renunció. En ese momento cortó su vínculo orgánico con el movimiento para siempre. Los motivos no los menciona pero su salida le permitió reencontrarse con Familiares.

Por esos años recuerda que siempre mantuvo la esperanza de que al Flaco no lo habían matado y tenía días en que desesperadamente quería salir a buscarlo porque sentía que no estaba muerto. Con los años esa posibilidad la anuló.

*No existe un momento específico en el que dejas de pensar que está vivo y empiezas a pensar que está muerto. Es paulatino, y puedo decir que me tomó bastante tiempo asumir la segunda alternativa.*

Oscar cree que perdió la esperanza después de varios años escuchando las historias de otros familiares. Ya sabían más o menos la metodología ocupada por la dictadura y una vez que el mecanismo fue evidente, en su cabeza ya no quedó espacio para los milagros. Pasó de pensar las miles de razones del porqué lo habrían matado a cuestionarse el por qué lo tendrían vivo. Si habían desaparecido alrededor de quince mil argentinos, no tenían motivo para aún conservar particularmente al Flaco.

Ya en 1986 surgió Familiares, la organización que mantienen hasta hoy. Ese mismo año debieron enfrentar un momento duro cuando cometieron el error, asegura Oscar, de participar en el referéndum nacional convocado para entregarles amnistía a los militares que cuando salieron arreglaron el cuento para quedar impunes.

*El error fue haber participado de esa instancia como organización. El pueblo uruguayo decidía “democráticamente” si es que le otorgaba la amnistía a los militares. Nosotros*

*luchamos porque la gente los castigara, pero el terror que había metido la dictadura fue más fuerte. La represión igual.*

*La policía y el Estado se encargaron de meter miedo. Tanto así que me terminaron quebrando una costilla en una manifestación que me tuvo mes y medio casi sin poder hablar. Se encargaron de manipular al pueblo amenazando con que podían volver. Ahí el error fue nuestro. No debimos haber aceptado el referéndum.*

*Sobre todo cuando hay una institución como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que establece que ningún pueblo puede votar por sí o por no cuando se trata de delitos de lesa humanidad.*

*Esos crímenes no son imprescriptibles ni tampoco se les puede aplicar la amnistía. Y nosotros, pensando que los uruguayos los castigarían, aceptamos que se realizara el referéndum. Peor aún. Dijimos en esa ocasión ante la prensa, que respetaríamos el veredicto. De que la cagamos, la cagamos feo. Pero también a raíz de eso puedo decir que aprendimos.*

### **El misterio del Flaco**

La historia del día que capturan a José Luis es confusa y gran parte de ella aún sigue siendo un misterio. En agosto del '78 cuando el Negro se reunió en Buenos Aires con la que en ese entonces era la compañera de su hermano, ella le comentó que unos días antes de su desaparición el Flaco le había dicho que no quería salir nunca más desarmado.

Al parecer ya se había dado cuenta que sería difícil escapar de la represión y aseguraba que no quería caer vivo. Al menos no sin luchar. De los pocos antecedentes que se tienen, se maneja la teoría de que tanto a José Luis como a los otros tres militantes que desaparecieron ese día, los interceptaron las fuerzas militares mientras ellos se trasladaban como parte de una operación.

Varios años después de desaparecido, recién pasados los 2000, a Oscar le llegó una pista sobre el paradero del Flaco. Los antropólogos forenses de Argentina habían encontrado un documento del cementerio de la Matanza, en provincia de Buenos Aires, donde aparecían las huellas dactilares de su hermano junto a una descripción. El papel establecía que a José Luis lo habían enterrado ahí, claro que del cadáver sólo estaban las huellas. Nada de nombres. Eso fue descubrimiento de la investigación de ellos.

El formulario da cuenta de que ahí enterraron a un cuerpo que había muerto luego de un enfrentamiento armado. La autopsia también decía que lo habían encontrado con un saco azul y sin documentos. Sin embargo las fotografías de ese hallazgo no están. La policía tiene por deber acompañar el formulario de defunción con las imágenes del cuerpo encontrado. Claro que acá esos documentos no están por ninguna parte.

Oscar junto a los investigadores llegó a la conclusión de que probablemente al Flaco lo habían matado en un enfrentamiento ese mismo 13 de agosto de 1978. Que luego de acribillarlo, le habrían sacado todas sus pertenencias y su ropa la reemplazaron por el saco azul con el que fue encontrado.

El Negro sabe que José Luis nunca tuvo tal saco y que probablemente fue una más de las técnicas de los militares para evadir a la justicia. Luego de haberlo dejado como NN, cree que lo tiraron a un terreno baldío entre las calles Luro y Campichuelo en La Matanza, Buenos Aires.

Después de varias excavaciones nunca dieron con el cuerpo. El documento establece que en algún momento el cadáver del Flaco pasó por ahí, sin embargo, treinta y siete años después, eso sigue siendo una posibilidad. Hasta el día de hoy no hay certezas ni tampoco culpables, sólo esa evidencia de que al Flaco lo habrían matado en un “enfrentamiento”.

Por su parte el Lobo tampoco supo nada. Estando en el exterior recibió a varios compañeros tupamaros que le entregaron pistas de que podría haber sido en ciertos lugares y

circunstancias, pero en realidad nunca obtuvo nada concreto. Creen que las pistas pudieron estar cerca, sin embargo, nunca llegaron a tener evidencias de esas suposiciones.

### **La vida continúa**

Por estos días el Negro sigue junto a Teresa en su ranchito de Pérez Castellanos, el barrio que los vio crecer y consolidarse. Viven juntos y se acompañan con los achaques que el tiempo y la experiencia les han dejado. ¿Momento para descansar? No todavía.

Resulta que sin haberlo planificado de esa forma, Oscar terminó replicando la historia del clan Urtasún aunque esta vez con él como patriarca. Junto a Teresa hoy están a cargo de Rodrigo y Jonathan, sus nietos de nueve y once años a los que crían como hijos propios.

Pasó que Marco, su primer hijo sanguíneo, desde los '90 se acercó al mundo de las drogas y la delincuencia y no pudo salir de ahí. Eso lo llevó a la cárcel en repetidas ocasiones y lo tiene actualmente cumpliendo condena. A la esposa de él también se la llevó la droga. Murió hace cuatro años por culpa del consumo por lo que tuvieron que asumir la responsabilidad y custodia de ambos niños.

Las tareas del hogar se las dividen, mientras Teresa se preocupa del orden y de que a los niños no les falte nada, Oscar se luce en la cocina y sale a trabajar reparando puertas y colocando ventanas. Reconoce que está cansado pero la vida insiste con darle grandes responsabilidades y ante eso asume contento diciendo que no puede flaquear.

### ***No puedo dejar de odiar***

*¿Si alguna vez hice terapia? Nunca. Y bueno, de que me ha tocado llorar en los rincones y a solas, me ha tocado. Las cosas feas me gusta asumirlas solo. Los que me rodean ya saben que esta pena es mía y me ha tocado compartirla sin querer en algunos momentos de crisis.*



*Soy muy débil en la parte afectiva, el tema del Flaco todavía me duele mucho. Y es en esos momentos cuando estallo y me pongo a romper cosas. Pero se me pasa... Sólo que a veces necesito desahogarme.*

*Cada vez que estoy muy caído vienen mis hermanas, mi mujer y también los chicos a levantarme el ánimo. Pero esos son algunos días que me caigo anímicamente, pero en realidad mi propuesta es de alegría, no de tristeza. Los Familiares de repente nos escondemos y nos ponemos tristes, pero no somos tristes. ¡Somos personas alegres!*

*La dictadura como propuesta fue derrotada hace algunas décadas. Entonces en la medida que la sociedad vaya tomando más conciencia y compromiso y se deje de joder con la personalidad del consumo y de la envidia, iremos siendo cada vez más maduros con respecto a nuestros derechos. ¡Todos tienen que conocer sus derechos! Es una obligación. Y cuando hablo de derechos hablo también de límites sociales y morales para con el otro.*

*Cuando eso pase las cosas cambiarán. Por mientras hay que continuar la lucha por la justicia y la verdad. No sólo por los miles que desaparecieron sino que por todos nosotros. El miedo ayuda al sistema represivo. Y todos tenemos miedo en algún minuto. Yo tengo miedo de querer, así como tengo miedo de odiar.*

*¡Y es que no puedo dejar de odiar! Siento mucho odio. Quiero en vida, pero desde la desaparición del Flaco también odio en vida. Me gustaría que se hiciera justicia. Me gustaría saber la verdad de lo que le pasó a mi hermano. Me gustaría que los gobiernos estuvieran más comprometidos con ese pasado que todos tratan de olvidar. Y ojo que mi odio no implica que yo quiera torturar de vuelta. Ahí tengo muy clara mi formación ética y moral y yo jamás le pegué a nadie en el suelo.*

## CAPÍTULO III

### Chile

*Gabriela Zúñiga Figueroa<sup>5</sup>*

*«La dictadura en Chile duró desde el 11 de septiembre de 1973 al 11 de marzo de 1990 (16 años y 6 meses). Las cifras oficiales hablan de 28.259 víctimas de prisión política y tortura, entre los que se cuentan 2.298 ejecutados y 1.209 desaparecidos»<sup>6</sup>*

---

<sup>5</sup> Entrevistas realizadas entre noviembre y diciembre del 2014 en Santiago, Chile.

<sup>6</sup> Instituto Nacional de Derechos Humanos, y Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, Chile.

*¿Mi estado civil? Casada. Yo soy casada hace más de cuarenta años con un detenido desaparecido. Si yo hubiera declarado muerte presunta, sería viuda. Pero yo no presento la muerte presunta, porque a mí el Álvaro no se me perdió presuntamente. A él lo sacaron de la casa dos personas.*

Gabriela está un poco más arriba del metro cincuenta. De niña se recuerda alta y muy flaca andando en bicicleta con el pelo encima de la cara. Dice que la joroba que carga en la espalda, producto de su desviación en la columna, con el tiempo le quitó centímetros y también le trajo la suerte. Hoy va por los sesenta y dos años y hace cuatro décadas la dictadura chilena se llevó a su marido, Álvaro Barrios Duque, para siempre.

¿Otra víctima de Pinochet? Asegura que no. Que no se la ganaron. Que todavía está parada. Sin ningún peso, con un hijo que se aprovecha de ser el único y una casa en 10 de julio que su papito compró después del golpe, pensando que a la Gabi jamás la encontrarían las fuerzas de inteligencia en esos barrios.

Y es que Gabriela nació en el barrio alto de Santiago en 1953. Capitalina toda su vida, responde entre dudas que su mamá la tuvo en Providencia o Independencia. Lo que no olvida es su casa de infancia: un departamento en pleno Condell con Providencia. Ella era pituca, aunque le cueste admitirlo. De todas formas, explica rápido que la gente de esa época era más sobria. No andaban ostentando autos, televisores ni poder adquisitivo. Antes se hacía con sobriedad o era mal visto.

Fue esa misma distinción social la que la llevó en su infancia a esquiar en Portillo o a practicar un tiempo equitación. Fue también, la que le permitió a su padre llevarla al extranjero con urgencia para operarle el brazo cuando apenas tenía unos meses de nacida. Resulta que un día mientras su madre la amamantaba en la cocina, la Gabi pateó la tetera en un remezón. El metal ardiendo junto al agua recién hervida le cayó sobre el brazo derecho, quemándola gravemente.

Del dolor físico ningún recuerdo. Asegura que se le debe haber ido al inconsciente. Sin embargo, la herida es evidente cada vez que se mira el brazo.

*Lo encuentro espantoso y fue un trauma hasta los quince años. Cuando niña no tuve noción de tener un brazo distinto, creció conmigo y era mío. Después me doy cuenta que tengo un brazo que es feo, que me jode la vida. O sea, la pre adolescencia y adolescencia fue muy compleja porque el brazo es feo. Con el tiempo lo asumo. Es mi brazo de goma, mi parte sexy. Los años me permitieron agarrar mis defectos físicos y voltearlos.*

Y es que era eso o echarse a morir. Cuando niña reconoce que menospreció su cuerpo durante años, razón por la que cree que le rechazaron el pasaporte en su primera ida a Estados Unidos. El pelo largo y lacio sólo dejaba ver su nariz en la foto. No es que fuera tímida. Hablaba, escribía y discutía con sus pares, pero físicamente nunca estuvo segura de sí misma hasta la universidad. Quizás porque todas las otras niñas, al menos en su infancia, se veían distintas a ella.

### **Las medias prohibidas**

Se educó en el Liceo 7, el emblemático que en esa época tenía dos cursos más arriba a la cantautora chilena Charo Cofré, y un par de años más abajo a la entonces futura reina de belleza, Raquel Argandoña. Eran los tiempos de una educación gratuita y de calidad donde los pitucos asistían a colegios públicos, recuerda Gabriela.

Ahí estuvo hasta el sexto de humanidades. Rodeada de pequeñas señoritas rubias, tetonas desde chicas y bien educaditas, dice. De esas con la pierna cruzada sobre la otra en clases y con medias que en ese tiempo eran portaligas. ¿Si ella usaba? Jamás. Su papá le tenía prohibido ponerse semejante prenda hasta que fuese más grande.

Fue así que la Gabi creció alta, plana, muy flaca y usando soquetes. Tan flaca que cuando cruzaba una pierna sobre la otra, no dejaba ninguna marca. Mientras todas sus compañeras andaban con círculos rosados en las rodillas, ella nada, parecía que ni sus huesos pesaran. Y es ahí donde brota uno de los pocos recuerdos lindos que tiene de su infancia sobre su

madre: un día le compró medias a escondidas. La única condición era que saliera y llegara a la casa con soquetes. Su papá no podía darse cuenta, por lo que la Gabi se acostumbró a pasar por un cuarto del edificio donde se cambiaba de ropa rápidamente al salir y al volver.

*En el colegio era nerd. Entre nerd y audaz, recuerdo que yo me amarraba el delantal al cuello como una capa. “Señorita Zúñiga pónganse el delantal”. En ninguna parte dice que yo tengo que meter las mangas. Está puesto, está puesto. Hincha pelotas, pero resulta que era la mejor alumna de letras y la mejor de los concursos de poesía de todos los colegios de Ñuñoa, Providencia y Las Condes.*

Eso sí, pésima en matemáticas, química y física. Lo humanista siempre fue lo suyo y estuvo metida en cuanto concurso y acto pudo. Salió la mejor alumna de la generación, recibió premios y hasta leyó el discurso de despedida de los sextos de humanidades de ese año. Sin embargo, reconoce que no hizo ninguna amiga. De nombre sólo recuerda a la Rosita Peralta, una gorda que fue cercana y que la mamá las llevaba en su escarabajo al colegio. De ella nunca más supo. Nunca más volvió a ver ni a juntarse con sus compañeras del liceo. Hoy ni siquiera le importa.

### **El más alto de Santiago**

Providencia era su patio hasta que llegó el golpe. Los domingos eran días de empanadas en El Oriente de la Plaza Italia, y los helados se compraban en La Foca de Manuel Montt. Con sus amigos subían al Racamalac, hoy conocido por ser “el puente de los enamorados”, a tirarle escupos a los autos que pasaban y a lanzar camotes a los enormes guarenes que deambulaban por la mierda del río Mapocho.

Por las tardes iban al cine Baquedano o al Italia donde pasaban películas para mayores de 21. Escondidos de sus papás, Gabriela con sus amigos del barrio no deben haber tenido más de doce, pero igual lograban entrar a lo que llamaban cine porno. La fantasía contaba por esos años que la gente iba ahí a tener sexo en las salas. Mentira. O al menos ella nunca lo vio. De hecho las películas ni siquiera alcanzaban para cine erótico, asegura.

De todos los recuerdos de niña-adolescente en Providencia, hay uno que era la máxima diversión de la segunda mitad de los años 60. La inauguración de las Torres de Tajamar entre Salvador y Manuel Montt era la novedad del barrio. Gabriela explica que la gente más top vivía ahí y para ellos lo más divertido era subir en el ascensor del edificio más alto de Santiago, y también de Chile en esa época: la Torre A de 28 pisos con vista al Parque Balmaceda.

Lo que hoy ha escuchado que son puros departamentos de prostitutas, en esa época era la adrenalina máxima de las tardes junto a su grupo. Al ser los edificios más distinguidos de la capital, los cuidadores los correteaban a la fuerza para que no causaran disturbios. Pero eso no era todo en la Providencia previa al 11 de septiembre.

*Mira, vecina del barrio era la cantante Cecilia. La fama de lesbiana y curada era de esa época. Por supuesto que nos decían que nosotros no nos apareciéramos por ahí. ¿Qué es lo que hacíamos? Íbamos a rondarle el departamento (ríe). Nunca vimos nada. Pero era un barrio bastante particular. Por ejemplo, la hija de la almacenera pololeaba con Juan Carlos, un artista famoso que cantaba el “soy tan hermoso ya lo sé”. La verdad es que era bien feo en todo caso.*

Todos andaban pendiente de los personajes “famosos” del barrio. Y es que salían en la revista *Ritmo*, entonces llamaban la atención. De ídolos nada eso sí, explica Gabriela, porque los pitucos nunca han mirado bien esas cosas del fanatismo. De esa forma fue creciendo en el barrio moderno de su época. A diferencia de sus vecinos, los domingos no eran de misa, sino que papito le enseñaba a andar en bicicleta corriendo detrás de ella mientras le afirmaba el asiento. Con los meses no necesitó más a su mentor de la bici, y unos años más tarde tampoco a la figura idealizada de su padre.

### **Papito el intelectual**

Cuando nació, a Gabriela le pusieron así por la Gabriela Mistral y de segundo nombre Violeta por la Violeta Parra. Si bien su papá le decía que el segundo era en honor a su

madre, en el fondo siempre fue por la artista. Con los años incluso supo que si hubiera sido hombre, se llamaría Pablo por Pablo Neruda. Su padre ya lo tenía todo pensado.

Él tenía alrededor de cuarenta años y su mamá cerca de veinte cuando ella nació. Con un buen pasar económico, el hombre era su ídolo máximo. Confiesa que era papona a morir. No así con su mamá. Con él aprendió a elevar volantines, jugó a los tres hoyitos y también a la rayuela. Con él agarró el gusto por la lectura, supo apreciar la ópera y el ballet. Con él aprendió también a discutir sobre literatura y llevar una vida más intelectual.

Por esto no era extraño que él fuera su apoderado en el colegio y el que ponía las reglas: no medias, no maquillaje. De hecho, fue él quien la instruyó en la menstruación cuando la enfrentó por primera vez. Su mamá era de las que avalaba la teoría que las mujeres podían enfermarse de locura si se lavaban el pelo durante “sus días”. Su papá fue más claro. “Si tú no menstruaras estarías enferma, por lo tanto, no se llama enfermedad, sino que menstruación”.

Pero junto a eso venía el mensaje que Gabriela recuerda como siniestro. “Cuando usted menstrúe, usted se baña una, dos, hasta tres veces si es necesario, no vaya a ser que le salga olor”. Y ese fue el consejo que siguió. Hoy reconoce que quizás por no hacerle caso a su madre se volvió loca, pero para ella su papá lo era todo, su mamá casi no contaba. En esa época ojalá todos hubieran sabido quién era su papito.

El hombre pertenecía a la brigada de artistas e intelectuales de izquierda filo-comunista. A la casa llegaban todos los días El Mercurio y El Siglo, periódicos que su papá leía completos. A la hora de almuerzo y cena hablaba en francés, igual que cada vez que la retaba. Mucho libro, mucha lectura, mucho ballet, mucho debate, mucho de todas esas cosas. Por eso desde chica a la Gabi le gustó leer. Recuerda que los reconocimientos amorosos de papá tenían que ver con sus capacidades intelectuales; cuánto más ella sabía, más papi la quería.

Como lo amaba profundamente, trataba de saber mucho y de sostener conversaciones sobre literatura, filosofía y arte con él. Reconoce, sin embargo, que con los años se empezó a dar cuenta que su padre fue un hijo de puta en realidad.

*Yo creo que mi padre odiaba a las mujeres en general y con eso me incluyo. Al quemarme accidentalmente el brazo con la tetera, me da la impresión que eso incidió posteriormente en la relación de él con mi mamá. Creo que mi padre la culpó por el descuido y su influencia también repercutió en mi relación con ella. Ellos nunca durmieron juntos en la misma pieza. En casa nunca se escuchó un grito. Sí discusiones. Sin embargo las cátedras de papá terminaban con mi mamá diciéndole fuerte: “Cállate viejo hueón”.*

Varios años después, ya en los '80, su papá vendió todo lo que tenía bajo la lógica de protegerla de los organismos de inteligencia. Se compró una casa en un barrio devaluado en calle 10 de Julio, entre Arturo Prat y San Diego. Una construcción sin la revisión de ningún arquitecto, de pasillos largos sin ventanas y con dormitorios tan pequeños como si los residentes fueran a ser puros recién nacidos. Nadie iba a creer que la Gabriela pudiera vivir ahí, en esos barrios donde habían borrachos tirados en las calles.

Desgraciadamente para su madre el cambio fue muy drástico. Cambió los pastos verdes a las faldas del cerro San Cristóbal por cuadras grises de viviendas pegadas y mal olientes. A ella casi se le cayó el pelo cuando vio la casa por primera vez. Jamás le contó a nadie.

Con nostalgia, Gabriela recuerda que el golpe los fue matando a todos emocionalmente. La dictadura quebró a su padre, la nueva casa sepultó a su madre, y a ella le robaron a su compañero y esposo.

### **La futura Simón de Beauvoir de América Latina**

Había empezado la década de los '70 y en el mundo se criticaba fuertemente la Guerra de Vietnam mientras los hippies se esparcían por Estados Unidos. Inspirada por el contexto, Gabi salió del colegio y decidió entrar de inmediato a Filosofía en la Universidad de Chile por más que papito insistiera con Derecho, una carrera que siempre ha dado dinero y estatus social.



Luego de convencerlo, tuvo que aceptar que la acompañara el primer día de clases. Él iba a darle el visto bueno a los compañeros con los que se iba a poder juntar y, por supuesto, con los que no. A los pocos meses esa prohibición quedó en el olvido, porque en la universidad ella era prácticamente una *rockstar*. Había encontrado su lugar y de ahí nadie la sacaba. Desde hace unos años ya había empezado a divorciarse emocionalmente de papito. Ahora se las podía sola.

Y es que asegura que por esos años el eslogan era de conocimiento general: en filosofía estaban las feas pero inteligentes, mientras que en párvulo estudiaban las bonitas pero tontas. Con su amplio repertorio de lecturas y una formación bastante privilegiada, sus aspiraciones eran transformarse en la próxima Simón de Beauvoir de Latinoamérica. Lo que ante sus compañeros, parecía resultar.

Todos los que entraban a la carrera llegaban engrupiendo sobre filosofía y discutían los textos de Kant en los pasillos. Sin embargo Gabi estaba sobre el promedio. Tanto así que además de saberse los manuscritos económicos de Marx y la declaración de La Habana completa, se encerró unos días en el escritorio de su papá con una luz cenital y se aprendió *El Ente y la Esencia* de Santo Tomás de Aquino en latín. Sí, en latín. Era una época en que se creía hartito el cuento, recuerda. Lo que también le trajo otros beneficios.

*Pasé de una adolescencia oscura, de pocos pinches y pocos novios, a ser la bomba sexy de la Facultad de Filosofía. Piensa que además de ser la mejor del curso en varios ramos, era militante de la Juventud Socialista y además tenía un programa de radio. Entonces ahí empecé a tener admiradores. Íbamos a Los Cisnes al frente del pedagógico a tomar café y a discutir. Fue ahí que descubrí que podía tener novios, y dentro de ellos estaba el Álvaro que partió siendo del montón.*

Gabriela ni se acuerda la razón por la que empezó a militar en la Juventud Socialista (JS), pero sabe que fue durante sus últimos años de humanidades en el colegio. Como su padre era filo comunista, hoy asegura que puede haber sido para que a él le doliera la decisión. Gracias a su militancia llegó a hacer Bandera Roja, un programa dedicado a la JS en la

Radio Corporación, en esa época uno de los medios estatales que existían con Salvador Allende de presidente.

Entonces entrar con ese curriculum a la universidad, más su personalidad extrovertida que fue desarrollando cada vez más, la hizo ser un poco estrella dentro de sus pares. Eso sí no era de fiestas. Sus reuniones sociales eran en grupos para conversar y decidir sus acciones frente a los problemas universitarios y también del país. Nunca fueron de bailes. De hecho no recuerda haber bailado con Álvaro. Ellos eran jóvenes serios y revolucionarios por lo que el reventón no iba con su estilo.

### **El hombre del estilo Che Guevara**

Los años de Gabriela como una joven de apariencia tímida y poco atractiva habían quedado junto a los recuerdos del Liceo 7. La universidad despertó en ella el coqueteo y la libertad de dejarse querer por varios a la vez. No es que fuera promiscua, no al menos en esta etapa de su vida, pero no le faltaban hombres que la siguieran por su inteligencia y arrastre.

Entre los admiradores, sin embargo, estaba el que sería su futuro esposo y compañero hasta 1974 cuando lo desaparecen. Álvaro Barrios era cinco años más grande que ella y estaba cursando pedagogía en inglés en unos edificios más allá de la Facultad de Filosofía dentro de la misma Universidad de Chile. Antes había estudiado dos años de historia, pero la literatura Inglesa era lo que realmente le gustaba.

*El tipo no andaba nada de mal. Yo siento que quizás le faltaba un poco de tamaño porque era bajo. En realidad era como el chileno promedio de esa época, hoy están cada vez más altos. Además que en esos tiempos los gustos tenían mucho que ver con política también. Él cultivaba su pelito largo, se creía Che Guevara. Siempre andaba de parka, jeans y bototos. No, si no andaba nada mal el roto.*

Álvaro también militaba en la Juventud Socialista y ahí se conocieron. Han pasado tantos años por encima que el recuerdo no es claro, Gabi sólo sabe que fue a través de la Brigada Universitaria Socialista (BUS) y que en una de esas reuniones se vieron por primera vez.

Tampoco se acuerda cómo empezaron a salir ni de qué forma empezó la química entre ellos. Lo que sí tiene claro es que después de un tiempo, Álvaro le hizo un ultimátum.

Un día caminando juntos por la Plaza Ñuñoa le dijo que ella tenía dos opciones: o se ponía seria en la relación que estaban teniendo, o lo olvidaba. En ese momento Alvarito, como lo recuerda con cariño, era uno más de sus pretendientes. Sacó cuentas y entre sumas y restas, terminó aceptando. No estaba convencida de amarlo profundamente pero se aventuró a descubrirlo. Y no se equivocó. Dejó a los otros admiradores de lado y empezó el romance oficial. Al poco tiempo empezó a tomárselo cada vez más en serio.

Pocas semanas después ya comenzó a llegar tarde a su casa con lo que se ganó los retos del papá. Como no fue sólo una vez, le tocó algunas noches ver también a su mamá gritándole desde la ventana hacia la calle preguntándole si alguna niña decente andaba a esa hora afuera de su casa. Humillación pública pero ella no respondía, el silencio otorgaba. Ya a los pocos meses no llegó. Hasta que después pasaba prácticamente todos los días donde Álvaro y sólo se iba dos noches a su casa. Su mamá supo del pololeo, el papá no. Ya se había divorciado completamente de él.

### **La casa sin techo**

Cuando Gabriela entró a la universidad, papito le hizo un regalo: una citroneta usada que la acompañó en sus primeros viajes desde la casa en Providencia a la universidad en Ñuñoa. Fue esa misma la que uso cuando por primera vez fue a ver a Álvaro a su casa.

Se acuerda que manejó por Avenida Vivaceta hasta el Hipódromo. Nunca había llegado tan al norte de Santiago, ni menos había estado en la comuna de Conchalí. Cuando reconoció la casa de Álvaro quedó horrorizada por lo fea que era: no habían árboles, había mucha tierra y muchos curados durmiendo en la calle. De hecho, pensó que ni siquiera tenía techo. Dentro de su crianza de burguesita las casas tenían tejados altos y bonitos. Acá eran planos. Hoy se ríe de lo hueona que era en esa época.

Por supuesto que apretó la cara y disimuló lo que más pudo su primera impresión. Después de saludar a Álvaro apareció Sarita, su suegra, a la que recuerda como un alma seráfica. Era

una mujer que vivía en una dimensión desconocida, algo así como un universo paralelo. A eso atribuye que le haya costado cerca de un mes entender que ella era Gabriela Zúñiga y no Gabriela Velasco.

Resulta que antes que Álvaro la presentara, le había contado a su mamá que la Gabi hacía un programa de radio. En esa época Gabriela Velasco, que un par de años más tarde sería la primera mujer en animar el Festival de Viña del Mar, también tenía un programa radial. Nadie se explica cuál fue la asociación que Sarita hizo, pero en su cabeza la pareja de su hijo era casi una estrella del jet set chileno.

Después de su primera visita empezó a pasar cada vez más tiempo allá. No sabe si encajó bien o mal en la familia de Álvaro, sin embargo, había sido elegida por el rey de la casa y su mamá lo amaba incondicionalmente. A pesar que la casa era grande, en esos años él compartía pieza con su hermano chico Germán. No pasaron ni un par de semanas y lo echaron de ahí. Álvaro dormía con la Gabi y cerraban su puerta con candado. De a poco se fueron haciendo su propio espacio en la casa y Sarita los atendía. Era tanto el cariño por su hijo que hasta les cambiaba las sabanas mientras ellos trabajaban.

### **Los “bautizos”**

Los años de Gabi en la universidad se pasaban entre el estudio, la política y el trabajo. El Estado había ofrecido un curso de dos meses para trabajar alfabetizando, y ella con Álvaro lo tomaron. Con los meses se especializaron en educación básica y media para adultos y empezaron a trabajar en un convenio que había firmado la Central Única de Trabajadores (CUT) con el gobierno.

Álvaro hacía clases en Cerrillos a los obreros de Sintrax, una empresa de construcción y minería. A ella le había tocado en una escuela de Vicuña Mackenna con 10 de Julio, en un colegio de monjas que por las tardes impartía clases para adultos. Así se mantuvieron durante el período de la Unidad Popular (UP) y lograron juntar la plata suficiente para vivir juntos donde la Sarita y tener un poco de independencia.

Con el sueldo se pagaron algunos muebles y cosas que aportaban a la casa. Además les permitía autosustentarse económicamente y mantener satisfechas sus necesidades de los veinte años. Por esa época, recuerda Gabriela, tener veinte años era ser todo un adulto. Habían compañeros de la misma edad que ya estaban casados, con hijos y haciendo la revolución. Ellos estudiaban, trabajaban y tiraban como conejos.

Si bien Álvaro no había sido el primero, con él empezó lo que ella denomina su segunda iniciación sexual. Hasta ese momento tirar era una lata, un trámite. Su primera vez no había sido ni agradable ni desagradable y ella no podía creer la importancia que todos le daban al sexo siendo que no era para tanto. Con Álvaro finalmente cambió de opinión.

*Con el nivel de distorsión de 40 años que han pasado, recuerdo que a mí Álvaro me gustaba completo. Física y psicológicamente, yo estaba enamorada hasta las patas. Teníamos una relación muy pegote y hacíamos todo juntos. Además en la cama él tampoco sabía mucho entonces empezamos a descubrir entre los dos. Inventábamos hueas y llegamos a pasarlo muy bien. Siempre fuimos muy cómplices.*

Tenían un sistema para tener sexo cada vez que estaban de visita en alguna casa ajena. La estrategia era conocida por ambos y el plan siempre funcionó a la perfección. Después de compartir y conversar un rato, Álvaro empezaba a decir que se sentía mal y se paraba al baño. Luego de cinco minutos, Gabriela ponía cara de preocupada e iba a buscarlo para saber si “le había pasado algo”. En dos tiempos estaban tirando a la rápida.

De ahí surgieron los “bautizos”, que eran polvos exprés en cada cama nueva que encontrarán. Una vez consumado, el mueble quedaba “bautizado”. Gabi recuerda que ni siquiera era por placer, sino que la adrenalina lo hacía divertido. El temor a que los pudieran pillar los llevó a bautizar las camas de toda su familia y también de un par de amigos.

Desde que empezaron el romance, la relación les dejó poco tiempo para otras personas. Se afiataron tanto que eran de pocos amigos. El Beto y la Tere fueron de esos aunque al

principio costó. Ellos conocían a Álvaro de hace tiempo y fueron los primeros en preguntarle qué estaba haciendo con una hueona burguesa, que por qué la llevaba al barrio y que ella no era para un tipo como él. El Beto fue el mismo que le pasó el dato del hotel bueno, bonito y barato para que llevara a la Gabi en su primera vez. Con el tiempo lograron aceptarla y hoy se ríen de esas anécdotas sin Álvaro.

### **El zueco en la cabeza**

Para llegar a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile en los años '70 había que atravesar todo el campus en línea recta hasta el fondo. En el camino estaba la Facultad de Educación donde estudiaba Álvaro. Por eso, cada vez que Gabriela terminaba sus clases, caminaba hacia la salida y se encontraba con él a medio camino para irse juntos. Era la rutina y siempre lo hicieron así.

Un día, sin embargo, el recorrido de Gabi fue distinto. Por esos mismos años en la universidad estudiaba lo que ella recuerda como una belleza. Un hombre capaz de seducir a cualquiera, de familia extranjera, inteligente, alto y buenmozo. Un bombón. El mismo que todas en la facultad miraban y se volvían locas por él.

Como Gabi también era popular, el bombón la invitó a tomarse un café en Los Cisnes para hablar sobre la vida y los ideales. Sin pensarlo dos veces, aceptó. Total faltaba una hora para que Álvaro saliera de clases y pudieran irse juntos. El encanto del hombre parece que distorsionó el tiempo porque cuando miró su reloj ya habían pasado más de dos horas. *¡Mierda, el Álvaro!*

Se despidió apurada y partió a buscarlo. Él estaba esperando en el lugar de siempre y cuando la vio llegar por el otro lado le preguntó qué le había pasado. Dijo la verdad y empezó la discusión. No es que Álvaro fuera celoso, pero él bombón irritaba a cualquier pololo, explica Gabi.

Se fueron caminando juntos y el tono empezó a subir cada vez más. No sé acuerda de lo que él dijo ni lo que ella respondió, sólo sabe que llegando a la esquina de Macul con Dublé

Almeyda sintió un golpe en la cabeza. Álvaro en su ira le había pegado con su maletín de plástico en la cabeza, lo que además provocó que todas las hojas que llevaba cayeran al pavimento.

Gabriela recuerda que debe haber sido por el año '71 cuando la moda la hacía vestir unos zuecos con suela de madera. Apenas recibió el golpe, no alcanzó a pensarlo cuando ya se había sacado uno de sus zuecos y se lo plantó en la cabeza. Fue tan fuerte el impacto que el zapato se quebró casi completo.

Ahí viene la escena que recuerda como patética: ninguno de los dos dijo nada y siguieron cada uno por su cuenta. Álvaro se agachó atontado a recoger los papeles y se fue por Macul, mientras ella cojeaba por Dublé Almeyda con el zapato roto. ¿Llorando? Ni por si acaso. Cuenta que se puso llorona de vieja, pero en esa época era ruda. Estaba enfurecida y se fue maldiciéndolo hasta su casa.

Ya en la tarde le bajó el arrepentimiento. Agarró sus cosas y partió en auto donde él. Cuando llegó, Sarita le dijo que Álvaro había salido rumbo a Providencia a buscarla. Manejó de vuelta, pero tampoco alcanzó a encontrarlo. Preocupada volvió a Conchalí y le encomendó a su suegra que por favor le dijera a Álvaro que se quedara en la casa, que ella iba a llegar.

En un par de horas volvió. Entró a la casa y Álvaro estaba acostado con fiebre y con la pieza llena de papel higiénico: había llorado toda la tarde arrepentido de lo que había hecho. Apenas se vieron se abrazaron pidiéndose perdón. De ahí se reconciliaron y nunca más volvieron a discutir. Gabriela recuerda que esa fue la única pelea de toda la relación.

### **La novia de beetle y bolso de lana**

Álvaro con Gabriela andaban juntos de arriba para abajo y coincidían en todo. Leían juntos, iban a los trabajos voluntarios, hacían clases, y veían películas checoslovacas en el cine de esa época. Hoy las recuerda como una lata que nadie entendía, pero como eran intelectuales de izquierda en ese tiempo las disfrutaban diciendo que eran buenas.

En sus días libres de invierno se llevaban la olla de sopaipillas pasadas a la cama y se quedaban ahí toda la tarde. Sarita les cocinaba y hasta les lavaba la ropa, ellos disfrutaban. Gabriela cree que con los años se fueron haciendo el uno para el otro, estaban de acuerdo en todo. O bueno, casi todo.

La única discrepancia que tenían era que Álvaro siempre le dijo que él sentía la revolución en la guata, mientras que ella en la cabeza. Como él venía de la clase obrera lo sentía distinto a ella, que de clase burguesa había llegado ahí por los libros y la educación.

Si bien en política estaban de acuerdo prácticamente en todo, ella no quiso irse al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) cuando él lo decidió. Él decía que Allende se había transformado en un social demócrata, que era un reformista y que no estaba haciendo la revolución del poder popular. No aceptó tener doble militancia, como varios lo hacían en esa época. Hoy no se arriesga a especular si esa decisión fue su posterior condena. Quizás como socialista hubiera sido igual.

De fechas y tiempos exactos no se acuerda, sólo sabe que llegó un punto de la relación en que ella le preguntó a Álvaro que por qué no se casaban. No es que haya sentido que “estaba lista para dar el siguiente paso”, asegura que en su relación no se puede aplicar ningún canon tradicional. Él le respondió que estaban bien así, que no había ninguna diferencia al matrimonio y ella lo entendió perfecto.

Tan bien, que tiempo después fue él el que le preguntó y esta vez ella respondió de la misma forma. Su relación siguió como siempre, jamás fue una propuesta formal por ninguna de las dos partes.

Pasaron un par de meses y un día lunes fueron juntos a hacer unos trámites al registro civil de calle Huérfanos en el centro de Santiago. “Oye Gabi, ¿y si pedimos una hora para casarnos? ¿Tú le das importancia al matrimonio?” *No*. “Yo tampoco”. *Bueno, pidamos una hora entonces*. Y así lo hicieron. Fue tan rápida la decisión como la fecha asignada: se casaban el miércoles, tenían dos días más de soltería.



El plan era hacerlo a escondidas. Los testigos los conseguirían ese mismo día temprano a las afueras del registro civil pagándoles cinco mil pesos a dos desconocidos que pudieran hacerles el favor. Su relación era tan absorbente que no querían involucrar a nadie en el asunto, sólo ellos dos.

Como buena novia se fue a dormir a la casa de sus papás. Al llegar le contó sin rodeos a su mamá que en dos días se casaba. Casi le dio un ataque y exigió de inmediato estar en el matrimonio. Que era su única hija, que no podía no estar, que mala suerte pero ella iba a ir igual.

El secreto se había revelado así que fue donde Álvaro a contarle. “¡Chucha, voy a tener que decirle a mi mamá ahora!”. En ese momento pensaron que ambas se conocerían en algún futuro cercano y que Violeta le contaría a Sarita que estuvo en el matrimonio, y que la otra moriría de pena por no haberse enterado. *Putá ya, llamemos a tu mamá. Sarita nos casamos mañana, no le puedes decir a nadie.* Le costó varios minutos reaccionar pero lo aceptó.

Ese frío día de julio su mamá la despertó a las siete de la mañana. Gabriela nunca ha sido buena para madrugar y ese día después de mirar por su ventana se rehusó a levantarse. Era pleno invierno y no podía ni ver el Cerro San Cristóbal que estaba al frente por culpa de la neblina. Fue ahí que su mamá susurrando le recordó que se casaba. Su papá no sabía así que había que salir rápido y sin levantar sospechas.

El matrimonio estuvo exento de cualquier tipo de lujo y preparación. Ella se puso un beetle, un refajo blanco de lana de Chiloé, unas medias café, sus zapatos burdeos, el abrigo de cuero que le había regalado su papá y un bolsito de lana con sus documentos. Él por su parte andaba de parka, jeans y bototos, como siempre. Salvo que al llegar le contó que había lustrado sus zapatos.

Y ahí estaban, Álvaro, Gabriela, Sarita y Violeta esperando la señal del notario para entrar al matrimonio. Cuando les avisaron que estaban listos para entrar, la mamá de Gabi salió con la sorpresa. En esa época tenía un novio patas negras y puertas afuera y se le había

ocurrido invitarlo a la ceremonia. Los enamorados se querían matar, su plan de casarse en secreto era cada vez más concurrido.

El tipo llegó finalmente corriendo y terminó siendo su testigo de bodas. Él mismo había contratado un desayuno en el Hotel Carrera para celebrar como familia después del evento. Por supuesto que Álvaro y Gabriela se negaron rotundamente y partieron a celebrar por su cuenta.

Durante la ceremonia una persona del registro civil les había tomado fotografías que después se las trató de vender. Tampoco quisieron, aunque una semana después Álvaro partió en busca de algunas. Sarita quería un testimonio gráfico de que el matrimonio era legal y Violeta exigía una prueba de que su hija no estaba “juntada” sino que se había casado y vivía con su marido. Hoy esas fotos están perdidas.

*Así me casé. Sin argolla ni preparación ni nada, de un día para otro. Cuando terminó la ceremonia me acuerdo que mi mamá le dice a mi suegra que no había duda que íbamos a ser muy felices porque los dos éramos igual de raros. Después del matrimonio nada cambió mucho. Nunca le tomamos mayor importancia al estar casados, era lo mismo que cuando estábamos de pololos.*

### **El préstamo de calzones**

Si bien a Gabriela le gustaba todo de su compañero, hay una imagen que siempre le mató las pasiones. Estaban en una convocatoria política del MIR en el Teatro Cariola. Todos los militantes estaban sentados en el podio y los hombres se sentaron como caballeros con una pierna por sobre la otra. Sin que fuera moda, a la gran mayoría se les asomaba el calzoncillo largo por debajo del calcetín.

Nunca fue algo terrible, pero se acuerda que en el momento lo encontró fatal. Todos los miristas con discursos políticos potentes y pensando el futuro del país con el calzoncillo largo asomado por debajo del jeans. Ridículo. Y bueno, Álvaro nunca fue tan preocupado del estilo que llevaba. Aunque habían límites.

Una vez tenía que salir rápido de la casa y no le quedaba ropa interior que ponerse. Ni calzoncillos largos ni slip. No quería andar a lo “gringo” y Gabi le dio la solución. *Usa unos míos po’ hueón, ¿cuál es el problema?* Entre su apuro y la buena idea, se los puso. Total entre parejas esas cosas pasan.

A los diez minutos vuelve acoplejado. “No Gabi, no puedo”. Desde que salió de la casa se fue imaginando posibles situaciones que lo dejarían en ridículo. Pensó que si lo atropellaban, por ejemplo, el diario El Clarín lo pondría en portada y con un titular como: “La muerte del joven travesti universitario de Conchalí”. Se rayó tanto con la idea de que lo iban a pillar usando calzones de mujer que se los sacó y prefirió usar unos calzoncillos sucios.

En paralelo a la relación tenían el trabajo alfabetizando, los proyectos culturales y políticos, y además ambos seguían con la universidad. De esa forma, Gabriela consiguió hacer la ayudantía del curso de filosofía medieval de Humberto Giannini donde siempre sacó las máximas calificaciones. Y también preparar el seminario de Marxismo y Fe Cristiana junto al cura Pablo Fontaine que dictarían durante el segundo semestre de 1973. Sin embargo, el seminario jamás lograron hacerlo. Llegó el golpe y todo ese mundo se fue a la mierda.

### **Los días previos**

Una o dos semanas antes del 11 de septiembre Gabriela recuerda que Santiago ya era un caos. Probablemente en regiones era lo mismo, pero ella lo vivió en la capital. No habían micros y estaba todo cerrado. *Estaba la zorra*. Paro de camioneros en todo Chile, paro, paro y más paros. Había que caminar cuadras para llegar a los lugares y ya en las últimas semanas había muchos rumores sobre el gobierno y los militares.

No es que antes de septiembre del ‘73 estuviera todo tranquilo, pero ya en los últimos días todo se intensificó. Se corría la voz que el presidente Allende convocaría un plebiscito para saber si seguiría a la cabeza del país o se iría. Con Álvaro y los del MIR comentaban que probablemente el 19 de septiembre las Fuerzas Armadas no se presentarían a la parada militar de todos los años, y que por ahí podría quedar la cagada.

En uno de esos días previos, Gabriela estaba haciendo dedo hacia alguna parte en un paradero del centro. Como no habían micros, no era la única. Se detuvo un auto y se subieron todos los que cabían. Una vez adentro, Gabi reconoció al conductor. Era Daniel Vergara, el subsecretario del Ministerio del Interior. Cuando se bajó el resto de los pasajeros y quedaron a solas, lo interpelló.

Le dice compañero, porque en esos tiempos lo ocupaba con todo el mundo. Hoy reconoce que si la llaman así no responde, no es la época. *¿Cómo anda solo sin escoltas del gobierno?* Para él no pasaba nada y jamás olvidó su respuesta. Le contó algo como que de cuarenta generales del ejército, la mayoría se declaraba constitucionalista mientras que los menos estaban a favor del golpe, así que no había de qué preocuparse.

Para ella el escenario no era tan amable como él lo planteaba. Allende había tratado de calmar las aguas metiendo personajes de las Fuerzas Armadas a los gabinetes del gobierno después del tanquetazo. Y el ambiente en Santiago, en la universidad y con sus compañeros militantes y del MIR se fue poniendo cada vez más tenso.

En esas últimas semanas previas, en el barrio de Conchalí habían logrado conformar una Junta de Abastecimiento y Precios con los vecinos, que sin embargo desató una pelea brutal que terminó con un silletazo que le partió la cabeza a Álvaro. Con el ambiente político de esas fechas ya sabían que no podían llevarlo a la posta, por lo que uno de sus amigos que estudiaba odontología terminó cociéndole la cabeza mientras él mordía un pañuelo y le estrujaba la mano a Gabi. Ellos intuían que algo iba a pasar, sin embargo, jamás imaginaron lo brutal que iba a ser ese futuro.

### **A defender el gobierno popular**

El martes 11 de septiembre de 1973 Gabriela llegó a las ocho de la mañana a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. A esa hora era un día como cualquier otro, aunque el ambiente recuerda que estaba cada vez más radicalizado. Al interior de la institución habían diferentes posturas políticas enfrentándose en discusiones, entre ellas la Confederación

Democrática (CODE) que reunía a los partidos opositores al gobierno de Allende incluida la Democracia Cristiana (DC).

Los del Frente Anarquista Insurreccional (FAI) tampoco apoyaban el gobierno de la Unidad Popular de Allende y ese día los ayudantes del FAI hicieron clases normales como hasta las diez de la mañana. La información era poco clara y lo primero que escucharon es que habían movimientos de tropas en Valparaíso. Ese día, Álvaro no fue a la universidad porque tenía unos trámites que hacer.

En esa época al lado del pedagógico estaba el comando logístico de las Fuerzas Armadas. Gabriela recuerda que vieron como salieron desde ahí varios militares a la calle con un pañuelo naranja. Hasta el día de hoy no sabe decodificar el mensaje. No supo si estaban a favor o en contra de Allende. Apenas llegó el rumor de los bombardeos a La Moneda se armaron asambleas en los patios de la universidad.

*Han pasado 40 años de historia desde ese día, pero voy a tratar de ser lo más fidedigna con mi relato. Cuando supimos del golpe, uno de los compañeros dijo que quemáramos los documentos de militancia en tachos de basura y eso hicimos. Intuíamos que el golpe iba a dejar la cagada, claro que no a ese nivel.*

*Otro decía que si llegaban los milicos a buscarnos teníamos que defender la universidad a como diera lugar. Ahí se dio el debate si había que defenderla o no, porque algunos decían que era la cuna de la burguesía. Había mil discusiones por minuto y todos estábamos efervescentes y extasiados. El golpe de Estado ya era una realidad. Difusa hasta ese minuto, pero estaba pasando.*

En un momento uno de los jóvenes impuso su voz ante el resto y alentó a todos diciendo que ellos tenían que estar de lado de los trabajadores y defender el gobierno popular. “El que quiera defender el cordón Macul, para allá nos vamos”. Ahí Gabriela ni siquiera lo dudó y salió con un lote grande de estudiantes de la universidad.

Se fueron por la calle caminando. Iban abrazados, gritando arengas y con la adrenalina al máximo. Llegaron hasta una fábrica de textiles y entraron esperando unir fuerza con los obreros, sin embargo, adentro de la industria no había nadie. La CUT había hecho un llamado a que los trabajadores se fueran a sus casas. No les importó, ellos iban a defender el gobierno hasta las últimas consecuencias.

Pasó un largo rato. No tenían novedad de lo que estaba pasando. No tenían radio y la información que recibían llegaba sólo a partir de rumores. Gabi recuerda que no sabían lo que estaban esperando, sólo unían fuerzas. Como a las dos de la tarde, una señora se apareció por el otro lado de la reja en una bicicleta y les preguntó si sabían dónde estaban metidos. Les contó que estaban a dos cuadras de la Escuela de Suboficiales de Carabineros y los advirtió que tuvieran cuidado porque unos tanques iban en dirección a la fábrica. Luego de eso, se fue.

Ante la noticia no retrocedieron, sino que se produjo el efecto contrario. Estaban enardecidos y en sus cabezas ya estaban dispuestos a dar la pelea. Gabriela recuerda convencida que en ese momento -a sus veinte años- si le hubieran pasado un arma no habría dudado en disparar. Hasta el día de hoy no tiene idea cómo ya que no sabe, pero cuenta que estaba dispuesta. De hecho, estaban esperando que llegaran las armas para defender al gobierno de la Unidad Popular.

*Estábamos gritando cuando a los lejos vemos a un muchacho corriendo. Tengo la imagen grabada que venía con chaqueta abierta y una pistola en la mano gritando que había que defender a Allende. Yo estaba exaltada y en ese momento estaba entregada a todo. Hasta que preguntamos, ¿dónde están las armas?.... No habían. Nunca hubo armas. No había con qué pelear contra las fuerzas golpistas.*

Fue entonces que decidieron salir rápido. No era tan fácil, pues alguien había cerrado con candado y las llaves estaban perdidas entre las arengas de los jóvenes. Junto a su grupo más cercano saltaron la reja y los más delgados, como Gabi, pasaron por entremedio. Ahí le viene un recuerdo amargo: había una chica embarazada que no pasaba y tampoco podía

saltar. No sabe lo que pasó con ella. Sólo sabe que corrió con los suyos y emprendieron rumbo a Vitacura, en el barrio alto, a la casa de una compañera diplomática que podría refugiarlos en caso de peligro.

### **La fantasía del tiempo**

Le cuesta acordarse de todos los nombres y caras, pero ese 11 de septiembre llegaron como quince personas a Vitacura, entre ellos varios extranjeros. Después de caminar por varias horas y tratar de hacer dedo, llegaron a la casa de su compañera hija de diplomáticos bolivianos como a las cinco de la tarde. Creían que estando en el barrio alto no tendrían problemas, que las fuerzas militares no los buscarían ahí.

En el camino comprobaron que el golpe era real. Estaban cortando las calles y había empezado el toque de queda. No pasaban las micros y los militares se paseaban arriba de camionetas por Santiago. En la casa no tenían cómo comunicarse con otros, pero al menos pudieron ver la televisión.

Gabriela no recuerda a Augusto Pinochet en esa imagen, pero sí al comandante en jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, cuando dijo mirando a la cámara que iban a extirpar el cáncer marxista del país. Eso la impactó. Fue tal la repulsión de lo que estaba viendo que no contuvo los garabatos junto a sus compañeros contra el televisor.

*En ese momento no había nada claro. No sabíamos si las cosas que decían en la televisión eran verdad o mentira. Dudábamos de la muerte de Allende. Ahorrábamos pilas para prender una radio donde decían que desde Mendoza venía una parte del ejército que apoyaba a la Unidad Popular a combatir. Era la cagada. No puedo explicar el nivel de distorsión de la realidad e incertidumbre que vivimos ese día.*

Varias décadas más tarde, por ahí por los años '90, a Gabriela le toca enfrentar una de las tantas nebulosas a las que la vida la ha sometido después del golpe. Como miembro de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD) la invitaron desde Bélgica a un congreso llamado Voces de Mujer, y aceptó.

Allá la recibió y alojó un historiador junto a su esposa enfermera, ambos chilenos asilados en el país europeo. Dentro de esos días que estuvo allá, una tarde comenzaron lo que Gabriela define como la típica conversación de su generación involucrada con la dictadura: qué estabas haciendo para cuando fue el golpe. Cuando sacó la fotografía de su marido, al hombre le cambió la cara y preguntó si se trataba de un tal Álvaro.

Habían sido compañeros de la universidad cuando estudiaban historia, antes que Álvaro se cambiara a pedagogía en inglés. El hombre siempre creyó que ese nombre era falso y lo utilizaba como chapa para su vinculación política. Cuando supo que estaba desaparecido quedó consternado. No podía creerlo. Pero esa no era la única coincidencia que el destino les había preparado.

La conversación siguió y comenzaron a relatar sus experiencias del 11 de septiembre. Resulta que la esposa del historiador –que hoy Gabriela no recuerda ni cómo se llama– había sido parte del lote de jóvenes que fueron a la fábrica del cordón Macul y luego a la casa en Vitacura. Sin embargo, ninguna se acordaba de la otra. Al principio pensaron que era broma, pero luego empezaron a comparar vivencias, lugares y peripecias. Describieron juntas la casa en detalle, además de situaciones como la escasez de cigarrillos y coincidieron en todo. Ninguna se reconoció, pero la experiencia las juntó en esa nebulosa que define como surrealista. Claro que no fue la única en su vida.

### **La imposición de la falda**

En Vitacura se quedaron la noche del once, y Gabriela no sé acuerda si también la del doce. La Junta Militar ya se había tomado el poder por la fuerza y habían impuesto el toque de queda. Aún no sabía nada de Álvaro y estaba preocupada.

Se fue a la casa de sus padres en Providencia y apenas entró su mamá la obligó a botar todo lo que tuviera de color rojo. Ese fue su criterio de selección. Nada que pudiera vincularla al marxismo quedó en esa casa. No sé acuerda cómo pero logró comunicarse con Álvaro. Estaba bien y quedaron de juntarse por esos barrios.



Habían pasado dos días sin saber nada del otro. Ahí se enteró que el 11 de septiembre Álvaro caminó buscándola hasta que se le rompieron los pies. Con el apuro, había salido de su casa con bototos y no había alcanzado a ponerse calcetines, por lo que el roce junto al calor lo dejaron lleno de ampollas. Preguntó en la universidad y preguntó a sus compañeros, pero nadie sabía nada de ella.

Nuevamente juntos tuvieron que empezar a digerir la llegada de la dictadura. La fantasía de pelear como guerrilleros jamás se les cruzó por la cabeza, pero mantenían sus convicciones claras. Una amiga de Gabriela le avisó que cerraría su librería que tenía en el drugstore de calle Lyon, por si querían ir a buscar libros. Partieron y sacaron la obra completa de Lenin.

Hoy se asombra de la arriesgada maniobra. Los militares hacían controles de identidad por todo Santiago y ellos iban con los “libros prohibidos” caminando por Providencia y después en micro hacia Conchalí. No había conciencia del Estado genocida que se avecinaba.

Como una semana después, reabrieron el pedagógico. Nadie sabía si las clases continuaban. Gabriela era amiga de Eliana Dovere, una docente de la Facultad de Filosofía de la época, y juntas partieron rumbo a la universidad a ver en qué condiciones estaba. El lugar era resguardado por militares y cuando las vieron, las pararon en la puerta y fueron categóricos: “Las mujeres que entran al pedagógico usan falda, el pantalón es para los hombres”.

El conservadurismo se había instalado junto a la dictadura. En la calle agarraban a los hombres de pelo largo y se los cortaban ahí mismo. Después de la negativa para entrar a la universidad se devolvieron a calle Irarrázaval a comprarse una falda en las tiendas turcas de ese entonces. Vestidas “de señoritas” fue que pudieron ingresar a la Universidad de Chile después del golpe.

Adentro era un desierto. Muy pocas personas habían vuelto, aunque las clases continuaban. No duró mucho. En las semanas siguientes ya tenían las listas de todas las personas que

iban a echar de la universidad, junto a las que también iban a detener. Por supuesto que sus nombres estaban ahí.

*Me echaron como echaron a la manga completa de jóvenes con opinión política a favor del gobierno de la Unidad Popular. No podíamos volver. Fuimos una universidad diezmada por la dictadura. El golpe de Estado fue de a poco dejándonos sin compañeros, cerrando nuestras carreras y echando a todo el mundo. Fue del terror.*

### **La siniestra ley de fuga**

Desde el 11 de septiembre la vida de Gabriela entra en una fase que podría describir como una película de horror que se fue mostrando paulatinamente. Los habían echado de la universidad, por supuesto que el trabajo como profesores se había terminado, y de sus conocidos cada vez tenían peores noticias.

Recuerda que de una semana a otra eran tres las posibles respuestas cuando preguntaban por el paradero de algún compañero de la universidad o conocido de sus militancias.

La primera era que habían sido tomados por las fuerzas militares y se encontraban en diferentes cárceles o centros de detención de Santiago. La segunda tenía que ver con la ley de fuga que la junta militar había impuesto. En más de una ocasión les tocó escuchar que la persona por la que preguntaban había muerto por culpa de esa ley.

Con el golpe de Estado, los bandos militares estipularon que cualquier persona sospechosa que fuera detenida podía ser fusilada en el acto si es que intentaba escapar. En otras palabras, las fuerzas armadas y policiales tenían derecho a asesinar sin ninguna orden judicial a quien quisieran bajo el amparo de la ley de fuga. Y así mataron a varios.

La tercera y última respuesta era un poco más alentadora, y era que se habían asilado. Empezaron a escuchar que varios se estaban yendo a Suecia y de hecho no pasó mucho tiempo antes de que se los ofrecieran. Gabriela recuerda que apareció gente de diferentes

partes insistiendo con la oferta del asilo. Les dijeron varias veces que tenían que irse, pero ellos no aceptaron.

*Cuando llegó el golpe, nosotros perdimos todo contacto político. No volví a ver ni a hablar con los de la Juventud Socialista. La cosa es que la gente del MIR no quería irse de Chile porque ellos querían luchar, porque la dictadura se botaba desde adentro. Nosotros dijimos que no, que no nos íbamos a ir. Nunca lo pusimos en duda. No teníamos conciencia del Estado genocida que se estaba desatando. Si yo hubiera sabido que a Álvaro lo iban a desaparecer yo lo hubiera agarrado de las bolas y me lo llevo. Pero no fue así.*

*Dime que fui pava, dime atarantada, que yo era burguesa, lo que quieras. Pero es que yo nunca pensé... o sea, yo sí pensé que podía haber golpe de Estado. Pero creo que muy pocas personas están en el nivel de decir que se imaginaron la brutalidad que traía el golpe. Yo creo que nunca pensamos, al menos al principio, que la gente podía desaparecer. Sí que podían caer presos, pero no desaparecer. Eso no estaba ni siquiera dentro de lo peor que pudiésemos haber imaginado en ese entonces.*

A medida que se fueron enterando de lo brutal que se estaba volviendo la dictadura, empezaron a estar más atentos de lo que pasaba a su alrededor. No tenían miedo recuerda, sólo andaban más pendientes porque eran militantes y a todos los estaban buscando. Empezó el '74 y siguieron viviendo en Conchalí con Sarita y la familia de Álvaro. Sin embargo, a fines de mayo de ese año se enteraron que habían detenido a alguien del barrio. La Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) estaba cerca de ellos y prefirieron no arriesgarse.

### **Escondidos en Lo Zárate**

Uno de los modos en que operaban los órganos de inteligencia de la dictadura eran las barridas por sector. Gabriela y Álvaro sabían que cuando se metían a una casa, después seguían con las que eran aledañas. Cada vez se hacía más evidente la frase de del comandante Leigh sobre eliminar el “cáncer marxista” del país.

Fue entonces que alguien que no recuerda les ofreció una casa en un pueblo cerca de San Antonio, llamado Lo Zárate. En ese tiempo un pueblo chico y perdido antes de llegar a la costa, de camino de tierra y sin electricidad. Les prestaron una cabaña que recuerda cómoda a pesar de tener sólo agua. Se fueron solos y su propósito era esperar que la DINA se fuese del barrio en Conchalí para volver.

Gabriela asegura que estuvieron como máximo dos semanas en el pueblo. Una vez que calcularon las fechas, presumieron que los militares ya habían pasado por su barrio y que podían volver sin peligro a su casa. Sin embargo, existe otra versión de los hechos y que Gabi considera como otra de las nebulosas inexplicables de su vida.

Hace un par de años se reunió con Germán, el hermano chico de Álvaro que vino de Australia para recopilar antecedentes. En esa oportunidad se juntaron también con un primo arquitecto de ellos que bordeaba los setenta años. Gabriela lo recuerda, porque él era parte de la familia más pudiente de Álvaro. Tenían casa con piscina en Ñuñoa por la década del '70 y ellos iban de vez en cuando para allá a capear el calor.

En esa reunión el primo contó que en el verano después del 11 de septiembre, Álvaro se fue a quedar a su casa cerca de un mes. En su versión aseguró que toda la familia se había ido a Maitencillo, mientras él preparaba su examen de arquitectura en Santiago.

Esa sería la razón por la que él recuerda que Álvaro se quedó por tanto tiempo. A Gabriela la historia no le calza en ninguna parte. Después del golpe ella no volvió a separarse de Álvaro por más de dos días, a lo más un fin de semana completo, pero no un mes. Hoy prefiere no enredar su memoria y se abre a la posibilidad que su fantasía sea distinta ya que no tiene cómo comprobarlo.

Y es que en la historia del primo, habría sido en ese mes que Álvaro durante una tarde sostuvo una conversación con él “de hombre a hombre”. Le contó que estaba casado y que sus planes era tener hijos pronto con Gabriela. En esos años ya sabía que ella tenía un

problema en su columna, entonces él le comentó que lo ideal era tener hijos pronto para no complicar más la salud de su mujer y compañera.

Gabi nunca lo supo hasta esa reunión en que quedó descolocada y con un sentimiento de culpa. Ella estaba enamorada como se ama a los veinte años, reconoce, y se imaginaba con hijos junto a Álvaro pero más adelante. Nunca le han gustado los niños y siempre le transmitió su visión de no querer tenerlos. Y él la aceptó, pero nunca le dijo sus intenciones de ampliar la familia. Al menos no directamente.

Uno de los recuerdos lindos que tiene de Álvaro, fue cuando en una ocasión le regaló el Kamasutra antes que fuera intervenido por occidente con la connotación sexual. Adentro le puso una dedicatoria: “Espero que esta semilla caiga en terreno fecundo”, recuerda Gabi. Sin embargo, nunca se le pasó por la cabeza que él hubiera querido ser papá durante esos años.

### **La última salida de Álvaro**

En el año '74 tuvieron que saber adaptarse a los nuevos tiempos. Álvaro ya no usaba el pelo largo y se compraba chaquetas. Había colgado la parka. Todos tuvieron que adecuarse un poco, no había otra. Como habían perdido el trabajo no tenían nada y tuvieron que ingeniárselas para vivir en esos meses.

De esa forma empezaron a juntarse con otras parejas de amigos que estaban en la misma situación. Tenían algunos planes para cambiarse de casa junto a Julio, un amigo de Álvaro, y su polola. Con ellos empezaron a fabricar chalas artesanales para vender y ganarse unos pesos. Al tiempo apareció Juan, otro amigo con su pareja que se hizo bien cercana a Gabi y juntas hacían bikinis. Recuerda que tenían que vivir de algo, como sus planes nunca fueron salir del país tenían que arreglárselas como fuera.

Gabriela recuerda que deben haber vuelto de Lo Zárate a fines de julio, principios de agosto del 74'. Esos fueron los últimos días que iban a estar juntos, porque no alcanzaron a pasar ni dos semanas y se llevaron a Álvaro para siempre.

Antes del golpe los dos habían participado en la creación del Centro Cultural Vivaceta donde trabajaban con gente de izquierda del barrio. En ese proyecto habían conocido a Luz Arce, que era socialista, y a Patricio Álvarez, quien militaba en el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) del MIR. Nunca fueron amigos, pero sí conocidos con los que compartían una causa común.

El jueves 15 de agosto de 1974 era feriado por la asunción de la virgen y Gabriela se fue temprano a Providencia a ver sus papás. Pasado el mediodía, Luz y Patricio golpearon a la puerta de la casa de Álvaro y él les abrió. Había pasado casi un año desde que no los veía, después del golpe habían perdido el contacto.

En ese momento ni Álvaro ni nadie se dio cuenta del detalle: “¡Así que te casaste!, ¿y estás con la Gabriela?”. Si bien había pasado un tiempo del matrimonio, aún seguía siendo un secreto. Ni siquiera todos los familiares sabían de la noticia y ellos llegaron preguntando. En ese momento Álvaro respondió que ella no estaba en la casa, pero que pasaran. Eran “amigos”.

En vez de entrar, Patricio le dijo que mejor vayan a dar una vuelta. Álvaro salió con ellos y apenas llegaron a la esquina, tres hombres de civil lo tiraron dentro de una camioneta amarilla, entre ellos, Osvaldo Romo. No fue el único de ese día, estaban haciendo un recorrido por el barrio. Gabriela asegura que de los que se llevaron esa vez hay tres que hasta el día de hoy están desaparecidos, entre ellos Álvaro.

Cuando Gabriela volvió a Conchalí le dijeron que Álvaro había salido con Patricio y Luz como al mediodía. A eso de las siete de la tarde todavía no llegaba y se empezó a inquietar. Por el tipo de relación que tenían, él avisaba cada vez que llegaría más tarde o que andaría afuera por varias horas. Pero esa vez nada.

Gabriela se acordaba de la casa de Patricio, que era unas cuadras más allá, y junto a Sarita partieron a preguntar por Álvaro ya de noche. Tocaron la puerta de la casa de dos pisos, abrió su mamá y la reconoció. Le dijo que Patricio no estaba. Mientras Gabi trataba de

explicarle lo que había pasado vio que por las escaleras se asomaba Patricio en bata de dormir y bajaba a la puerta.

“A mí me detuvieron anoche, pero ya estoy aquí en la casa, me vinieron a dejar y todo. A Álvaro también se lo llevaron, así que yo creo que mañana va a estar de vuelta”. Mientras le explicaba le hizo un cariño en la cabeza que hasta hoy a Gabriela le produce asco. Después de preguntarle varias veces el por qué y a dónde se lo habían llevado, se fueron de vuelta a la casa. Era feriado y no podían hacer nada. No había nada claro.

Gabriela reconoce que en situaciones complejas ella es puro cerebro. Al otro día partió a primera hora al Comité Pro Paz en el centro. Puso un recurso de amparo que era lo primero que se hacía. Sabía que los militares se lo habían llevado y que podía terminar como las historias que había escuchado. Desde ahí empezó a buscarlo.

#### **DE – SA – PA – RE – CI – DO**

*Álvaro desaparece en esas circunstancias y yo empiezo a buscarlo. La última vez que lo vi fue el 15 de agosto de 1974 en la mañana. No... no caché que después de eso podía desaparecer. ¡No caché ni una hueá!*

*La desaparición de personas no era algo que tuviéramos -y digo tuviéramos por todas a las que nos pasó lo mismo- integrado a la cabeza. Como no estaba esa posibilidad, los buscamos pensando que estaban en alguna parte. Tenían que estar en alguna parte.*

*Entonces fui a la comisaría, fui a los regimientos, fui a los hospitales, fui al Servicio Médico Legal, fui al Ministerio del Interior. ¡A dónde no fui! Y ahí ya después empieza a funcionar la fantasía. Que se los llevaron para el sur, que los deben tener en una isla, que están en el desierto. Nunca se te pasa por la cabeza que de-sa-pa-re-cen. Que nunca más los vas a ver...*

*Y es que además la dictadura tuvo todo un manejo de la situación. Como no existía una orden de detención para Álvaro Barrios Duque, la clásica que nos decían a todas las*

*esposas era que se habían ido con otras mujeres. Que se habían asilado en el extranjero, que nos los buscáramos más porque ellos estaban haciendo su vida en otra parte del mundo. Pero sabíamos que no, sabíamos que era mentira.*

*Si las desapariciones son lo más siniestro que hay porque nadie te las reconoce. Ahí hay diferencias por ejemplo con ejecutados. Con un ejecutado te dicen: señora lo matamos. O bien, ¿sabe señora? Lo matamos pero no sé dónde dejamos el cuerpo, se nos perdió por ahí. O sabes que lo matamos en las peores condiciones de tortura y baleado. Pero ahí está su certificado de defunción. Está muerto y ya sabes que no vive.*

*Pero a nosotras no hueón. Para nosotras no existían. Era como que se los hubiera tragado la tierra de un día para otro. Además que nosotras decíamos vivos se los llevaron y vivos los queremos. No, si es una hueá muy siniestra. ¡Muy siniestra! Y eso me costó un buen par de años asumirlo. Al principio yo fui puro cerebro. Entonces, primero entendí que había desaparecido mi compañero. El militante revolucionario que había muerto como los valientes, ¿cachay? No como diría la Myriam Hernández, el hombre que yo amo.*

*Pasaron varios años junto a mis terapeutas para que yo pudiera abrir la llave del llanto, de la pérdida del tipo que yo quería. Del hombre al que le daba besitos y teníamos esa relación de complicidad. Eso me costó mucho, fue mi mecanismo de defensa por varios años, hasta que lo entendí.*

### **Los inicios de la agrupación**

A la mañana siguiente de la detención, Gabriela partió a poner un recurso de amparo a nombre de Álvaro. Por supuesto que fue rechazado, al igual que los otros diez mil que se pusieron durante los años de dictadura. De todos esos, sólo uno fue aprobado: el de Carlos Contreras Maluje que hasta hoy también sigue desaparecido. Como no fue la primera en hacerlo, recuerda que existía un documento tipo que llenaban. Ahí supo que a nombre de Álvaro Barrios Duque no existía tal orden de detención.



No tenía miedo, asegura, pero empezó a vivir en un estado donde se exacerbaban miles de cosas, donde reconoce que hay niveles de inconsciencia potentes. Luego de la desaparición de Álvaro volvió de inmediato a la casa de sus padres. Su papá no sabía que se había casado y le preguntó con quién, ella respondió que con un hombre que estaba preso. Ahí fue claro: “Tú vuelves a esta casa, pero bajo las reglas de acá. Aquí no metes a ningún barbón ni a nadie”.

Lo encontró justo. Su búsqueda de Álvaro tuvo que hacerla de la puerta de su casa para afuera. Abandonó la casa de Sarita porque no aguantó sola. Tenía veintiún años y su esposo estaba preso en algún rincón del mundo. En sus visitas al Comité Pro Paz se empezó a integrar a ellos.

La mandaron a reuniones, a retenes, al Estadio Nacional a chequear las listas durante semanas, a la Secretaría Ejecutiva Nacional de Detenidos (SENDET) donde tenían el registro de todos los presos, entre tantos otros lugares. A donde le dijeron que fuera, ella partió a golpear las puertas. Recuerda que golpeó todas y más, y de Álvaro nunca tuvo noticias.

Cuando hizo la presunta desgracia tampoco obtuvo resultados. Recorriendo esos lugares fue que empezó a toparse con las mismas mujeres afuera de cada recinto. En sus cabezas la desaparición no existía por lo que juntas fueron agotando posibilidades. Habían algunas que estaban buscando desde el mismo 11 de septiembre, y cada día se fueron sumando otras nuevas.

Al principio andaban todas juntas. Cuando una decía que le habían contado que su marido estaba en tal parte, iban todas a buscar en las listas de presos de los centros de detención que la dictadura reconocía como el Estadio Nacional, Tejas Verdes, Pisagüa, entre otros. Alguna vez, las menos, le tocó ver que aparecían. Gabriela no corrió con la misma suerte y las viejas, como se dicen con cariño, de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD) tampoco.

Y es que con el paso de los meses se dieron cuenta que había una lista de presos que no figuraban en ninguna parte, que el Estado no reconocía como detenidos. Y ahí tenían dos sensaciones: la racional y la emocional.

En lo racional Gabriela después de seis meses dedujo que a Álvaro lo habían matado. Su teoría lógica y básica era que como era bajo y flaco posiblemente al segundo combo que le habían puesto se les había ido cortado.

Sin embargo, también estaba la parte emocional y del apego. Álvaro tenía la contextura del chileno promedio, entonces muchas veces caminando por Santiago creyó ver a varios Álvaros cerca de ella. Le saltó el corazón en todas esas oportunidades, pero nunca resultó ser él.

### **Los hombres del Mapocho**

Debe haber pasado casi un año de la desaparición cuando Gabriela volvió a la casa de Conchalí. Todavía tenía las llaves. Cuando abrió la puerta estuvo a punto de desmayarse. Ahí, al centro del living estaba Álvaro de espaldas con una de sus chaquetas típicas. Pero no. Era Germán que siguió creciendo en su ausencia y que se había puesto la ropa de su hermano. Quedó muy mal, pensó que Álvaro había vuelto. En ese momento le pidió que por favor no volviera a usar nunca más la ropa de Álvaro y así lo hizo.

Y es que se contaban millones de fantasías sobre los presos no oficiales de la dictadura. Se decía que los habían torturado hasta quedar con daños neurológicos y que después de eso los habían soltado. Entonces el rumor era que andaban pidiendo limosna en la calle, que no se acordaban de quiénes eran. Recuerda que eso fue muy cruel.

Varias veces acompañó a las otras mujeres a revisar a los hombres que vivían en la rivera del Río Mapocho como vagabundos, a ver si entre los curados o piojentos estaban sus maridos, hijos, padres o amigos. Para ellas era necesario agotar todas las opciones, no se cerraron a ninguna posibilidad.

Sarita también llevó su búsqueda. Recorrió todos los lugares y terminó yendo hasta donde las brujas para saber el paradero de Álvaro. Participó en varias huelgas de hambre junto a otras mujeres y hasta le escribió una carta a Lucía Hiriart, la mujer de Pinochet, diciéndole que era madre igual que ella. No tuvo resultados. Ninguna de ellas en realidad.

Y hasta hace pocos años que siguieron apareciendo mujeres con la misma intención. Recuerda la última que llegó a la agrupación. Una señora muy vieja junto a su hijo. Ella venía a hablar con Gabriela. A su hija la habían desaparecido pero su corazón de madre le decía que estaba viva. *¿Cómo tratas de dar una respuesta lógica a eso? No se puede. Entre las viejas no nos quedó más que acompañarnos entre nosotras.*

Otra que ya está en sus últimos años de vida, llegó hace unos años atrás diciendo que le habían comentado de muy buena fuente que un curado que vive en las calles del pueblo de Parral podría ser su hijo. Le pidió que fueran a ver si era cierto. La acompañó, pero el resultado fue el mismo. *Ojalá hubiera sido.*

Gabriela asegura que después de los primeros años fue entendiendo que tenía que seguir. Agradece no haber corrido la misma suerte de otras mujeres, que una vez solas quedaron sin dinero ni proveedor o que sus familias les dieron la espalda. Ella no trabajó ni hizo nada por un tiempo. Sus padres la mantuvieron, la alojaron y la alimentaron, claro que después se dio cuenta que eso no podía ser para siempre.

### **El refugio del placer**

No se acuerda de fechas exactas ni períodos de tiempo muy claros, lo que sí sabe Gabriela es que desde la desaparición de Álvaro hasta los treinta, su vida se fue reacomodando a la situación. Como todo lo relacionado a él era de la puerta de la casa para afuera, empezó a llevar una especie de vida diversa.

A la par de sus reuniones y trabajo con el comité y la agrupación para buscar a los desaparecidos, también comenzó un período de promiscuidad sexual donde reconoce haber saltado de cama en cama con varios hombres. Tantos que ni los recuerda a todos. Su

terapeuta le explicaría años más tarde que como estuvo tan cerca de la muerte, su cabeza no encontró mejor forma de aferrarse a la vida que el sexo y el placer.

Durante los primeros años de la década de los '80 llegó al país un futbolista brasileño que venía a probarse al club de la Universidad de Chile. Llegó tarde a las postulaciones y lo mandaron como préstamo al club Palestino que en esa época pasaba por una mala racha. No recuerda cómo lo conoció pero estuvieron un par de meses saliendo. Ella no quería ningún tipo de relación seria, y eso parece que desencadenó que varios de sus hombres se enamoraran.

El brasileño anduvo triste y malhumorado por jugar en otro equipo por lo que logró acordar un contrato para irse a Bélgica. ¿La sorpresa? Gabriela estaba incluida en él y allá tendrían casa, auto y una vida cómoda. Quedaron de juntarse en San Antonio con la Alameda para revisar el contrato juntos y dar el siguiente paso.

Por esos años, Gabi trabajaba en una fundación en el sector del Rodeo de Lo Barnechea. Tomó la micro amarilla Recoleta-Lira que llevaba al centro, pero en vez de bajarse siguió de largo. Por la ventana del bus lo vio parado en la esquina esperándola. Después de ese día nunca más supo de él.

En otra ocasión estaba en una reunión social en la casa de una amiga y enganchó con un gerente de una farmacéutica. No era su estilo, pero le gustó. Lo típico, él tipo le pidió su teléfono y le dijo que la pasaría a buscar. Resulta que además él era miembro de la primera compañía de Bomberos de Santiago, donde Gabriela tenía un amigo.

A los pocos días el hombre comentó antes de terminar su jornada en la compañía que se iría a revolcar con una hippie. El amigo de la Gabi, sin saber, bromeó con que la única hippie que conocía es una tal Gabriela Zúñiga y se rió. El hombre quedó descolocado y, por supuesto, que después le contó a ella la coincidencia.

De sus pretendientes Gabriela recuerda que fueron pocos los que cayeron alguna vez en la

agrupación. Todos eran más bien esporádicos, con los que tenía encuentros que define como casuales y simpáticos. Además el resto de las mujeres tampoco veía con buenos ojos que estuviera con otros hombres siendo que su marido estaba desaparecido.

A ella no podía importarle menos la opinión del resto. Inconscientemente era su mecanismo de defensa contra el horror, asegura. En otra ocasión se metió con un gerente del Banco Estado con el que fue mala. Se acuerda que se conocieron y la invitó a un local del barrio alto a bailar. Era como su doble vida, en el día peleaba por los desaparecidos y por la noche se iba a una vida lujosa a pasarlo bien. No se desligó completamente de sus raíces burguesas, reconoce.

Después de tomarse unos tragos, el hombre salió con la del bandido. “Creo que nos vamos a tener que ir porque me acordé que dejé todas las luces de mi casa prendidas”. Sabiendo las segundas intenciones, aceptó. Llegaron y tiraron. El problema es que el sexo fue tan malo que a la Gabi le bajó la maldad. Él se había quedado dormido y ella sacó un papel higiénico del baño donde escribió que era pésimo en la cama. Luego lo desenrolló desde la pieza del hombre hasta la puerta de entrada de su casa en Vitacura y se fue. Nunca más lo vio.

Pasaron tres meses y en esos años Gabriela era profesora jefe de los cuartos medios del liceo técnico-profesional A-30 en Avenida España, donde los chicos terminaban como contadores. Era fin de año y tenían que hacer su práctica profesional.

Entre los lugares a los que postulaban estaba el Banco Estado, por lo que ella les firmó la carta de presentación. A los días sus estudiantes le cuentan que el gerente que los recibió la conocía y le mandó el recado que lo llamara. Era el mismo tipo de la casa en Vitacura. Claramente no hizo nada por ubicarlo.

### **La profesora de filosofía**

Desde 1974 e incluso antes de la desaparición de Álvaro, Gabriela empezó con unas pocas horas como profesora de filosofía en el liceo. Después de los meses más terribles de

búsqueda, habló con el director. Él le tenía mucho cariño por lo que le amplió el horario y empezó a hacer las clases a los terceros y cuartos medios, además de tener una jefatura.

Lo recuerda como una etapa de su vida que disfrutó mucho. Hasta el día de hoy sus estudiantes la llaman y le agradecen por esos años. Si bien ella asegura no haber hecho nada especial, marcó sus vidas y su formación, lo que recuerda como una de las responsabilidades más grandes que ha tenido.

Ahí se quedó durante doce años y seis meses hasta que la echaron. Su vida y trabajo con la agrupación lo llevó en paralelo y nunca mezcló su historia personal de Álvaro con el liceo. Eran años de dictadura y la Central Nacional de Inteligencia (CNI), post DINA, seguía atormentando a los familiares de detenidos.

Es por eso que para el resto de los profesores ella era un gran signo de interrogación. Como siempre la vieron con diferentes hombres nunca supieron si era soltera o casada, como le corroboró la única amiga que le queda de esos tiempos, Silvia que era profesora de castellano.

En 1986 la dictadura de Augusto Pinochet impuso la municipalización de la educación, con la que los colegios públicos dejaron de depender directamente del Estado. Dentro de esa reforma además se incluyó que filosofía se podría impartir sólo en los liceos científico-humanista y no en los técnico-profesional como era el caso del A-30.

Hace unos meses Gabriela había tenido a Matías, su único hijo, pero igual trató de dar la pelea. Como ya no podía trabajar más en su liceo, pidió traslado y la movieron al liceo Valentín Letelier. Ahí se volvió dirigente de la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH) y junto a otros, coordinó la toma de los colegios emblemáticos como el Instituto Nacional, el Liceo de Aplicación y varios más de Santiago. Finalmente no fue suficiente para revertir la medida y el alcalde de Santiago de ese entonces, Carlos Bombal, pidió especialmente que la sacaran. Hasta ahí llegó su carrera como docente.

## **Maratones terapéuticas**

Durante los casi trece años que alcanzó a estar como docente, Gabriela siempre estuvo en paralelo trabajando con la agrupación. Terminaba el colegio y se iba a pasar toda la tarde con las viejas.

Se hizo cargo de las comunicaciones, rol que ocupa hasta la actualidad y siempre ayudó en lo que podía. Durante varios años asistió como mínimo tres veces por semana debido a sus horarios, aunque asegura que nunca dejó de ir. Ni siquiera estando embarazada, que era el gran pecado cuando se era esposa de detenido.

Los procesos judiciales de las causas estaban frenados y sabían que no pasaría nada al respecto. Tratar de superar a Álvaro fue algo que logró en gran medida gracias a sus terapeutas, y es que al año de la desaparición empezó a frecuentarlos.

Durante los primeros ocho años Gabriela asumió la pérdida de su compañero revolucionario, pero no de su amante. Gracias al trabajo de los psicólogos y psiquiatras de la Vicaría de la Solidaridad empezó a asimilar que le habían arrebatado a su pareja, a la persona que amaba. Pero llegar a eso no fue fácil, asegura.

Durante los primeros años practicaron terapias maratónicas de grupo. Empezaban los viernes en la noche y salían el domingo en la tarde. Ahí no sólo participaron los familiares de los detenidos, sino que también los funcionarios de la vicaría. Era un proceso conjunto en que en más de una oportunidad le tocó contar su historia públicamente.

*Era fuerte. Los terapeutas nunca nos trataron como las pobrecitas víctimas de la dictadura, sino que eran más directos y punzantes. Nos hacían hablar de todo y exponer nuestros dolores públicamente. Pero hoy lo agradezco, siempre he dicho que mis terapeutas me arreglan la vida y me ayudan a darle el sentido más cuerdo a mis experiencias de vida. Sin duda que fueron fundamentales en mi recuperación.*

## **El hijo planificado**

Cuando cumplió treinta y dos años, Gabriela seguía viviendo su vida entre los hombres, su trabajo como profesora, las fiestas, la agrupación y el recuerdo de Álvaro. Reconoce que después de habérselo bailado todo, tomado todo y jalado todo, decidió que quería ser mamá. Nunca le gustaron los niños pero sintió que era el momento correcto.

Así que lo planificó todo. En esos años tenía una relación con un tipo que siempre supo que no se preocuparía de una tercera persona, quizás ni siquiera de una segunda. Y eso la convenció. Ella quería tener un hijo sola y únicamente para ella. Su sicólogo le diría años después que eligió al padre con pinzas de tal manera que el tipo nunca se preocuparía del pequeño, y así resultó ser.

Fue al ginecólogo, dejó de tomar pastillas y se encamó cada vez que estaba en sus fechas de ovulación. Lo planificó todo y el hombre lo sabía. Quedó embarazada y al tiempo se separaron. Fue ahí que Gabriela empezó a juntar plata porque su hijo no nacería por parto normal, sino que por cesárea. Viviendo sola no se iba a arriesgar a estar a punto de parir y que su hijo llegara de sorpresa y nadie pudiera llevarla al médico. Eso no le iba a pasar a ella, así que en sus últimos meses volvió con sus papás.

Logró juntar lo suficiente y coordinó el parto en el pensionado del hospital Paula Jara Quemada para el 26 de diciembre de 1986. Recuerda que le salió muy costoso pero que ese fue su lujo para tener al Mati. Cuando nació lo nombró Matías a secas, sin embargo, terminó poniéndole Nicolás de segundo nombre después de que su padre la obligó a que el niño tuviera dos por seguridad. Como no había pensado en nada más que el primero, eligió Nicolás porque nació después de Navidad.

Unas semanas antes, Sarita la había visitado cuando estaba embarazada y le había dicho que el niño debería llamarse Álvaro. Trató de ser amable pero le explicó que de ninguna forma le traspasaría ese karma al niño. Y es que con los años y sus terapias se dio cuenta que cuando desapareció Álvaro, ella se transformó en el reemplazo de él para Sarita.



De hecho cuando nace, Sarita también llegó a la clínica y se autoproclamó la abuela del pequeño. Dijo que todos los derechos de ese niño también le pertenecían porque era su suegra y ella seguía casada con su hijo. Entre Sarita y su mamá dejaron arrinconada a la verdadera otra abuela de Matías. Una señora humilde que apenas se fueron las otras dos, se acercó a decirle a Gabriela que ella sabía cómo era su hijo y a preguntarle si podía cargar al pequeño.

El problema con Matías no era sólo su nombre, sino que también el apellido. Gracias a una ley promulgada por Salvador Allende, las madres solteras podían elegir el apellido que creyeran conveniente. Por esos años había un prejuicio con los niños que tenían repetido dos veces el mismo apellido, por lo que decidió no ponerle sólo el suyo. Después de barajar opciones tan ridículas como Bellami, por una serie de televisión que estaba de moda, decidió que llevaría el del padre aunque no fuera a relacionarse con él. Total el pequeño, quisiera o no, igual llevaba su sangre.

### **La garzona intelectual**

Gabriela había tenido al Mati hace unos meses y ya había sido tiempo suficiente viviendo con sus papás de nuevo, por lo que decidió volver a la casa que arrendaba en Los Leones, Providencia. El problema es que estaba cesante y la habían sacado de lo único que sabía hacer que era enseñar.

Por esos años la relación con su madre era muy potente. Como la apoyaba en todo, le propuso que se fueran a vivir juntas. Violeta nunca tuvo una relación de pareja saludable con su papá y más encima Gabi la necesitaba de apoyo para Matías. Aceptó y se fueron los tres a esa casa.

Sin trabajo, Gabriela ese año vendió santos afuera de la iglesia. Su mamá le llevaba a Mati cada vez que había que amamantarlo. Reconoce avergonzada que durante ese tiempo sobrevivió de la caridad pública. Un amigo le compró los pañales al Mati hasta que dejó de usarlos, mientras que otro iba todos los viernes a dejarles una canasta llena de mercadería que le pasaba a Violeta a escondidas de ella. Sólo con el tiempo se enteró.

Ya llevaba cerca de un año cesante y tenía algunos pitutos con lo que quedaba de la AGECH. Fue entonces en un curso que dictó a profesores, que una amiga le pasó el dato. “En Providencia hay un restaurant que se llama El Huerto donde los dueños son hippies anti dictadura”. Ella trabajaba ahí y le comentó que su sueldo era bastante bueno para ser garzona. Le anotó la dirección y le dijo que probara suerte.

Obediente, así lo hizo. Justo llegó cuando había selección de personal. Recuerda que la fila era larga y todos los postulantes eran jóvenes veinteañeros altos, con onda y bonitos. En el restaurant no contrataban garzones sino que profesionales cesantes. Después de la entrevista se olvidó y siguió en sus asuntos.

Dos días después la llamaron al teléfono de la Vicaría de la Solidaridad. No tenía en casa y era el que había dado en la entrevista. Tenía que ir esa misma tarde a probarse para ver si la dejaban trabajando. ¿El problema? Andaba con la misma ropa con la que fue a la selección. Al restaurant iban diplomáticos, políticos y estrellas de la televisión. Los garzones atendían de tú a tú y vestidos con su ropa ondera. Era un local distinto y la apariencia era importante, así que pasó corriendo a cambiarse y llegó.

A las semanas su jefe la tiró a atender una mesa y por primera vez después de mucho tiempo, volvió a tener una cantidad de dinero que hace años no había visto en sus manos. Era sólo una propina, así que pidió no irse nunca más. Como su horario era solamente del mediodía a las cuatro de la tarde, tuvo tiempo incluso de tener tres trabajos simultáneos.

Hizo clases durante unos años en la Universidad de la República, la que después cerraron, y volvió a tener un espacio radial llamado Rueda Libre, esta vez en Radio Chilena donde trabajaba de noche. Le tocaba entrevistar a personajes famosillos del país que en más de una oportunidad atendió en el restaurant. Por eso cuando en el programa le decían que se parecía a alguien, ella respondía rápido: *¿A una garzona de El Huerto? Sí, es mi gemela.*

Durante esa época era extraño que una garzona supiera tanto de filosofía. En ese entonces empezó a leer mucho sobre Michel Foucault y en otra oportunidad la invitaron a participar

en un seminario sobre Sexualidad y Dictadura. Ella haría una ponencia sobre Sexo, Poder y Locura, pero antes debían definir el orden de las presentaciones. Gabriela dijo que sería primera porque al mediodía tenía que estar trabajando de garzona. La miraron extraño. Sus pares no le creyeron que fuera cierto.

### **Los Alvaritos**

La situación económica se había arreglado y con tres trabajos Gabriela se podía dar hasta el lujo de viajar a distintos países del mundo. Si bien andaba todos los días corriendo, tenía plata de sobra y podía vivir tranquila y solventar a Matías.

Desde chico lo crió contándole su condición de hijo programado y respondiendo a sus preguntas de niño. Asegura que él siempre supo que tenía una mamá esposa de un desaparecido, pero no opinaba de Álvaro. Es más, Violeta tenía un retrato de él y una vez llegó Matías con sus amigos a la casa, los niños le preguntaron si ese era su papá, a lo que él respondió que no, que era el esposo de su mamá, y ahí quedó el tema.

Eso sí, cuando Matías tenía cerca de cuatro años, Gabriela solía juntarse con dos viejas pirulas que también eran familiares de desaparecidos. Se reunían a tocar el piano, a tomar unos tragos y a conversar. Algunas veces también salían juntas a pegar fotografías de sus familiares por las calles de Providencia.

Una vez imprimieron varias imágenes de Álvaro y fueron en auto junto a Matías a pegar los afiches en postes y árboles por varias cuadras a la manzana. A los pocos días el Mati se acercó a ella y le dijo: “Mamá, ¡vamos a ver si están los Alvaritos!” Quería saber si seguían donde los habían dejado. Esa era su relación. Gabriela jamás lo obligó a participar de la agrupación ni nada que tuviera que ver con Álvaro. Dejó que él lo decidiera libremente y hoy a sus veintiocho años parece que no es algo que le llame la atención.

A pesar de eso, Gabriela siempre educó a sus cercanos con la disciplina de no entregar datos a desconocidos ni información sobre Álvaro. Desde que desapareció y hasta hace pocos años atrás, los agentes de inteligencia que trabajaron y que posteriormente quedaron

impunes de la dictadura, la trataron de amedrentar para que no siguiera buscando. Por supuesto, no fue la única, a las viejas de la agrupación también se lo hicieron.

### **Ring-ring a las cuatro de la mañana**

Gabriela asegura que sería casi imposible determinar todas las situaciones que debió enfrentar con los agentes de la DINA y la CNI después de la desaparición de Álvaro. Como fue parte de las mujeres que fundaron la agrupación y nunca se quedó callada, siempre fue foco de amenazas por parte de los organismos de inteligencia.

No sólo tuvo que lidiar con el dolor de la desaparición o las historias que los militares le trataron de vender sobre Álvaro, sino que también debió enfrentar los amedrentamientos, el miedo y la impotencia de ser vulnerable a los ataques de la dictadura.

Varias veces llamaron a su padre para decirle que estaba muerta en el Servicio Médico Legal. Que la habían atropellado, que había tenido un accidente y que había que ir a reconocer el cuerpo. Otras tantas le intervinieron su teléfono y tuvo agentes que la siguieron día y noche por harto tiempo.

En una ocasión, mientras vivía con sus papás en la casa de 10 de julio, los agentes de inteligencia le dejaron un mensaje. Sin romper ninguna ventana ni cerrojo lograron llegar al patio y dejar sobre la mesa de la terraza una fotografía de Gabriela comprando en el supermercado con una mancha roja sobre la frente. La estaban amenazando. La estaban obligando a quedarse callada.

Otra de las cosas que tuvo que soportar durante años fueron las llamadas anónimas al teléfono de su casa en plena madrugada. Durante semanas completas el teléfono empezaba a sonar a las cuatro de la mañana en punto. Las primeras veces que contestó, al otro lado de la línea se escuchaban los gritos de tortura. Reconoce que fue espantoso, pero después de un par de veces no contestó nunca más. De hecho, antes de dormir se encargaba de meter el teléfono debajo del sillón más grande para que amortiguara el sonido.

*A todas las que teníamos cierta notoriedad en la agrupación nos hicieron lo mismo. Esos hijos de puta se empeñaron en cagarles la cabeza a todas las viejas. Algunas terminaron muy mal después de esas llamadas. Era muy siniestro, después de la desaparición de Álvaro ya podía pasar cualquier cosa.*

Le tocó ver a hombres de terno y corbata arriba de autos haciendo guardia afuera de su casa. La más compleja de todas fue cuando en los años '80 la notificaron por el delito de fraude al fisco.

Junior Training era una empresa de papel a nombre de Álvaro Barrios Duque que hacía millonarias exportaciones de cobre y luego retiraba el IVA en el Servicio de Impuestos Internos (SII). Como Álvaro figuraba vivo en el registro civil, y nunca pudieron encontrarlo, fueron donde su cónyuge con la que no tenía separación de bienes.

La notificación le llegó a Gabriela. Era acusada de ser cómplice de una estafa millonaria y fraude al fisco. En los registros salía que eran dueños de cinco fincas en Panamá y varias otras propiedades. Ella quedó en shock, habían pasado más de diez años que Álvaro estaba desaparecido y lo acusaban de estafa.

Afortunadamente no cayó presa, aunque sí quedó con firma semanal donde además tenía que decir a dónde se dirigiría en la semana y con quiénes. En esos años, un amigo la acompañaba a firmar siempre. Le decía que si no volvía dentro de quince minutos él partiría a poner un recurso de amparo.

Finalmente descubrieron que los estafadores eran ex agentes de la DINA y el caso se resolvió. Fue tanto el revuelo que hasta salió la historia en los medios. Por suerte no volvió a tener problemas legales después de eso.

Violeta, Matías y todos los que la rodearon durante sus años después de la desaparición de Álvaro estaban conscientes de no abrir la puerta a desconocidos, ni contestar llamados en la noche, ni entregar información personal a cualquier persona.

Tenía que saber porque pasaban cosas. Como cuando Gabriela se cambió de casa a La Florida –sin que nadie supiera de su paradero- y aparecieron dos hombres en su puerta diciéndole que el crédito bancario para Álvaro había sido aprobado. *¿Ah sí? Mire que bueno. ¡Entonces vaya a buscarlo y avisarle al cementerio o donde lo hayan enterrado!* De ahí nunca más aparecieron.

### **La trencita del cáncer**

En el restaurant Gabriela volvió a sentirse plena durante los quince años que trabajó ahí. Tenía a su hijo, tenía trabajo y dinero suficiente para vivir. Además, hombres no le faltaban. Por el año 2000 renunció y se iba por períodos a Estados Unidos a ver al pololo gringo que tenía por esa época.

No pasó más de un año y el estadounidense terminó la relación. Cuando volvió a Santiago fue a la agrupación y cenó con todas las viejas como solían hacerlo. Cuando terminó la comida tuvo que correr al baño a vomitar. Pensó que algo le había caído mal a la guata y culpó a la cocinera del bochorno.

Un mes después volvió a vomitar. Después a la semana siguiente y luego todos los días. Empezó a estar flaca como cuando era una adolescente, claro que con varios años más encima. Fue al médico y nunca dieron con el diagnóstico. Se hizo colonoscopias, escáneres y de todo lo que le dijeron, sin embargo, nadie tenía respuesta a su malestar.

Cada vez los episodios fueron más fuertes por lo que empezó a quedar tirada por la pérdida de potasio. En uno de sus últimos eventos, recuerda que sólo podía mover los ojos. Su cuerpo no le respondía. Violeta con el susto llamó a una de las viejas de la agrupación para decirle que la Gabi se estaba muriendo. Llegaron al rato y se la llevaron de urgencias a la Posta Central. No habían camas pero la mujer que la acompañó insistió hasta conseguir que la dejaran internada.

Ahí estuvo por dos meses. La vieron diferentes médicos y le hicieron varios exámenes, sin embargo, no dieron con el resultado hasta después de que casi se muere. Un día

hospitalizada se fue a negro. No tiene recuerdos sobre dolor o el tiempo que estuvo, pero despertó varios días después entubada y preguntado qué había pasado.

Los médicos habían detectado una obstrucción en su intestino delgado por lo que tuvieron que extirparle una parte de urgencia. Cuando salió de la operación su cuerpo generó un infarto al miocardio que la tuvo besándose con la muerte. De todas formas sobrevivió y a las dos semanas la dieron de alta.

La mandaron para la casa y cuando volvió a control fue con la carpeta con la que la habían despachado. Se sentó con la doctora y cuando abrió su ficha la mujer cambió la cara: tenía cáncer y debía empezar con la quimioterapia lo antes posible. Se lo tomó como si fuera un resfrío y no le dio importancia, estaba dispuesta a irse junto a él.

Gabriela explica que no tuvo cualquier cáncer, sino que uno glamoroso. Había desarrollado un linfoma no-hodking, de esos lentos pero seguros. La misma enfermedad que mató a Jacqueline Kennedy en 1994, dice.

Como había estado al borde de la muerte creyó que era su momento y quería fluir junto a su cáncer. No estaba dispuesta a la quimioterapia así que se deprimió y cayó de nuevo en el sicólogo. Fue en una de esas sesiones que le contó que uno de sus amigos le había hecho un estante para sus libros. “¿Y para qué quieres un mueble nuevo si te vas a morir?”, le preguntó. La dejó pensando. Se dio cuenta que si bien decía que se iba a morir, hacía cosas que proyectaban su futuro en vida. Cambió de opinión y empezó la quimio.

Partió al Instituto del Cáncer y cumplió con las diez sesiones que había programado. El tratamiento la dejó con un sabor de mierda en la boca. En su décima sesión, después de ir a buscar la cajita feliz, como le dicen los enfermos de cáncer a los medicamentos, se sentó a esperar.

Ahí tiene el recuerdo de un momento como en las películas. “Dame cero como a cinco miligramos de adrenalina”, gritó un médico. Acto seguido le enterró una jeringa grande en

el pecho. Le había dado un paro cardíaco y ella sólo escuchó cómo trataban de reanimarla. Después de eso pasó una semana más en la clínica. Su cuerpo no iba a resistir más invasión química así que ahí se acabó su tratamiento.

Afortunadamente cuando le extirparon parte del intestino delgado se habían llevado el cáncer con él, y la quimioterapia alcanzó a matar todas las células que podrían haber quedado. Eso sí, económicamente se fue a la quiebra. Su pelo no se había caído, pero le quedaba poco. De ahí sacó la trenza que tiene desde hace casi quince años. Hoy asegura que está de acuerdo con que el cáncer es la enfermedad de la tristeza y que probablemente le ocurrió por su historia con Álvaro.

### ***Ya no quiero encontrarlo***

*Han pasado cuarenta años desde la última vez que vi a Álvaro. Han pasado cuarenta años desde que la dictadura se lo llevó para siempre. Han pasado cuarenta años por mi cuerpo y mi cabeza. Ya no tengo los mismos veintiuno como cuando se fue, y eso se nota.*

*Por mí ha pasado el tiempo, pero por Álvaro no. Hoy cada vez que me cuelgo su foto al cuello las personas que no me conocen me dicen lo buenmozo que era mi hijo. Ahí me doy cuenta que estoy vieja. Cuando lo detuvieron él tenía veintiséis, yo estoy a punto de cumplir sesenta y dos. Los desaparecidos se cristalizaron en el tiempo, se quedaron estancados. Nosotras no.*

*De todas formas hoy me siento súper contenta. Es tan impensado lo que sería de mí si es no me hubiera pasado todo lo que me pasó. Es como si nos pusiéramos a especular qué hubiera pasado si es que Hitler hubiera ganado la guerra. Quizás seríamos todos rubios y de ojos azules, quién sabe. Quizás tendría hijos de cuarenta años, quizás una casa en la playa, quizás seguiría casada con Álvaro, no lo sé.*

*He tenido alegrías y penas, altos y bajos como todos en su vida. Yo no soy una víctima. He pasado por las mismas sensaciones que todo ser humano atraviesa. No me ha pasado nada*



*especialmente a mí, creo que nos pasó a todos. Y eso en ningún caso significa que se diluyan las responsabilidades. Sin embargo, a la vida creo que se viene a pasarlo bien.*

*Lo de Álvaro no ha impedido que haya tenido varias alegrías a lo largo de mi vida. Ver a mi hijo me hace feliz y saber la cantidad de personas que me quieren y respetan también. Yo no me siento víctima y, por lo tanto, no lo soy. He querido ser feliz y lo intento cada vez que puedo. Uno siempre puede elegir y yo elegí por la vida.*

*Hay una situación que queda inconclusa con la desaparición de Álvaro, por supuesto. Pero hace ya muchos años que no los busco. Duermo bien y estoy tranquila, aunque enferma. Hace tres años me vino un accidente vascular encefálico un 10 de diciembre. La maldición de Pinochet<sup>7</sup>. Me dejó con secuelas pero nada que no pueda enfrentar.*

*Un periodista una vez me preguntó si seguía buscando a Álvaro y le respondí que no. Porque ya no quiero encontrarlo. Y no es que no quiera, es que ¿qué es lo que vamos a encontrar cuatro décadas después? Ni siquiera un esqueleto, porque así de siniestro fue. Porque los mataron y después los repartieron por ahí probablemente en pedazos. Yo no quiero un pedacito de hueso de mi marido. Hace diez años quizás, hoy no.*

*Ahora mi preocupación es otra. El tema de los Derechos Humanos no se termina encontrando unos restos. El tema es más potente que encontrar a Álvaro y a todos los desaparecidos. El tema es cómo logramos contar y enseñar una historia que no puede volver a ocurrir nunca más. La pregunta es cómo fomentamos el respeto por el otro. Si yo puedo transmitir ese legado a las generaciones del futuro me doy por pagada, y no pido nada más.*

---

<sup>7</sup> El 10 de diciembre del 2006 Augusto Pinochet murió a causa de una descompensación cardiaca en Santiago de Chile y en impunidad.

## **EPÍLOGO**

*El rescate de la memoria*

La decisión de trabajar la memoria de título con historias de familiares de detenidos desaparecidos del Cono Sur es producto de dos factores primordiales. El primero, por el interés personal de constatar y evidenciar que las consecuencias de las dictaduras en Latinoamérica aún es un proceso que repercute en la cotidianidad y en la conformación de las sociedades contemporáneas.

A juicio personal, y hablo desde la experiencia más cercana, el tema de la vulneración a los Derechos Humanos y los delitos de lesa humanidad, son discutidos por la mayoría de la población desde colores políticos y reproduciendo discursos ajenos. Para esa porción de la sociedad que no fue violentada por el Estado durante las dictaduras de Latinoamérica, los crímenes del poder se conciben como un hecho natural y como parte de la historia que constituye a los países, pero sin una lección o un ojo crítico al respecto.

Eso es aterrador. El poco tratamiento educativo es el que permite que discursos anti democráticos y violentos se sigan reproduciendo en una gran parte de la sociedad, que justifica desde la ideología o la ignorancia, la vulneración de los Derechos Humanos en “pos de un mejor futuro”. Desde mi rol como comunicador, comencé este proyecto con la idea de que eso también responde a la falta de información y, por supuesto, que de voluntad y resistencia política a enfrentar el pasado.

Es entonces que a través de estas historias se busca contribuir a estos espacios de discusión cívica, sobre todo para las nuevas generaciones. Ellas serán las encargadas de promover y perpetuar modelos sociales que respeten el libre pensamiento, la diversidad y la democracia. Es por eso que esta memoria intenta desligarse de cualquier color político pasado o actual, presentando los hechos desde la intimidad y la emoción que nos constituye a todos como seres humanos.

Y, justamente, con eso tiene relación el segundo factor que influyó en la decisión del proyecto. A partir de lo estudiado en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, aprendí a desarrollar el interés por escuchar y visibilizar las más diversas historias. Sobre todo, poniendo ojo en aquellos aspectos que la sociedad intenta esconder y callar como

tabúes. Y es que a mi juicio estamos en un período de cambio cultural potente donde debemos actuar en pos de construir una sociedad que no vuelva a cometer los errores que nos han llevado a las injusticias y desigualdades que vivimos hoy. Y para eso resulta necesario evidenciar e informar.

En base a esa misma noción de seres humanos cargados de emociones, me surgió el interés de contar el comportamiento de las personas cuando se exponen a situaciones límite en su vida, y cómo logran sobreponerse a ello. Es por eso que la investigación comenzó con el cuestionamiento acerca del cómo reaccionan las personas cuando se ven enfrentadas a un Estado genocida.

En otras palabras, cómo los ciudadanos enfrentan la “desprotección” por parte de la institución social que debe promover y asegurar sus derechos. ¿Qué pasa cuando el Estado es el organismo opresor? Porque para la realidad más evidente, se puede esperar que las entidades privadas cometan abusos o los mismos individuos. Sin embargo, cuando el Estado se tiñe de asesino y extermina a sus propios ciudadanos, se produce una sensación de abandono e injusticia que es interesante de ahondar y escuchar.

Esta memoria me permitió constatar que a pesar de los kilómetros que nos separan, y las diferentes culturas que puedan predominar en la constitución de nuestras identidades, antes que todo somos seres humanos cargados de emoción. Y que a pesar de las evidentes diferencias que puedan distanciarnos, somos capaces de enfrentar el miedo, el cariño, la injusticia, la pérdida y el odio de formas similares.

El ponerles nombre y apellido a estas historias de vida y contarlas desde su intimidad, creo que permite a los lectores reconocerse a ellos mismos de cierto modo y, por lo tanto, tomar consciencia de esa experiencia ajena. El interiorizarse en la vida de otros, permite empatizar y derribar los prejuicios asociados a la falta de información e ignorancia. Y, en ese sentido, esta memoria contribuye a ese objetivo.

## **El formato de historias de vida**

La responsabilidad profesional que implica escoger las historias de vida como formato para trabajar el rescate de la memoria resulta un proceso sumamente enriquecedor y, a la vez, duro. La posibilidad de contar en palabras propias las vidas de otros requiere una minuciosa labor de investigación, selección y edición de aquello que se quiere mostrar al resto.

En un principio, las expectativas y la ambición del proyecto inicial subestimaron las implicancias que esta memoria tuvo. El escribir e imprimir la vida de otros es una responsabilidad que no está ajena de críticas y de mucha autocrítica. No es fácil retratar en tan sólo algunas páginas los años de vida de alguien. En este caso, de personas que tienen un vínculo emocional potente con la figura de los desaparecidos de las dictaduras del Cono Sur, y que al contar sus historias revelan gran parte de su intimidad y de sus dolores.

En ese sentido, creo que el respeto y la credibilidad por sus historias fueron valores primordiales para este ejercicio. Y eso resultó complejo cuando entendemos como buen periodismo la búsqueda de la verdad. En prensa y trabajando con la contingencia, el proceso informativo puede resultar más técnico, y con los años se adquiere el hábito del cuestionamiento y no la simple reproducción de los discursos de nuestras fuentes.

Sin embargo, me tocó enfrentar un escenario distinto. El de comprender que la realidad se construye en conjunto, pero que finalmente la verdad radica en cada individuo. En las tres historias presentadas, si bien se ciñen a procesos históricos y a datos que buscan mostrar la realidad de la forma más fehacientemente posible, hay también un poco de realismo mágico y de verdades personales que quedan retratadas.

Cada individuo tiene apreciaciones personales sobre lo que pasó, y eso como “verdad” no es cuestionable en ningún punto. Y es que esta memoria justamente da crédito a esa interioridad de los familiares de detenidos desaparecidos. Los que a lo largo de estas páginas compartieron sus vidas, las que fueron reproducidas según las sesiones de trabajo que se estipularon con cada uno.

A nivel metodológico, esa también fue una clave. A las historias de cada uno de los protagonistas de esta memoria, fácilmente se le podrían haber agregado un sinfín de nuevos detalles e historias interesantes de contar. Sin embargo, el acuerdo de escribir sólo en torno a las sesiones planificadas y la información que de esas entrevistas se desprendiera, se cumplió. Probablemente “faltaron” muchas cosas por contar y por explicar, y que como autor también consideré necesario revisar en reiteradas ocasiones cuando me encontré con vacíos en la historia; sin embargo, el esquema de trabajo y la orientación de mi profesor guía, me llevó a entender que cada historia es particular y distinta de la otra, y que siempre –dependiendo de quién lea- puede “faltar algo”.

### **Las entrevistas y el trabajo en terreno**

Es inevitable reconocer que este proyecto también surgió como una posibilidad de englobar en un mismo propósito más de uno de mis intereses. Entre ellos el viajar, lo que me ha permitido descubrir que las posibilidades del mundo son bastante más grandes que la burbuja que puede significar Chile o cualquier otro lugar donde se nace.

Con la idea de este proyecto, pude conocer Argentina y Uruguay, y no sólo como turista, sino que como profesional. Viajar en búsqueda de historias y personas que fueran familiares de detenidos desaparecidos y que quisieran contar su vida a un completo extraño, fue de todas formas una gran aventura.

Las dificultades para coordinar las entrevistas, explicar el proyecto, generar confianza y obtener la credibilidad suficiente para poder escuchar sus historias, fue un proceso sumamente enriquecedor profesionalmente. Esta vez me tocó aplicar todo lo aprendido, y mucho de instinto también, en un tiempo limitado y con la posibilidad de que el proyecto fuera un completo fracaso.

Afortunadamente, y ahí también incluyo el caso chileno, los familiares confiaron en mí y en la intención de hacer un proyecto serio y responsable. Y ante eso no me queda más que sentirme agradecido y devolverles su confianza en las páginas de este, ahora, proyecto de libro.

Con cada uno de los protagonistas establecí un vínculo distinto, y según sus personalidades abordé cada una de las sesiones. Debo reconocer que la labor de ahondar en la intimidad de las historias personales es un trabajo agotador profesional y emocionalmente. Sobre todo cuando se trata de historias dolorosas y de alta sensibilidad. En varias ocasiones resultó imposible mantener la distancia profesional con los entrevistados, y salí enrabiado o triste por la crudeza de la realidad. Sin embargo, también me reí y me alegré con ellos, y logré escucharlos generando un ambiente de trabajo, pero también de confianza. Y por eso digo que el respeto es una base fundamental para trabajar con las historias de vida de los otros.

Encontrarme en Santiago, Buenos Aires y Montevideo hurgueteando el pasado de mis entrevistados con grabadora y cuaderno de apuntes en mano, me permitió entender el rol de comunicador que me ha inculcado la universidad: consciente de los diversos problemas sociales e intentando contarle a otros sobre esas realidades que muchas veces como sociedad intentamos evadir.

En base a todo lo dicho, considero que esta memoria significa una contribución al periodismo y al campo de las comunicaciones. Desde el ejercicio de recopilar la información, hasta el modo en que están contadas las historias y la intención que existe implícitamente a lo largo de estas páginas, se logra el objetivo de condensar en un trabajo final mi formación como periodista. Además, creo que se trata de una contribución al propósito de desarrollar una sociedad más consciente, más tolerante, más inclusiva y fraterna.







Prof. Raúl Rodríguez O.  
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título **Ecos de la Represión: Relatos de familiares de detenidos desaparecidos en el Cono Sur**, del estudiante **Javier Zamora Kalazich**:

| ITEM                               | ASPECTOS CONSIDERADOS                                | %   |
|------------------------------------|------------------------------------------------------|-----|
| 1.1 <b>Problematización</b>        | Planteamiento y contextualización del tema           | 10% |
| 1.2 <b>Pertinencia</b>             | Relevancia y originalidad de la investigación        | 15% |
| 1.3 <b>Estrategia Metodológica</b> | Recolección de la información, datos y antecedentes. | 20% |
| 1.4 <b>Conclusiones</b>            | Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.  | 15% |
| 1.5 <b>Estructura</b>              | Orden narrativo, construcción del texto.             | 15% |
| 1.6 <b>Presentación</b>            | Calidad de la redacción, recursos estilísticos.      | 15% |
| 1.7 <b>Recursos bibliográficos</b> | Materiales y textos utilizados.                      | 10% |

| Item              | Nota       | Valor |
|-------------------|------------|-------|
| 1.1               | 7.0        | 0.7   |
| 1.2               | 7.0        | 1.1   |
| 1.3               | 7.0        | 1.4   |
| 1.4               | 7.0        | 1.1   |
| 1.5               | 7.0        | 1.1   |
| 1.6               | 7.0        | 1.1   |
| 1.7               | 7.0        | 0.7   |
| <b>Nota Final</b> | <b>7.0</b> |       |

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9– 3.0.



### COMENTARIO

Esta memoria de título es una valiosa investigación en tanto material periodístico-histórico. Se trata de un trabajo que rescata uno de los temas más sensibles de América Latina: las violaciones a los Derechos Humanos cometidos por las dictaduras cívico-militares de los años 70. La investigación está centrada en la historia de vida de tres familiares de Detenidos Desaparecidos, a modo de una gran crónica. Se cuentan sus vivencias, emociones y sensaciones de una manera ágil, respetuosa y bien estructurada. El estudiante logra finalizar su formación como Periodista con un trabajo de gran calidad.

Atentamente,

Cristian Cabalin  
Profesor Asistente  
Universidad de Chile

Santiago, 3 de agosto de 2015

Prof. Raúl Rodríguez O.  
 Jefe de Carrera Escuela de Periodismo  
 Instituto de la Comunicación e Imagen  
 Universidad de Chile  
**PRESENTE**

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título **“Ecos de la Represión. Relatos de familiares de detenidos desaparecidos del Cono Sur”** del estudiante **Javier Zamora Kalazich**:

|     | ITEM                                                     | ASPECTOS CONSIDERADOS                                                                                                                                     | %   |
|-----|----------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 1.1 | <b>Perspectiva social e histórica</b>                    | La crónica entendida como huella y propósito, donde las historias contadas tengan un anclaje social, político cultural.                                   | 15% |
| 1.2 | <b>Pertinencia periodística</b>                          | Relevancia y originalidad. Criterio de actualidad y de sostener relatos como un proceso.                                                                  | 15% |
| 1.3 | <b>Estrategia Metodológica</b>                           | Recolección de la información, fuentes, datos y antecedentes. Uso de entrevistas, diálogos, observación.                                                  | 20% |
| 1.4 | <b>Estructura</b>                                        | Orden narrativo, construcción del texto, estructura y ejes argumentativos; uso, de acuerdo al énfasis declarado, de recursos literarios.                  | 20% |
| 1.5 | <b>Presentación y estilo</b>                             | Calidad de la redacción (gramática y ortografía), recursos estilísticos, estructura creativa (tipos de entramados entre partes y capítulos, por ejemplo). | 20% |
| 1.6 | <b>Recursos bibliográficos en caso de ser utilizados</b> | Materiales y textos utilizados (referencias bibliográficas).                                                                                              | 10% |

| Item              | Nota | Valor      |
|-------------------|------|------------|
| 1.1               | 7,0  | 1,1        |
| 1.2               | 7,0  | 1,1        |
| 1.3               | 6,5  | 1,3        |
| 1.4               | 6,2  | 1,2        |
| 1.5               | 6,7  | 1,3        |
| 1.6               | 3,9  | 0,4        |
| <b>Nota Final</b> |      | <b>6,4</b> |

**Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0.**

## COMENTARIO

El enfoque de esta memoria tiene el mérito de rescatar y exhibir una de las tantas secuelas de la represión militar que ha sido comunmente ignorada, y de allí su relevancia. Los testimonios de familiares de víctimas de la represión suelen girar en torno a la víctima, y no en relación al sufrimiento y las consecuencias para los familiares mismos, los que deben llevar en sus hombros –indefinidamente- el peso del drama que significa la desaparición de uno de sus miembros. Como bien señala Nancy Rizzo, a los 12 años ella “perdió” su identidad, y pasó a ser, ante la sociedad, “la hija de...”. Es un gran acierto dedicarse a las historias íntimas de los familiares, particularmente de un detenido-desaparecido, porque da cuenta de cómo un acto criminal acaecido incluso hace décadas tiene consecuencias hasta nuestros días, al desencadenar cambios radicales en los rumbos de vida, truncar proyectos personales, destruir familias, estigmatizar socialmente a las familias y afectar la salud física y mental de sus integrantes.

La selección de las personas retratadas es adecuada, en particular Nancy Rizzo, que reúne muchas facetas. Sin embargo, sería interesante incorporar a personas que no participaran de agrupaciones de derechos humanos, que son la mayoría y que sospecho son las que menos han podido procesar la tragedia. Al incorporarse a un colectivo se gana apoyo, comprensión y cohesión en torno a objetivos comunes, pero quienes se han mantenido al margen de las organizaciones no han tenido ese respaldo y a menudo tampoco terapia para ayudarles a convivir (porque no se supera) con el sufrimiento. Por lo tanto, sería recomendable (ya que mencionas al final que es un proyecto de libro) incorporar historias de personas que no tuvieron vínculos con organizaciones de derechos humanos, o actividades políticas, o cuyas familias les dieron la espalda o no les brindaron apoyo.

También sería interesante abordar otros dos temas relacionados y que están relativamente ausentes: uno es la reacción social del entorno (barrio, escuela, trabajo). Esto se da en el capítulo argentino pero no en los otros dos. Es un tema importante y recurrente: cómo el barrio les dio la espalda, cómo los amigos o conocidos dejaron de hablarles o visitarlos por temor, cómo fueron marginados en sus trabajos – o perdieron sus trabajos- cómo se dividieron las familias en torno a esto.

El otro tema es la justicia. Se ha dado de diferentes maneras en los tres países, y en qué medida el avance o falta de avance en la justicia, y en cómo las sociedades de esos países asumen su pasado represivo ayuda a las familias procesar y vivir con el dolor. En Uruguay, por ejemplo, los intentos de justicia son muy recientes, mientras que en Argentina ha habido juicios públicos y militares en prisión desde hace muchos años. En Brasil y Bolivia, si vas a incorporar historias de esos países, la justicia en casos de derechos humanos es prácticamente inexistente. Creo que esto repercute en cómo los familiares de víctimas (que en el fondo, también son víctimas) asumen esta historia, si esto es un grado de reparación que les ayuda a vivir.

El relato es ágil, de rápida lectura, interesante y conmovedor. El texto está bien redactado, salvo algunas cuestiones menores principalmente relacionadas con el uso de la coma. Sin embargo, trataría de utilizar un lenguaje más universal y no propio del país en cuestión. No sé si tiene un propósito mantener el vocabulario propio de los tres países, salvo en las citas textuales. Por ejemplo, en el capítulo argentino se utilizan modismos y vocabulario típicos como “bondi” (¿bus?), “pibe/piba”, “guita”, “laburo”, “nene”, “colimba” (que tuve que googlear), “grande” (en referencia a ser mayor). En el capítulo uruguayo también se utiliza “pibe”, “pibito”, “pelotudo”, “pelotudeces”, “gurises” (también tuve que googlear), expresiones como “demorarse pila”, “dar manija”. En el capítulo chileno se utiliza “pituca”, “hueona” “tirar”, “polvo”, “hinchapelotas”, “patas negras”. Suena como se está parafraseando los dichos del entrevistado/a, pero estimo que el autor debe mantener un vocabulario culturalmente neutral o genérico y dejar los modismos y el sabor local para las citas textuales (y no ir cambiando según la nacionalidad del entrevistado). De hecho, en algunos casos habría que incluir la explicación de la frase o palabra en una nota al pie, si se pretende que lo lean lectores de cualquier nacionalidad.

No creo que sea adecuado que el autor use frases o palabras como “mandarse cagadas”, “la mina” (en referencia a una mujer), “el tipo/la tipa”, “tetas”, salvo que sea una cita textual de un entrevistado.

Tal vez la principal falencia de esta memoria es la falta de contexto histórico y político a lo largo de los relatos. A esto obedece la nota 3,9 en el ítem sobre recursos bibliográficos. Existe un poco de contexto en el capítulo sobre Uruguay, pero un lector sin conocimiento de las dictaduras en el Cono Sur o del país en particular no podrá situar los relatos en su contexto. Se entiende que estas son historias íntimas que se trata de no opacar con contextos históricos o explicaciones políticas, pero sí es relevante conocer al menos algunos hitos contextuales que complementan y tal vez definen el desarrollo de los personajes. Esto no significa insertar largas secciones de historia política, sino ir intercalando datos. Por ejemplo, en la p. 75 hablas de cómo Oscar comenzó a tomar conciencia política, a asumir el discurso de la lucha de clases, de cómo en casa se hablaba mucho de política, se hacían reuniones, etc. Pero no sabemos en qué años fue eso y qué pasaba en Uruguay en esos momentos. El papá “era socialista” – ¿cuál era la situación de la izquierda en el país? ¿Había libertades democráticas, en que se podía conversar de política, ser de izquierda sin repercusiones? En otras palabras – ¿cuál era el ambiente nacional, qué tipo de gobierno había, qué pasaba en esa época (¿y de qué años estamos hablando?)?

(A propósito, en el primer capítulo uno de las pocas referencias contextuales es al “corralito” (p. 53), que se enuncia pero no se explica. Se podría agregar una nota al pie explicando lo que fue el “corralito”).

Entiendo que no se puede incorporar absolutamente todo lo abordado en las entrevistas o las vidas personales de los entrevistados, pero en el capítulo chileno

hay un vacío muy evidente respecto de la relación de Gabriela con su padre. Luego de su adoración infantil-adolescente, se dice que es un “hijo de puta” y se menciona varias veces que ella se divorció emocionalmente de su padre. Algo grave habrá pasado que no se menciona como para producir ese quiebre. Si no se quiere entrar en detalle de lo que sucedió, al menos se puede indicar que hubo alguna experiencia que quebró la relación, algo que dé cuenta del radical cambio en la actitud y relación con su padre. Es demasiado fuerte el rompimiento (y feas las acusaciones de “hijo de puta”) para dejarlo sin alguna explicación.

Algunas cosas puntuales que se pueden corregir o mejorar:

El nombre del hermano menor de Rizzo. La mayor parte de las veces está escrito como “Pebi” y algunas veces “Bebi”.

(pg. 37) En el último párrafo explicar la frase: “su mamá la llevó a Derechos Humanos”. ¿Supongo que es una referencia a alguna organización de derechos humanos?

(p. 75) Inti Illimani está mal escrito.

(pp. 84-85) Son detenidos los tres hermanos y en seguida el cuarto se casa, y luego regresa a la historia de cómo buscaron a los detenidos. Es un poco confuso, porque queda trunca la historia de la detención y no se entiende cómo poco después Oscar se casa y nadie está preocupado, ni se menciona la detención de tres miembros de la familia. Tal vez reordenar dónde va el tema del matrimonio.

(p. 124) Durante la UP, la CUT se llamaba Central Unica de Trabajadores (no Central Unitaria de Trabajadores)

(p. 135) Fuerzas Aéreas. Fuerza Aérea; es singular.

AFDD (mencionada dos veces): Es Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, no Agrupación de Detenidos Desaparecidos.

(p. 145) Es imposible que Gabriela haya ido al Estadio Nacional a buscar a Alvaro a partir de agosto de 1974, ya que el Estadio cerró como centro de detención en noviembre de 1973.

(p. 154) Es Michel (masculino) Foucault, no Michelle (feminino) Foucault.

Atentamente,  
**Pascale Bonnefoy Miralle**  
Sr.

Santiago, 17 de agosto de 2015

Laureano Checa  
Director  
Escuela de Periodismo

Instituto de la Comunicación e Imagen  
 PRESENTE

De mi consideración,

A continuación le comunico a usted la evaluación de la Memoria de título “*Ecos de la represión. Relatos de familiares de detenidos desaparecidos del Cono Sur*” del estudiante *Javier Zamora Kalazich*:

|         | ITEM                           | ASPECTOS CONSIDERADOS                                | %   |
|---------|--------------------------------|------------------------------------------------------|-----|
| 1.<br>1 | <b>Problematicación</b>        | Planteamiento y contextualización del tema           | 10% |
| 1.<br>2 | <b>Pertinencia</b>             | Relevancia y originalidad de la investigación        | 15% |
| 1.<br>3 | <b>Estrategia Metodológica</b> | Recolección de la información, datos y antecedentes. | 20% |
| 1.<br>4 | <b>Conclusiones</b>            | Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.  | 15% |
| 1.<br>5 | <b>Estructura</b>              | Orden narrativo, construcción del texto.             | 15% |
| 1.<br>6 | <b>Presentación</b>            | Calidad de la redacción, recursos estilísticos.      | 15% |
| 1.<br>7 | <b>Recursos bibliográficos</b> | Materiales y textos utilizados.                      | 10% |

| Item              | Nota | Valor      |
|-------------------|------|------------|
| 1.1               | 6,5  | 0,7        |
| 1.2               | 6,0  | 0,9        |
| 1.3               | 6,0  | 1,2        |
| 1.4               | 6,0  | 0,9        |
| 1.5               | 6,0  | 0,9        |
| 1.6               | 6,0  | 0,9        |
| 1.7               | 5,5  | 0,6        |
| <b>Nota Final</b> |      | <b>6,0</b> |

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0.

## COMENTARIO

No hay pequeñas memorias cuando se trata de reconstruir, desde el punto de vista individual, la historia vivida y en ese sentido el trabajo aquí presentado cumple muy bien la función de recoger cada uno de estos relatos y darlos a conocer, no sólo “para que no se olvide” sino también para que se siga buscando justicia.

Sin embargo, la memoria individual se nutre, se organiza, se comprende vinculada a un relato colectivo, apelando a ciertos hitos organizadores de la experiencia que son comunes y que se constituyen en los pilares que estructuran esta experiencia, es decir relacionándose con un marco social de referencia. Y es precisamente esta información la que siento falta en el trabajo: el contexto, la relación con otros relatos, con la historia, con las noticias de la época; documentos –fotografías, recortes, croquis, planos, dibujos- que nutran y alimenten las historias aquí narradas.

Tres pequeñas historias en tres países distintos que se cruzan en varios aspectos que permitirían conectarlas: los acuerdos y operaciones conjuntas de las tres dictaduras (Operación Cóndor) que es parte del relato de Oscar; el papel de cada uno de los implicados en organizaciones, agrupaciones colectivas y por cierto, la que explícitamente vincula en el trabajo a las tres que es el ser familiares de detenidos desaparecidos: padre, hermano, marido; el miedo y el dolor. Sobre las dos últimas dimensiones se estructura el relato, pero se pierden de vista las otras, que también son importantes.

Si es el emocional el aspecto que interesa resaltar y por tanto la intención es generar empatía “para que nunca más”, es quizás este el aspecto que debiese primar a la hora de estructurar los relatos y en ese sentido, la opción –casi cronológica- de ordenarlas en un antes, durante y después, es decir de uniformarlas, no necesariamente contribuye a relevar sus particularidades y lo que las hace únicas a pesar de sus similitudes.

Quizás faltó en el epílogo, reflexionar sobre el papel del Estado una vez restablecida la democracia en cada uno de estos países, puesto que es esta la institución cuestionada en estas historias y que tiene deudas que pagar a la sociedad toda y en ese sentido, parece necesario actualizar cada una de las situaciones.



A nivel formal, como recurso estilístico que el autor utiliza para “marcar” cada historia con un tinte local se recurre a la utilización de un léxico propio de cada país: pibas, nenas, laburo, birome, guita, boludo, gurise, etc. Emitidas por los propios entrevistados resultan pintorescas, por el autor, sin ninguna marca especial (cursiva) pueden resultar excesivas y hacer “ruido”. Lo mismo con expresiones como “papito”, o “las viejas de la agrupación” que pueden parecer más que cariñosas irreverentes.

Con esto, no pretendo en ningún caso restarle valor o mérito al trabajo realizado, sin duda es una muy buena memoria pero quizás hay que revisar estos detalles a la hora de pensar en una publicación.

Atentamente,

*Lorena Antezana Barrios*

Santiago, 28 de julio de 2015